

COMEDIA ROMÁNTICA



UNA *CURVI*
PARA EL
CEO

ARIADNA BAKER

UNA ***CURVI***
PARA EL
CEO

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Una curvi para el CEO

©Ariadna Baker.

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Un día más, una mañana de sol y, cómo no, uno de mis momentos favoritos, visitar a mi mejor amiga en su trabajo.

Entré en la perfumería y vi a Alejandra atendiendo a una cliente, sonrió al verme y yo, como siempre, me entretuve mientras la esperaba en echar un vistazo a los cosméticos y perfumes que había en cada pasillo.

Y, para variar, había vuelto a llenar una cestita con productos. Siempre que iba a ver a Alejandra para tomar café con ella, acababa picando en la perfumería y comprando algo.

Tanto ella como sus compañeras ya me dejaban por allí ir a mi aire, no se acercaban, directamente me sonreían al verme mientras revisaba entre los estantes. alguna de ellas incluso se acercaba con disimulo, miraban donde yo estaba, echaban un vistazo a la cesta y si no encontraban en ella el producto que querían recomendarme, lo cogían y lo ponían ante mis ojos.

Normal que al final siempre llenara la cestita, menos mal que a la perfumería solo entraba a buscar a Alejandra por las mañanas, de lo contrario, tendría una perfumería montada en mi casa.

—Cariño, ya estoy —me dijo tras coger su bolso mientras yo pagaba—. Madre mía, ¿otra compra?

—¿Y qué quieres? Tus compañeras son camellos de los cosméticos —resoplé—. Me pasan de todo lo nuevo para que lo lleve.

—Chicas, que al final se nos arruina —les dijo, puesto que ya estábamos solas.

—Alex, sabes que nadie mejor que ella para usar esos productos, le van con su tono de piel —contestó Camila, una de las chicas.

—Sí, ese rojo cereza de labios le va a quedar divino —comentó Paula.

—¿Y qué me decís de la sombra de ojos? Perfecta para ella —añadió Luna, la tercera en discordia.

—Vale, nos vamos, que como sigan así te hacen una cesta con todo lo que pillen. —Me eché a reír al ver a Alejandra cogiéndome del brazo para sacarme casi arrastras de la perfumería.

Esa mujer era un torbellino, tenía veintiocho años, era rubia y con unos bonitos ojos marrones que cuando les daba el sol se aclaraban y parecían de color miel. Siempre estaba sonriendo, era simpática y muy vivaracha, y si la necesitaba, para lo que fuera, podía contar con ella.

—¿Y qué era eso que querías contarme? —pregunté cuando nos sentamos en una de las mesas de la cafetería que había al lado de la perfumería.

—¿Te acuerdas de que te comenté hace unos días que la jefa estaba barajando opciones para ascender a encargada a una de nosotras porque la actual se va?

—Ajá.

—Pues... ¡Tienes delante a la nueva encargada!

—¿En serio? ¡Felicidades! —La abracé con fuerza.

—Cinco años currando allí y al fin asciendo. Si te soy sincera, pensé que se lo ofrecería a otra.

—¿Y por qué iba a hacer eso, tonta? Eres la más antigua y la que más ventas ha hecho.

—Ya, pero, no sé. Cualquiera de las chicas valdría para el puesto.

—Bueno, ¿y qué cambios vas a tener en el horario?

—Ahora estaré unos días de mañana y otros de tarde, alternando como hacía la anterior encargada. Pero horas, son las mismas.

—Pues ya me irás diciendo tus nuevos horarios para ver cuándo me acerco a tomar café contigo.

—Claro que sí, para que sigas llenando de productos tu casa. —Volteó los ojos.

—Si quieres me voy a comprar a la competencia...

—No, no, tú sigue comprando en mi perfumería.

Me eché a reír justo cuando nos traían el café y unas tostadas para desayunar. Esos ratos con Alejandra, Alex para sus amigos, eran de esos que me encantaban disfrutar y en los que desconectaba de todo.

Nos despedimos tras el desayuno y quedamos en hablar para volver a vernos, dándonos otro abrazo de lo más felices por su ascenso, y regresó a la perfumería.

Para mi suerte, estacioné el coche en la misma puerta de mi casa.

Siempre tenía que andar dando vueltas y vueltas hasta conseguir que algún vehículo se marchase,

dado que mi zona era muy transitada y se hacía muy difícil el poder aparcar.

Entré en la panadería que justamente estaba al lado para comprar el pan recién hecho. No pude evitar caer en la tentación y tirarle un pellizco al pico. Estaba crujiente y calentito, toda una delicia para mi paladar.

—El día que la barra llegue a tu casa entera... —comentó Fidel, el dueño, con una sonrisa.

—Ese día estaré mala, Fidel, ya te lo digo yo. —Reí—. Adiós.

—Adiós, preciosa.

He de decir que el pan era el problema de mis males, de ahí que tuviera unos kilitos de más y que siempre intentara quitármelos de encima, pero era misión imposible ya que comenzaba la dieta por la mañana y la finalizaba al mediodía.

Dentro de mi calvario de esos kilitos, tenía la suerte de que estaban todos bien repartidos y, para los que les gustaban las rellenitas, era toda una tentación. Para ser sincera también debo decir que tenía una cara muy bonita, y no era porque yo lo dijese, sino que me lo decía todo el mundo, además, que, si algo no me faltaba en la casa, eran espejos para ver lo malo y bueno que había en mí.

Según mi padre, Ernesto, tenía cara de ángel, solo que un ángel de cabello negro azabache y ojos verde esmeralda, igualita que mi madre, Julia.

De mi padre había heredado la cabezonería, nada más, puesto que él tenía el cabello castaño y unos bonitos y expresivos ojos marrones.

Lo primero que hice al llegar a casa fue calentarme la comida que tenía hecha desde el día anterior y que no era otra cosa que, ni más ni menos, un potaje de garbanzos con todos sus avíos y sus buenos trozos de calabaza.

Cuando hacía este tipo de comida aprovechaba para congelar varios envases para otros días, además de los que ya solía tener congelados de todos los que me traía mi madre, que ella sí que era exagerada.

Me tuve que independizar con veinticinco años ya que vivía con mis padres en un pueblo a una hora de la ciudad, en el cual no había ni trabajo, ni futuro para los jóvenes. Eso también fue un motivo por el que no pude cursar una carrera porque mis padres vivían muy limitados de dinero y no me podían costear una residencia en la ciudad y, ni mucho menos, los transportes para ir y venir en el día.

Vivían con unas pensiones muy cortas ya que siempre habían trabajado en el campo y no percibieron grandes sueldos. A mí me tuvieron siendo algo mayores, hace veintisiete años, cuando ambos tenían cuarenta.

Cuando terminé bachillerato me dediqué a limpiar por las casas del pueblo mientras a la vez

tenía mi página de Instagram en la que subía tutoriales de maquillaje, algo que me fascinaba. Y dos años atrás comencé a recibir propuestas de colaboración que fueron subiendo como la espuma.

Grababa mucho contenido, incluso de *outfits* de ropa que me pedía por las páginas baratas de chinos que estaban de moda por Internet, hasta que, sin darme cuenta, fui dejando de limpiar para dedicarme por completo a esto que me estaba reportando unos beneficios económicos impensables.

El caso era que no podía seguir creando contenido en mi cuarto, el campo en el que vivíamos y en el pueblo, necesitaba más lugares y eso la ciudad me lo podía ofrecer, además de allí poder contratar a alguien para que me hiciera las fotos y los vídeos.

Alquilé un apartamento precioso, que yo iba a estrenar, en un edificio acabado de entregar y que el propietario había adquirido para ponerlo en alquiler y tenerlo como inversión.

Todo estaba en blanco, tanto las paredes como los azulejos de la cocina y el baño. Las ventanas eran de aluminio lacado, también en blanco, el mismo color que tenían las puertas. Entraba luz por toda la casa. Podía decir con toda certeza que ese sí que fue un amor a primera vista.

La cocina venía completamente amueblada y con electrodomésticos, del resto me encargué de comprarlo siguiendo la misma gama de blancos a los que luego yo resalté con tonos pasteles. El apartamento era una chulada para grabar contenido, incluso en la cocina.

Conseguí contratar a David, un fotógrafo que comenzó a hacerme un contenido de máxima calidad y se notaba en que cada vez se viralizaban más mis publicaciones y recibía más interacciones.

Era un chico de treinta y dos años majísimo, súper simpático, rubio con los ojos color miel y muy guapo, que se portaba conmigo como si nos conociéramos de toda la vida.

El encontrarle a él, al igual que a Alejandra, en aquel momento recién llegada a la ciudad, fue una suerte y lo mejor que pudo pasarme, pues con ambos tenía esa fuerte conexión y podía contar con ellos para lo que necesitase, al igual que ellos conmigo.

A mis padres todos los meses les daba un dinerito para que estuvieran más desahogados, siempre se negaban, pero yo hacía caso omiso. Eran mi vida y si yo vivía bien y no me faltaba de nada, a ellos tampoco podía faltarles, así que intentaba hacerles la vida más cómoda, y hasta les reformé un poco la casa.

Un año después de venirme a la ciudad, conseguí convencer al dueño de mi apartamento y me lo vendió, cosa que a mis padres les hizo ilusión, dado que en tan poco tiempo había conseguido tener una vivienda en propiedad y una carrera de lo más exitosa.

Dos años llevaba en la ciudad y viajando con David por Europa para grabar contenido y de paso conocer los maravillosos lugares que iba descubriendo.

Las colaboraciones de ropa se convirtieron en mi fuerte ya que me convertí en una persona muy suculenta para promocionar conjuntos de la línea *curvi* y, además, hasta seis colecciones de bañadores había hecho en los dos últimos años.

Y ahora, tras esos dos años que habían pasado desde que me mudé a la ciudad, por fin me había decidido a comprarme el coche y, como no podía ser de otra manera, también era de color blanco. Me encantaba la impecabilidad que le daba a todo.

La vida me sonreía, aunque era realista y soñaba con quitarme algunos kilitos de encima, ¿para qué iba a mentirme? El caso es que me costaba un mundo y siempre terminaba cayendo en la tentación.

Porque ¿quién no había dicho alguna vez eso de «a nadie le amarga un dulce»? Pues eso me pasaba, que a veces el cuerpo pedía azúcar, porque también lo necesitaba, y claro, una oncita de chocolate nadie me la podía negar.

En el amor aún no había experimentado eso que dicen de que cuando menos lo esperamos aparece un príncipe azul en nuestra vida y pone todo tu mundo patas arriba.

Yo, más que príncipe, había conocido a la rana, pero que, después de besarla, seguía siendo eso, una rana.

Estuve con Juan dos años, un joven del pueblo que lo único que quería era estar trabajando el campo y terminó por desgastarme, ya que nunca hacíamos planes de nada, solo nos limitábamos a vernos en casa de sus padres o en la de los míos. Cuando lo dejé ya estaba más que desencantada, motivo por el cual no sentí ningún tipo de sufrimiento y sí de liberación.

Juan no comulgaba con lo de que yo hiciera vídeos para las redes ni que me expusiera de esa manera, cosa que nos llevó a muchos enfados, pero jamás permití que truncara mis sueños y, ni mucho menos, cortara mis alas, esas que usé para venirme a la ciudad y seguir emprendiendo mi negocio, puesto que, al fin y al cabo, eso es lo que era.

Después de comer me tumbé en el sofá un rato a descansar mientras bicheaba las redes ya que me encantaba ver los reels de mis páginas favoritas que me servían de inspiración en muchos momentos y de las que adquiría muchas ideas.

Incluso le mandé algunos de ellos a David por Instagram para que echara un vistazo y viera qué podíamos hacer para mis próximas publicaciones.

Sobre las siete comencé a prepararme para asistir a un evento de una firma de ropa, zapatos y complementos de las más afamadas a nivel internacional y que se celebraba en un hotel de lujo de la ciudad y, para mi sorpresa, había sido invitada. Ya había hecho un par de colaboraciones con ellos de productos que me habían enviado, pero jamás imaginé que participaría en alguna de sus fiestas.

David: *¿Cómo está la chica más guapa de las redes? ¿Lista para el evento? No contestes, que sé que sí, solo quería decirte que dejes los nervios en la calle antes de entrar en el hotel, que nos*

conocemos. Disfruta, sonríe, posa y sé tú. Espero ver mañana muchas fotos tuyas.

Sonreí al leer el mensaje, y es que David era único para levantar el ánimo de cualquiera.

Y a mí, que me costaba un mundo eso de no ponerme nerviosa, me ayudaba mucho que él, que se movía en este mundo, me enviara ese mensaje como si de mis padres se tratasen.

Al fin y al cabo, además de Alejandra, él era la persona que más cerca tenía en momentos como este, y quién mejor que él para animarme.

Estaba encantada de cómo me quedaba el conjunto que me había enviado la firma para ponérmelo para esta ocasión.

Se trataba de un precioso y elegante pantalón negro de goma en la cinturilla y con una caída espectacular, una camiseta dorada con cuello barco, de manga cortísima con un minúsculo dobladillo y, sobre el pecho izquierdo, el logo de la firma y que iba por dentro del pantalón. También me habían enviado unas sandalias en color dorado, a juego con la camiseta, con un tacón de ocho centímetros que iba atada al tobillo y cruzada por tres tiritas finas por el empeine del pie. Me estilizaba muchísimo.

Para que el cuello no me quedara muy desnudo, dado que la camiseta hacía que se viera esa zona de piel al igual que la de los hombros, me puse una gargantilla de oro con un pequeño colgante en forma de lágrima en color negro que tenía desde hacía unos tres años, regalo de mis padres, y que combinaba a la perfección con aquel *outfit*.

Cogí el bolso negro de mano, guardé el móvil y las llaves, y salí de casa dispuesta a hacer lo que me había dicho David, disfrutar, posar y sonreír.

Capítulo 2



Un taxi me dejó en la misma puerta del hotel y ahí ya me indicaron que posase en el *photocall* en el que estaban todos los del medio esperando para captar unas palabras y fotos de los asistentes.

Contesté a todos sin perder la sonrisa, ellos también formaban parte de un mundo en el que nos podían dar mucha visibilidad a los que trabajábamos de cara a las redes.

—Te ves preciosa con el conjunto de la firma —me dijo una de las chicas, haciendo que me salieran los colores.

—Gracias, la verdad es que es bonito, elegante y, sobre todo, cómodo —sonreí.

—¿Unas fotos más? —preguntó otro chico, y accedí encantada.

Posar, sonreír, ser yo misma y disfrutar de ese momento y de mi trabajo, que era lo que me gustaba, tal como había dicho David.

Me despedí de ellos y fui hacia la zona destinada a la celebración.

El hotel era una pasada ya que tenía unos jardines preparados para el evento que parecían sacados de la escena de alguna película. Me dirigí a una de las barras para pedirme un vino blanco y así hacer algo, ya que no conocía a nadie y solo había hablado un momento con una de las organizadoras.

—Buenas noches —sonreí al camarero—. ¿Me puedes poner una copa de vino blanco, por favor?

—Buenas noches —sonrió—. Claro. ¿Alguno en especial?

—Con que tire un poco para afrutado me vale. —apreté los dientes ya que yo no entendía mucho del tema.

—Ponle un vino blanco dulce como el de la colección de vinos que hemos traído de *Château D'Yquem* del año 2014 —dijo un chico que estaba apoyado sobre la barra y que, al mirarlo, me di cuenta de que era uno de los hombres más guapos que había visto en mi vida y que, por su

acento, no era español, por muy bien que lo hablase.

—Hola, gracias. ¿Eres empleado del evento?

—No. —Se le escapó una risilla que me hizo intuir que había metido la gamba, pero hasta la coronilla, con esa pregunta—. Me llamo Anders Olsen. —Extendió su mano.

¿Y sabéis esos momentos en los que alguna vez todos hemos dicho eso de «tierra trágame»? Pues ese era uno de los míos, sin lugar a ninguna duda, porque en cuanto escuché el nombre del chico en cuestión, caí en la cuenta.

—Como el nombre de la firma —murmuré intuyendo que eso tenía que ver algo—. Rania. —Me presenté.

—Soy el dueño —sonrió dándome un apretón de manos, y es que por mucho que yo hubiera murmurado, él me había escuchado.

—Pero eres muy joven.

—Treinta y nueve años, ya rozando los cuarenta —contestó sin perder esa sonrisa que, sin ser exagerada, hacía que me temblaran hasta las piernas. Era muy amable.

—Eso es ser muy joven. —Volteé los ojos—. Y si me permites un apunte, no aparentas tener casi cuarenta años.

—¿Y tú cuántos años tienes? Por cierto, tu nombre es precioso.

—Tengo veintisiete años y el nombre me lo puso mi madre porque le encanta, de siempre, la reina de Jordania.

—Dato curioso. —Le hizo un gesto al camarero para que sirviera otra copa de vino para él.

—¿Y qué haces aquí tan solo, siendo tan importante como eres? —pregunté moviendo la cabeza por no entenderlo.

—Ya atendí a los medios y no me gusta tener en los eventos compromiso con nadie, me voy moviendo a mi aire, para lo demás tengo a los relaciones públicas de la empresa.

—¿Y cuál es tu función dentro de la empresa? —pregunté imaginando que se lo daban todo hecho y tenía toda clase de equipos.

—Soy el CEO, aunque tengo a mis adjuntos haciendo sus funciones, yo soy el que tengo el control absoluto de todo. —Me hizo un guiño y esa maldita sonrisilla me hacía flaquear.

—Madre mía, qué cerebro debes de tener para poder controlar todo el imperio que has creado. Para eso hay que tener mucha capacidad.

—¿Y tú a qué te dedicas? —Curioseó apoyando el codo en la barra.

—Pues mira, estoy invitada como *influencer* por tu firma. ¿Te puedo tutear? —pregunté dado que lo llevaba haciendo todo el tiempo y no sabía si le iba a molestar.

—Claro. —Se le escapó otra sonrisilla.

—Me dedico al mundo de las redes —le conté un poco toda mi historia y de cómo me vine a la ciudad para abrir las posibilidades.

—La verdad es que me quedo impresionado con ese tema, ya que sois los *influencers* quienes movéis el mundo hoy en día.

Nos pusieron las copas de vino y la chocó con la mía, me hizo gracia ese gesto.

—Porque llegues más alto de lo que ya lo estás —dijo de manera amable y en un tono que parecía que lo decía con sinceridad.

—Gracias. Un par de colaboraciones más con tu firma, y termino de triunfar —solté causándole una carcajada.

—Me encargaré de que por nuestra parte no te falten, se ve que tienes potencial.

—Gracias —murmuré de lo más emocionada y sí, también con cierto sonrojo en las mejillas porque a mí un halago me hacía enrojecer, para qué iba a mentir.

—El conjunto es nuestro —dijo señalando el nombre de la firma que llevaba la camiseta.

—No, ¿de verdad? Y yo pensando que era de Gucci o Prada. —Volteé los ojos.

—Muy bonito, nombrando a la competencia. —Entrecerró los ojos.

—Tranquilo, que para ellos aún no hice ninguna colaboración. —Me encogí de hombros.

—Aún, lo que no quita que en un futuro la hagas.

—No cuento con ello, la verdad, aspiro alto, pero no tanto. —Reí.

—Te sienta bien.

—Gracias. —Otro sonrojo—. La verdad es que me encanta cómo me sienta, y el pantalón, esta caída es una maravilla —dije mirando hacia mis piernas.

—Desde luego, han acertado con él, te ves muy bien.

Le di otro sorbo a mi copa evitando que viera el modo en el que volvía a sonrojarme. No sabía qué me pasaba, la verdad. De normal yo era así, de sonrojo fácil, pero es que con él era imposible que mis mejillas no adquirieran ese tono carmesí que daban la timidez y la vergüenza, y

eso que estaba acostumbrada a escuchar halagos y palabras bonitas y cordiales de otra gente.

Sin darme cuenta comencé a hablar con él, aunque no dejaba de preguntarme en qué momento se iría espantado para charlar con otros invitados, que no sería esa la primera vez que me pasaba, que yo ya estaba más que acostumbrada.

Pero cuando quise darme cuenta, después de echar un vistazo al reloj en el móvil, comprobé que llevaba hablando con Anders una hora, que había pasado volando, sin que saliera corriendo y espantado, y en la que percibía que él se sentía tan cómodo charlando conmigo, como yo con él.

Era noruego de ascendencia vikinga, de ahí ese rostro tan perfecto con esos ojos celestes que iban a la perfección con su pelo castaño. Y tenía buen cuerpo, definido y cuidado por lo que se intuía con el traje que llevaba, que, por cierto, le sentaba como un guante.

—No me puedo creer que esté ante un auténtico vikingo —dije sonriendo.

—Bueno, auténtico tampoco. —Rio—. Desciendo de ellos, sí, pero muchos de mi familia no vivieron aquellas batallas de poder de las que sí formaron parte algunos de mis antepasados.

—¿Algunas de esas que cuentan sobre Ragnar Lodbrok?

—Vale, has visto la serie —negó al tiempo que sonreía.

—Como miles de personas en todo el mundo —resoplé.

—Aunque mis antepasados hicieron viajes a Suecia y Dinamarca, donde estaba Ragnar, no lucharon ni convivieron con él.

—Esto se pone interesante —dije dando un sorbo al vino.

—Entre los vikingos que conocieron mis antepasados están Hakon el Bueno, Olaf el Santo y Magnus el Bueno. Muchos de mis antepasados eran comerciantes, otros labraban las tierras, criaban ganado, cosas sencillas, no había guerreros. Bueno, sí, hubo uno, pero por lo que sé, murió en batalla.

—Vaya, eso debió ser duro para la familia.

—Sí, más que nada porque era el hijo menor, apenas tenía veintiséis años y sus padres no querían que luchara. Fue el rebelde de la familia, pero se casó, tuvo un hijo y una hija, y ellos siguieron con el linaje familiar.

—¿Tienes parentesco cercano con él?

—Era hermano de mi tatarabuelo paterno. Por lo que sus descendientes son primos míos.

—¿Sois una familia grande? —Curioseé, ya que ese era un defectillo de mi persona.

—Sí —sonrió—, cuando nos juntamos para alguna celebración, desde luego que es como ver un salón vikingo antiguo lleno de Olsen.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Tres hermanas, todas mayores que yo.

—No me digas más, tus padres querían la parejita y la cosa se les fue de las manos —sonreí.

—Algo así, y a mi hermana mayor le pasó lo mismo, pero al revés.

—¿Y dices que eres el menor de los cuatro?

—Ajá. —Dio un sorbo a su vino—. Emma, de cuarenta y seis años, es la mayor. Ingrid, de cuarenta y cuatro, y, por último, Astrid, de cuarenta y dos. Todas casadas y con hijos.

—¿Muchos? —Arqueeé la ceja.

—Emma y Hans, su marido, tienen tres hijos. Karl de veintidós años, Henrik de dieciocho y Elyna, de catorce.

—Elyna, qué nombre más bonito.

—Así se llama mi madre, yo me llamo igual que mi padre.

—Oh, así que eres Anders Olsen segundo.

—En realidad, tercero. —Rio.

—Por favor, si pareces de la realeza. —Le salió esa media sonrisilla y arqueó la ceja—. Disculpa, sigue hablándome de tus hermanas.

—Ingrid, la segunda, está casada con Jakob y tienen dos hijos, Jakob de veinte años e Irina, de dieciséis. Y Astrid, junto a su marido Liam, tiene también dos hijos, Hanna de dieciocho y el pequeño Ivar, de doce.

—Sí que sois una familia numerosa, sí, nada que ver con la mía. Somos solo mis padres y yo —comenté antes de dar un sorbo a mi copa—. Ellos ya son mayores, tienen sesenta y siete años y están jubilados, y por desgracia perdí pronto a mis abuelos. El padre de mi madre ya había fallecido dos años antes de que yo naciera, su madre se fue cuando yo tenía cuatro años, mi abuela paterna falleció tres años después y, el abuelo, uno más tarde. Todos eran mayores y habían trabajado en el campo toda su vida, con lo que eso conllevaba: bajas y frías temperaturas en invierno, altas y calurosas en verano. La salud les pasó factura, no tenían más que un hijo cada uno, así que no tengo tíos. Mis padres tienen algún primo en el pueblo, pero son mucho mayores que ellos y no tienen relación con los hijos de estos, así que. —Me encogí de hombros—. Siempre fuimos solo mis padres y yo, no sé lo que es una cena de Navidad llena de gente.

—Oh, en mi familia eso es un espectáculo, en serio. Los jóvenes la lían, y los mayores se resignan —suspiró.

—Tus padres deben ser mayores, como los míos, si tienes una hermana de cuarenta y seis años.

—Mi padre tiene setenta y mi madre sesenta y ocho, pero ahí donde los ves, nos dan mil vueltas a todos los hijos. No parecen tan mayores y tienen una vitalidad alucinante. A veces se quedan con los tres nietos más pequeños los fines de semana porque dicen que la casa está muy silenciosa desde que todos nos independizamos.

—Amor de abuelos, entonces —sonreí.

—Eso debe ser.

Anders era un encanto, de eso no había duda, y a pesar de su notoriedad, no era un tipo al que la prensa persiguiera constantemente, ni mucho menos, eso había podido comprobarlo durante el tiempo que llevábamos hablando, pues no se habían acercado a él para acosarlo con preguntas o en busca de alguna exclusiva, se veía que lo respetaban mucho.

Prueba de ello era que apenas se sabía nada de sus relaciones ni de su vida privada, yo sabía quién era él por el nombre de la firma, lógicamente, pero no había leído ni un solo cotilleo, ni un chisme, de su vida personal y amorosa.

Y en lo que respectaba a sus redes, todo lo que ponía era de los eventos a los que acudía, ya fueran suyos o de otras firmas donde acudía como invitado, nada acerca de su vida privada.

Obviamente sabía que la tenía, y era muy consciente de que alguien como él no se iba a fijar en mí con la de mujeres impresionantes que debían de rondar su mundo. Lo que sí me transmitía es que era una persona encantadora, respetuosa y con la que podías charlar horas y horas que se te pasarían volando.

Anders era un ser extraordinario al que el dinero no le había hecho nada excéntrico, al menos no hablaba de lo material, otra cosa era que poseyera impresionantes casas, coches y hasta posiblemente avión privado, pero a bote pronto, no se veía en él a un hombre chulesco que intentase aparentar nada, todo lo contrario, las conversaciones con él eran de lo más simpáticas y divertidas. Tenía un toque de humor muy bueno y hasta con un toque irónico que me hacía babear con las cosas que decía.

Capítulo 3



Llevábamos cerca de una hora más charlando sin que ninguno pareciera querer irse, como si el tiempo no pasase estando allí juntos, cuando uno de los representantes del acto vino hacia nosotros y me pidió, amablemente, que posara en el segundo *photocall*, que ese ya era para la página de las redes de la firma. Anders me hizo un guiño y lo más curioso es que, con un gesto, me anunció que nos acompañaba.

Me puse a posar con movimientos hacia la derecha, al frente y a la izquierda para que los cuatro fotógrafos de la empresa me hicieran libremente varias perspectivas. Estaba nerviosa al saber que Anders me observaba y lo hacía con esa sonrisilla que encima me hacía temblar y sentir un montón de cosquilleos por todo el cuerpo.

Cuando me dijeron que estaba todo listo, otro gesto de cabeza de Anders me hizo ir directa hacia él, que estaba a un lado del *photocall*.

—Has estado espectacular, me encantan los gestos de tu cara y la mirada que emites para las tomas.

—Gracias, Anders —sonreí notando mis mejillas sonrojadas—. ¿En serio?

—Absolutamente en serio. ¿Otro vino blanco dulce?

—Claro —sonreí feliz de saber que aún le apetecía seguir charlando conmigo.

Lo que sí noté es que algunas *influencers* y modelos que andaban por el evento invitadas y con las que yo nunca había tratado, pero sabía por las redes quiénes eran, me miraban un poco celosillas de saber que yo estaba tomando contacto con el jefe de la firma porque al parecer todas sabían quién era, menos yo. Se notaba en que cuando pasaban ellas por delante de Anders, le saludaban feliz con la manita como si creyesen que él las iba a reconocer, cosa que no era cierta ya que él pasaba de este mundo y se centraba en dirigir la parte importante de su imperio. La parte de marketing comercial la llevaba un responsable de su máxima confianza.

Todo el evento había sido preparado de ensueño para que los invitados se tomaran fotos de lo más idílicas para subir a las redes dado que no había rincón donde no estuviera impregnado el

nombre de la firma.

Anders le pidió a un fotógrafo que me tomara con mi móvil un primer plano con el cartel detrás y yo con la copa de vino como si mirase al horizonte y quedó espectacular, pero más grande fue mi sorpresa cuando, antes de quitarme, entró él y le dijo que nos tirase otra. Se colocó a mi lado con la copa y nos hizo una preciosa, donde se notaba que los dos estábamos disfrutando de la velada y de la copa que estábamos tomando.

—Me gusta mucho más en la que salgo contigo —dije con una leve sonrisita, porque la verdad que había quedado perfecta, elegante y cuidada.

—Sube las dos. —Me hizo un guiño.

—¿No te importa?

—Para nada, por favor, todo un placer y, si mencionas a la firma, mejor que mejor.

—Eres muy amable, Anders.

—No es para menos, te das a querer. —Chocó su copa contra la mía.

—Y ya puestos... —Hice un carraspeo—. ¿Qué hace que alguien como tú no esté aquí con su pareja o mujer?

—Me han dejado, no me quieren —murmuró en un tono un poco triste a pesar de soltarlo en un intento de aparentar ser gracioso.

—¿Te han dejado? —Arqueé la ceja extrañada.

—Hace tres meses. —Apretó los dientes—. Estuve con ella cuatro años y hasta teníamos planes de boda. Incluso vivíamos juntos desde casi el principio de la relación.

—¿Y qué pasó? —Cuando preguntaba me arrepentía, pero ya estaba hecho. No quería aparentar ser una cotilla, pero la curiosidad, ese pequeño defectillo mío, me podía.

—Se le fue el amor que sentía por mí, todo, según ella. Debo reconocer que ella quería una vida más social de la que teníamos los fines de semana o vacaciones, no llevaba bien mis excesos de trabajo diario, pero así me conoció y es algo que no puedo evitar. Aunque reconozco que, desde que me dejó, me tomo la vida de otra manera y no estoy tan obsesionado con el trabajo.

—A buenas horas, mangas verdes. —Me reí causándole una risilla suelta.

—¿Qué hay de ti? Normalmente los *influencers* o modelos con pareja vienen con ellos a estos eventos —dijo mientras se acercaba la copa para darle un sorbo, y por un momento me quedé perdida en ese gesto, en el modo en el que su nuez de Adán se movía cuando el líquido bajaba por su garganta.

—Yo a estos eventos vengo sola —respondí—. No tengo pareja desde hace tiempo, desde antes de dejar el pueblo, en realidad.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

—Incompatibilidad de caracteres, supongo. Él se centraba en el campo y no le parecía bien que yo hiciera este trabajo. —Me encogí de hombros—. Decidí que era mejor dejarlo que seguir en una relación que no me iba a aportar mucho más después de esos dos años juntos.

—En ese caso, debo decir que hiciste bien, nadie es quién para decirle a una persona qué puede o no hacer, y menos, si es un trabajo para el que vales, y mucho.

—Verás que me vas a sacar los colores al final —sonreí.

—Por lo que he visto, aunque hayas intentado disimularlo, te los he sacado varias veces.

Pues sí que había disimulado yo mal, o él se había estado fijando mucho en mí. Fuera como fuese, que supiera que me había estado sonrojando durante todo el tiempo que me decía algo en forma de halago, no era bueno, porque eso le iba a hacer saber que me ponía un poquito nerviosa.

Cosa que al mirarle y ver el modo en el que sonreía, no parecía importarle, sino todo lo contrario, era como si el verme un poquito nerviosa fuera lo que quería conseguir.

Disimulé de nuevo dando un sorbo de vino y le vi sonriendo hacia alguien y haciendo un leve gesto con la mano.

Era flipante la de gente que paseaba por delante de nosotros con tal de saludarlo, aunque fuese en la distancia, pero como dije, Anders era de lo más amable y sencillo, no me daba la sensación de estar charlando con un hombre que lo poseía todo.

Anders me contó que vivía en Oslo pero que tenía una casa en Sotogrande, una impresionante mansión que había en una urbanización de lujo y que estaba frente al mar.

—¿Y dónde pasas más tiempo? —pregunté curiosa.

—Aquí, el clima es el clima y eso hace todo —sonrió arqueando la ceja.

Sotogrande estaba a una hora y media de mi ciudad y era una zona de alto standing, en la que solo muy pocos podían permitirse vivir en las villas y mansiones que había allí. Luego había otras viviendas de menor precio, pero vamos, que era un lugar carísimo.

Las horas pasaban y nosotros seguíamos de cháchara sentados en un rincón que era maravilloso con unas vistas al mar que hacían que la noche fuera perfecta, casi idílica. Me sentía muy afortunada de que en esta noche hubiera conseguido, sin querer, el poder conocer un poquito más que el resto de los invitados al hombre creador de tan impresionante firma que volvía locos a los famosos.

Y no solo eso, me lo estaba pasando genial charlando con él y tomando las copas mientras nos confesábamos muchos aspectos de nuestras vidas.

Y el hecho de tener en común el gusto por la moda era un mayor aliciente, dado que podíamos pasar horas y horas hablando de sus colecciones, ya fueran las pasadas y las futuras, y me sorprendía esa pasión con la que hablaba sobre ello.

—¿Y siempre quisiste tener una firma de ropa y complementos? —pregunté tras dar un sorbo al vino, que estaba realmente dulce y delicioso.

—Dado que tengo tres hermanas a quienes la ropa les ha gustado siempre, y que a veces buscaban algo concreto para una ocasión en particular y se quejaban por no encontrarlo, o porque tardaran en hacerlo, pues sí —sonrió.

—Seguro que son tus mayores fans.

—Te aseguro que tienen un vestidor completo de mi firma.

—¿Y a qué se dedican? Siento ser tan curiosa —dije cuando le vi mirarme con la ceja arqueada.

—Tranquila, eso me gusta de ti. —Hizo un guiño—. Emma es economista en una sucursal bancaria, donde su marido Hans es el director. Ingrid es enfermera y trabaja en la misma clínica en la que Jakob, su marido, es médico. Y Astrid es contable en la gestoría de Liam.

—Vaya, así que todas trabajan con sus parejas.

—Sí, y lo compaginan bien. Llevan muchos años juntos y no han discutido nunca. Su secreto, dejar el trabajo fuera de casa todos los días.

—Eso está bien —sonreí.

Me quedé conectada durante unos segundos a la mirada de Anders, a esos ojos celestes tan expresivos y bonitos, y sentí que la sonrisa me salía sola. Era un hombre guapo y encantador, el tipo de hombre con el que cualquier mujer querría estar.

He de decir que no esperaba ligármelo ni mucho menos, porque tenía los pies sobre la tierra y, además, él en ningún momento había cambiado su tono ni me había hecho algún comentario que me hiciera pensar que estaba tonteando conmigo. Era un hombre educado, correcto y que había congeniado conmigo en esta noche, pero nada más fuera de eso.

Eran las cuatro de la mañana cuando los dos seguíamos en los jardines charlando y ya se había ido todo el mundo, pero a nosotros nos seguían sirviendo lo que pedíamos. Anders decía que estaba tan a gusto que teníamos que ver el amanecer juntos. Reconozco que eso me encantó.

Lo que decía, en sus palabras no había la más mínima pretensión, simplemente éramos dos personas disfrutando de una noche y congeniando muy bien.

También debo de decir que por momentos pensaba que le podía atraer un poco, no sé, o quizás fueran solo cosas mías dado que eso de ser *curvi*, por mucho que me valoraran, a veces me hacía tener mis inseguridades.

La realidad es que podía pensarlo, pero luego comprendía que en el mundo había personas que disfrutaban de la compañía y los ratos de charla, que no todo rondaba a la atracción entre dos personas, aunque sentirse atraída por él era tarea fácil, demasiado fácil, lo difícil era lo contrario, pero ojo, no por eso yo me infravaloraba, que una también tenía sus encantos y se sentía un mujerón.

Las horas seguían pasando hasta que el amanecer nos invitó a pedir unos cafés y unas tostadas con guacamole y tortilla francesa, a los dos nos llamó la atención eso de la carta.

Toda una noche que se nos había pasado volando y en la que había descubierto a un Anders que se iba a quedar en mi corazón toda la vida, como esta noche junto a él en la que tuvimos momentos de no poder parar de reír.

Se ofreció a acompañarme a mi casa con su chófer que luego lo llevaría a Sotogrande. Y por más que insistí en que no era necesario, que podía ir en taxi, no hubo manera de que me dejarairme sola.

Era tan caballeroso que se bajó del coche y me acompañó hasta la puerta del bloque, que estaba a escasos pasos.

—Ha sido un placer, Rania, y espero que aceptes mi invitación para venir un día a mi casa de Sotogrande. Estoy seguro de que disfrutaríamos de un día muy divertido en el jardín y la piscina, que te servirá para hacerte unas fotos espectaculares, ya que tiene hasta barra acuática. — Carraspeó levantando la ceja y con su sonrisa de medio lado.

—Suenas muy bien —sonreí—. Cuando quieras me avisas, si te acuerdas de mí algún día.

—No lo dudes. —Me dio un abrazo y se marchó hacia el coche, cuando yo entré en el portal.

Una extraña sensación de alegría y tristeza sentí cuando entré en mi casa. Había vivido una de las noches más bonitas de mi vida, pero a la vez sentía una pena muy grande al volver a la realidad y que ya no estuviera a mi lado.

Me di una ducha, me puse un pantalón corto de algodón con una camiseta de tirantes y puse todo oscuro para ponerme a dormir. ¿Cómo conseguirlo cuando en mi mente ahora solo estaba la imagen del hombre que más me había impresionado en mi vida?

Capítulo 4



Miré el móvil y eran las cuatro de la tarde. Me levanté de la cama y me fui directamente a la cocina a prepararme un sándwich de jamón york y queso que era lo que más me apetecía en estos momentos. Lo más sorprendente era que no tenía ni el más mínimo indicio de resaca.

Y mi primer pensamiento, fue para él...

Sentada en la cocina y comiendo ya el sándwich con unas patatas chips, comencé a revisar las redes y estaba etiquetada en infinidad de revistas digitales que hablaban muy bien de mi posado en el *photocall* y lo bien que lucí el conjunto de la firma.

La verdad es que a pesar de tener algún que otro hater, la mayoría de la gente me animaba mucho y me decían cosas muy bonitas. Me sentía muy querida.

Subí la foto que me hicieron de primer plano, así como en la que salía con él, y lo acompañé con el siguiente texto.

«Aquí os dejo dos fotos personales en el evento de la firma Anders Olsen y en la que tuve la suerte de conocerlo. Quiero destacar y agradecer su cordialidad, saber estar y cariño con el que me trató en todo momento. Fue un placer. Sin duda, un evento para nunca olvidar».

Comenzaron a entrarme miles de *likes* y comentarios de lo más bonitos y graciosos. Si tuviera que destacar uno, sin duda, sería el de una seguidora que siempre tenía unas ocurrencias brutales y en esta no podía ser de otra manera con el comentario que puso y en el que decía: «*La curvi que enamoró al CEO*».

Me reí, porque desde luego que, a loquita, no la ganaba nadie. Era una chica muy maja que me seguía desde mis inicios y como decía, tenía unas ocurrencias que me sacaba las carcajadas como nadie.

Lo que no me esperaba, ni mucho menos, era el comentario de él que me entró cuando la publicación no llevaba ni diez minutos:

«El placer fue mío. Llegarás muy alto porque tienes un potencial muy grande. Cree en ti. No

solo eres preciosa por fuera, sino también por dentro. Nos vemos pronto».

¿En serio me había puesto eso públicamente? No sé si me impresionaba más lo de preciosa o lo de nos vemos pronto, el caso es que no me lo tomaba como si lo hubiera dejado impactado, pero que me definiera públicamente de esa manera me ponía de lo más contenta.

Le di un corazón a su comentario y dudé en si contestarle o no, pero no me atrevía para no parecer muy ansiosa y aprovechada del momento. No sé, pero la sonrisa no se me quitaba de la cara y lo único que deseaba era tener más noticias de él.

Estaba embobada releendo su mensaje y viendo la de «me gusta» y comentarios que estaba generando, cuando me entró un WhatsApp que, para sorpresa mía, era de él, ya que nos habíamos intercambiado los teléfonos.

Anders: *Hola, bonita. ¿Qué tal has despertado?*

Rania: *¡Hola, Anders! Pues parece que demasiado bien ya que ni rastro de resaca. ¿Y tú qué tal?*

Anders: *Normal que no la tengas, tomaste uno de los mejores vinos que había en el evento. Yo estoy genial, con muy buen sabor de boca por la noche que tuve. No te creas que se me olvidó la invitación que te hice ayer a mi casa, sigue en pie. Tengo que salir mañana para Noruega, pero el jueves regreso y ya me quedo aquí todo el verano, así que no te extrañe que cuando regrese te proponga algo para ese mismo fin de semana. Me ha encantado conocerte, créeme que hacía mucho tiempo que alguien no captaba tanto mi atención.*

¿Y cómo me tomaba yo ahora esas palabras? ¿Me estaba simplemente halagando y le había caído muy bien, o le gustaba de alguna manera?

Necesitaba chocolate para digerir el mensaje. Bueno no, chocolate no, lo que necesitaba era cerrar el pico y no comer tanta porquería ya que tenía que cuidarme. A la mierda, un poquito no hacía daño, así que me levanté y lo cogí mientras negaba incrédula intentando interpretar de algún modo ese mensaje.

Mientras saboreaba la porción que me había metido en la boca, me dispuse a contestarle sin aparentar que estaba como la flamenca del WhatsApp, a la que solo le faltaba echarse a taconear.

Rania: *Estaré encantada de recibir la invitación. Por ahora el fin de semana que viene no tengo ningún compromiso.*

Anders: *Te rogaría que lo obviaras, en caso de que te surgiera. Me apetece mucho pasar el fin de semana contigo.*

Rania: *¿No era un día? Jajaja.*

Anders: *Mujer, venir el viernes para irte el mismo día como que no tiene gracia. Lo ideal es que te alojes aquí todo el fin de semana y disfrutemos de la calma que da este sitio que, estoy seguro,*

te va a encantar. ¿Qué te parece que te recoja el viernes a las doce de la mañana?

Rania: *No hace falta, yo puedo ir en mi coche. Es una paliza que vengas hasta aquí para luego volver y el domingo lo mismo.*

Anders: *No es ninguna paliza, lo haría encantado.*

Rania: *Tú mándame la ubicación que yo llego hasta antes de esa hora.*

Anders: *Lo hablamos el jueves.*

Rania: *Vale.*

Anders: *Por cierto, me ha encantado ver las fotos colgadas en tu feed.*

Rania: *Y a mí, tu comentario. Debo reconocer que no me lo esperaba para nada.*

Anders: *Me alegra que te haya sorprendido. Si te soy sincero, entré tres o cuatro veces a tu perfil para ver todas las fotos y en una de esas fue cuando me saltó la nueva publicación. Tu feed es muy llamativo y bonito, tienes mucho gusto para subir el contenido. También hay que reconocer que tu atractivo y la clase con la que luces todo, hace que tu página sea de lo más entretenida y bonita.*

Rania: *Me estás ruborizando, jajaja. Eres muy amable.*

Anders: *¿Amable? ¿Solo se te ocurre llamarme amable? Jajaja.*

Rania: *¿Y qué se supone que debo de decir cuando me estás poniendo tan nerviosa que, cuando me he dado cuenta, me he comido media tableta de chocolate? Jajaja.*

Anders: *¿Golosa?*

Rania: *¿No se me nota? Jajaja.*

Anders: *Lo único que se nota es que, comas lo que comas, tienes un físico impresionante capaz de captar la atención de cualquier hombre. Eres muy guapa y vales muchísimo, eso no lo dudes nunca.*

Rania: *Gracias por mirarme con tanto cariño.*

Anders: *¿Solo cariño? Jajaja. No sé si es que eres muy ingenua o es que no crees en ti y por eso no te enteras de las cosas.*

Sí me enteraba, pero, joder ¿qué decir cuando estás viendo que un hombre como él te está tirando la caña de algún modo? Pues miedo me daba a hablar, por si solo eran cosas mías. No era ser ingenua, simplemente estaba un poco incrédula. No me veía a la altura de alguien como él, pero ¿por qué no iba a estarlo por culpa de unos kilos? Pues sí, esos kilos de más, aunque me

costara reconocerlo, eran los que me llenaban de inseguridades.

Rania: *No soy ingenua, jajaja. Solo que reconozco que me pongo nerviosa y no sé qué contestar.*

Anders: *Con que me hayas confirmado lo del viernes, ya me doy por satisfecho.*

Rania: *Claro, cuenta con ello.*

Anders: *Pasa una bonita semana y vamos hablando. Un abrazo.*

Rania: *Igualmente. Otro para ti.*

Me tiré bocarriba en el sofá y me puse las manos en la cara mientras contenía el aire. Me iba a pasar el fin de semana con Anders, el hombre que más emociones había despertado en mi vida y encima me piropeaba. ¿En serio me estaba pasando esto a mí? ¿A mí? Yo solo esperaba que esto no fuera una broma con cámara oculta, porque os juro que no me podía creer que me fuera a pasar el finde con él.

Estaba preparándome un café cuando me sonó el teléfono y vi que era un mensaje de Alejandra. Sonreí, porque seguro que me escribía porque acababa de ver mis redes.

Alejandra: *¡No me puedo creer que hayas conocido al mismísimo Anders Olsen! O sea, nena, ¡¡Anders Sexy Olsen!! Qué fuerte, por favor, y no me lo cuentas. Eres una mala amiga.*

Rania: *Me acosté tarde, me he levantado hace poco, y apenas soy persona después de un sándwich, estoy tomando café.*

Alejandra: *¿Te acostaste tarde? ¿Sola o con él? No, no me lo digas, no quiero que me des envidia. O sí, dámela, dime cómo es ese hombre en la cama, por Dios, dime que te has corrido más veces en una noche que en dos años con el sieso de Juan. ¡Quiero detalles, Rania, muchos detalles!*

Me tuve que reír, porque mi amiga estaba loca, pero de atar, ¿cómo se le ocurría pensar que me había acostado con aquel hombre, la misma noche de conocerle? Que yo nunca había sido así.

Rania: *No hay detalles, porque no me acosté con él. Solo estuvimos hablando durante el evento, acabamos desayunando y me trajo a casa. Fin del comunicado.*

Alejandra: *Claro, claro, que con un hombre así solo has hablado. Y yo estoy a punto de hacer voto de castidad, no te jode. Confiesa, dame envidia, quiero detalles. Nena, que mi vida sexual es más triste que la de un monje. No tengo de eso desde hace un año.*

Rania: *Y yo te recuerdo que desde hace poco más de dos. No hay nada que contar, salvo lo que te he dicho, en serio. Pero prometo hablar contigo en otro momento y ponerte al tanto de la noche que pasamos hablando. Ahora voy a preparar una bolsa con ropa, que salgo en un ratito. Chao, te quiero.*

Alejandra: *Más te vale que me cuentes todo, pero, todo, todo. Yo también te quiero, cariño. Cuidado con el coche, que imagino que irás a casa de tus padres.*

Y sí, Alejandra tenía razón.

Me vestí para ir a ver a mis padres y cenar con ellos ya que hacía unos días que no iba y sabía que me echaban mucho de menos, así que les di la sorpresa y aparecí por casa sin avisar, como era normal en mí.

La emoción que transmitían al verme era lo más bonito que como hija se podía vivir.

—Lo más bonito del pueblo, hija, eres lo más bonito del pueblo —dijo mi madre después del abrazo que me dio.

—No, no, en todo caso lo segundo más bonito, que tú eres lo primero —sonreí.

—Anda, anda, que yo ya tengo una edad...

—¿Qué edad ni edad? Si estás guapísima, mamá.

—Eso es que tú me miras con buenos ojos.

—Papá, ¿a qué mamá está guapísima?

—Como el primer día que la conocí —contestó él.

—Uy, qué mentira. Si en aquel entonces yo era una chiquilla con gafas de culo de vaso que no veía nada.

—Y a mí me pareciste la chiquilla más bonita del pueblo, Julia.

—Mamá, tú nunca has tenido unas gafas así. —Reí.

—De culo de vaso no, pero gafas sí. —Señaló las que llevaba y sonreí.

Eso era lo único que yo no había heredado de ella, la mala vista como siempre me decía. La tenía perfecta, como mi padre. Ella de jovencita ayudaba mucho en las labores de la casa y muchas de ellas eran coser y arreglar algunas prendas de ropa, por lo que la vista, de tanto fijarse, le fue fallando, como hoy en día les pasaba a los jóvenes con las pantallas de ordenadores, Tablets y teléfonos móviles.

Fue entrar hacia la cocina y cerrar los ojos mientras disfrutaba del delicioso olor que había en ella.

Mi madre había hecho una caldereta de pescado que tenía una pinta brutal y que tenía pensado prepararme un táper, ya que había hecho para una legión. No solo me iba a dar un táper de eso, también de lasaña que había hecho el día anterior y unas verduras que tenía salteadas con muy

buena pinta.

—¿Qué tal te fue el evento? —preguntó mi madre, pues siempre los mantenía al día de mis trabajos.

—Muy bien —sonreí, y noté que me sonrojaba al pensar en Anders—. Posados para muchas fotos, alguna copa de vino y mezclarme por allí para que vieran el *outfit* que me habían hecho llegar.

—Seguro que la niña triunfó como la Cola-Cola, Julia —comentó mi padre.

—Eso seguro, que mi niña bonita es un rato largo. Y guapa, que no hay más que verla.

—Vosotros a mí sí que me miráis con buenos ojos, cómo se nota que soy vuestra única hija. —Volteé los míos.

—Cariño, para los padres, sus hijos son siempre los más bonitos, los más guapos y los más listos, así sean feos y atontados para el resto del mundo.

—Menos mal que gran parte del resto del mundo también dice que soy guapa. —Reí.

—Un bellezón, hija, lo que eres es un bellezón como tu madre. —Mi padre me dio un abrazo y un beso en la frente y sonreí.

Desde luego, qué razón había en eso de que nadie mejor que los padres para levantar el ánimo a sus hijos.

Para cenar hicimos salmorejo que acompañamos de taquitos de jamón serrano y trocitos de huevos cocidos. Nos salió de gourmet, además, que hicimos de más y me apartó también para llevarme.

Me iba a quedar a dormir aquí ya que no me gustaba regresar tan de noche y más cuando al día siguiente no es que tuviera muchas cosas que hacer, ya que solo iba a subir un reel que tenía ya listo, dado que lo había hecho y montado David que ya me lo había enviado y eso lo hacía desde el móvil.

Después de cenar nos quedamos charlando un rato en el sofá antes de irnos a dormir. Les di un abrazo a cada uno y les dije, como siempre, que los quería muchísimo.

—Y nosotros a ti, cariño mío —contestó mi madre, quien volvió a darme un sonoro beso en la mejilla.

Me metí en la cama tras echar un vistazo a las redes, bicheando por los reels para, como de costumbre, coger el sueño y dormirme.

Capítulo 5



—Hija, corre, a papá le duele mucho el pecho —dijo mi madre abriendo la puerta de mi habitación tras haber dado dos golpes rápidos—. Hay que llevarlo a urgencias.

—¿Desde cuándo está así? —pregunté tras levantarme de un salto y comencé a vestirme de manera precipitada.

—Por lo visto desde hace un rato, pero no me he despertado hasta ahora.

—Madre mía, ¿y en qué pensaba? —protesté.

—Pues eso le he dicho, que tenía que haberme avisado antes.

—¿Está vestido?

—Sí, hija, ya estamos listos.

Entré en el WhatsApp corriendo para poner un audio a David, que me había escrito, y decirle que hoy no podía contar conmigo.

—Buenos días, hija —me dijo él con la voz casi apagada—. No os asustéis que seguro que estoy bien.

Mi padre tenía el rostro muy pálido, estaba el pobre con muy mala cara y se montó en el coche como abatido. Conduje a la velocidad de la luz, ya que las urgencias más cercanas pillaban a diez minutos, y creo que hice ese trayecto en menos de seis minutos ya que no levanté el pie del acelerador en ningún momento.

Si me venían multas, ya cruzaría después ese puente, pero por cómo estaba mi padre, no me la iba a jugar yendo despacio.

Paré en la misma puerta donde había dos médicos fumándose un cigarrillo y que, al verme llegar así y parar en seco, se vinieron hacia el coche de manera inmediata y ayudaron a bajar a mi padre. Mi madre se fue con él y yo me dirigí a aparcar en la calle de al lado.

Entré corriendo en la sala poco después y ahí encontré a mi madre, con los ojos vidriosos y asustada. Me senté con ella a esperar noticias, la abracé y le dije que todo iba a estar bien, o al menos, eso esperaba.

Me daba terror que fuese un tema cardíaco o algo de índole fuerte, pero por suerte todo se descartó con pruebas y análisis dando como resultado que era por un tema digestivo y de acidez, cosa que desconocía que pudiera verse reflejado en un dolor de pecho, pero por lo que explicaban los médicos, mi madre y yo comenzamos a sentirnos más relajadas.

—Qué susto me ha dado —dijo mi madre secándose las mejillas—. Qué susto, hija. Siento que haya sido justo hoy, que estabas aquí, que te habrá asustado a ti también.

—Mamá, pues mejor que estuviera yo, que os he podido traer corriendo, y, aunque no haya sido nada grave, hemos llegado rápido. Si hubieras tenido que esperar a la ambulancia, a saber, cuánto habrías tardado en estar aquí.

—No le vuelvo a poner salmorejo por la noche —comentó mientras negaba—, así me ruegue que lo haga.

—Igual no ha sido eso, mamá.

—Pues ya me dirán a mí qué ha sido —contestó suspirando.

Le dije de salir a tomar el aire y al final me fui con ella a una cafetería a desayunar a una terraza, ya que no nos habíamos tomado ni un café, y habían pasado dos horas desde que llegamos. Iban a dejar a mi padre una hora más allí ya que le estaban metiendo medicina a través del gotero y no podíamos estar dentro con él dado que no era un hospital, solo un centro de urgencias.

—Hija, quería comentarte algo —dijo poco después de sentarnos.

—Miedo me das cuando comienzas así.

—Sabes que hace veinte años dejé el tabaco...

—Mamá, no empieces a darme la brasa que yo fumo muy poco, me dura el paquete cuatro días.

—No —sonrió—, es que no quiero que se entere tu padre, pero llevo una época fumando a escondidas cuando él está en la huerta y yo me voy a la parte de atrás de la casa. Con esto quiero decirte que me apetece uno con el cafelito, y era para ver si me puedes dar uno.

—Claro. —Me reí—. Mamá ¿pero por qué se lo ocultas a papá?

—Por no disgustarlo, sabes que le preocupa mucho el tema del tabaco y saber que tú fumas no lo lleva bien, así que intento evitarle una doble preocupación.

—Mamá, pues no son las cosas así, yo sé que le preocupa que yo fume, pero no por eso me voy a esconder. Me salgo a la puerta de la casa cuando estoy con vosotros y me lo fumo allí para no

dejar malos olores, pero veo una tontería hacer las cosas por detrás, no tienes necesidad de hacerlo a escondidas, qué tienes, ¿quince años? —Reí.

—Bueno, yo estoy más tranquila así —se justificaba con ese tono tan bonito que tenía.

—Tú verás lo que haces, pero no creo que ocultárselo sea lo mejor. No te va a comer a estas alturas. O sí, pero de otro modo —sonreí.

—¡Rania, por Dios! —Se sonrojó y más reí yo, porque hasta en eso me parecía a mi madre.

—Por cierto, este fin de semana me voy con el dueño de la firma con la que tuve el evento hace dos noches. —Apreté los dientes.

—¿A dónde te vas, hija?

—A su casa en Sotogrande, bueno, a su mansión. —Me reí viendo la cara de mi madre, que se estaba descomponiendo.

—Hija, pero ¿no será peligroso?

—No tiene pinta de loco ni de asesino en serie como en las películas, puedes estar tranquila, y en cuanto a peligroso, puede ser lo mismo que si me voy el finde a la casa del dependiente del supermercado que haya conocido.

—Ya, visto así, pero no sé. ¿Qué intenciones tiene? —preguntó activando el modo madre al cien por cien.

—Casarse conmigo —bromeé volteando los ojos y consiguiendo que se le escapara una risilla de lo más tierna.

—No hija, pero lo normal es que te invite a cenar y no a su casa el fin de semana.

—Mamá, eso en tu época de Alfredo Landa, en la mía no. —Me reí.

—Tú ten mucho cuidado, cariño. —Acarició mi mano tras echar hacia un lado el humo de la calada de su cigarrillo.

—Que sí, tú tranquila, que si veo que tiene una sierra mecánica y una máscara en algún lado de la casa, salgo corriendo no vaya a hacer conmigo la matanza de Sotogrande. —Le saqué la lengua a modo de burla y sonrió negando.

En ese momento recibí una llamada y saqué el teléfono del bolso, ya que no lo había visto hasta ahora. Me sorprendí al saber que era Anders.

—Hola, Anders.

—Hola, Rania. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por? —Fruncí el ceño, confundida con esa pregunta.

—Te he escrito varios mensajes desde esta mañana y vi que tu última conexión fue a las ocho, por lo que intuí que estabas despierta, pero me preocupé al no ver más actividad en tu conexión y que no leías mis mensajes.

—Estoy en urgencias desde esta mañana porque mi padre amaneció con dolor en el pecho, pero ya nos han dicho que no es nada preocupante y que es algo relacionado con la acidez estomacal. En un rato ya le dejarán que se vaya a casa.

—Menos mal, qué alivio. —Soltó el aire.

—Gracias por preocuparte por mí. ¿No salías hoy temprano para Noruega?

—He tenido que cancelarlo, tengo que solucionar pasado mañana una cosa que me surgió de improviso.

—¿Es preocupante?

—No, tranquila, es una lucha que tengo ahí que ya te contaré.

—Tranquilo, cuando lo desees —sonreí, a pesar de que no me podía ver.

—¿Necesitáis algo?

—No, de verdad, todo está bien y en un ratito los llevo a su casa.

—¿Te quedarás allí?

—No, regreso a la mía cuando recoja mis cosas.

—¿Te parece si cenamos juntos esta noche?

—¿Dónde?

—Donde quieras, yo iré hasta allí.

—Claro, te escribo más tarde.

—Estaré esperando.

—Hasta luego. —Colgué con una de esas sonrisitas tontas en los labios, sorprendida a la par que emocionada por esa llamada y que se hubiera preocupado al no recibir respuesta a su mensaje.

Miré a mi madre, que no había quitado su mirada de mí durante toda la conversación.

—Hija, ¿te has enamorado? —preguntó toda seria, pero que lo decía de verdad.

—Mamá. —Me reí negando.

—Sabes que siempre te apoyaré en todo, pero él es unos años mayor que tú y tiene una vida que completamente distinta a la nuestra, somos de mundos diferentes.

—Mamá, tranquila. ¿Sí?

—Vale, cariño.

La conocía, y sabía que no se quedaba tranquila con mi respuesta, pero tenía claro que confiaba en mí, y yo podía ser algo tímida y un poco ingenua, pero era una mujer con los pies en la tierra y no me hacía ilusiones, al menos, por el momento.

Después de desayunar nos fuimos hacia la parte en la que estaba mi padre y quince minutos después ya le dieron el visto bueno para que nos lo llevásemos a casa. Le habían puesto un tratamiento y tenía que ir a ver a su médico de cabecera.

—Te olvidas del salmorejo por las noches, Ernesto —le dijo mi madre nada más entrar en casa.

—¿Y qué tendrá que ver el salmorejo? Esta mujer... —sonreí al ver a mi padre volteando los ojos, por lo menos ya tenía mejor cara, que le había visto yo tan paliducho antes de llevarlo a urgencias, que me temía que se me quedara en el camino— Puede haber sido por cualquier cosa, ya has oído al médico.

—Sí, sí, cualquier cosa, y por eso ahora te voy a hacer un pescado hervido con patatas para comer.

—Hija, dile algo a tu madre que me está poniendo comida de hospital.

—Papá, que creímos que te nos ibas para el otro barrio.

—¿Yo, mudarme de casa? Anda, anda.

—Encima con guasa, con el susto que nos ha dado —protestó mi madre.

—Pues eso, Julia, que estoy de broma, mi vida. Que yo también me he asustado, no os penséis que no, que me veía en las puertas con San Pedro.

—Por suerte sigues con nosotras, y hoy, pescado hervido con patatas. —Le señalé.

—Pero que me ponga sal, a ver si ahora ni eso voy a poder echarle a las comidas.

—Papá, lo que te gusta exagerar para lo poco que vas al médico. —Reí.

—Calla, hija, calla, que ahora le voy a tener que ver más a menudo.

Era un caso, de verdad que sí, mi padre a veces era un caso. Él siempre decía que estaba hecho un roble y con la buena salud que había tenido siempre, apenas si tuvo que ir al médico, pero

ahora era diferente, que ya tenía una edad y, quisiera él o no, tenía que cuidarse más.

Fui al mercado a por pescado fresco y eso comimos los tres, acompañado de una ensalada.

Mientras mi madre hacía café le pedí a mi padre que por favor hiciera caso en las recomendaciones del médico y que, si mi madre no quería hacerle salmorejo por las noches, pues que no se lo pidiera.

—Hija, si ya sabes que a mí me gusta buscarle la lengua a tu madre, que me da la vida —sonrió al tiempo que me hacía un guiño.

—Si es que en el fondo eres como aquel chiquillo que se enamoró de ella —sonreí.

—Ya sabes lo que dicen, nunca hay que perder al niño que todos llevamos dentro.

—Ay, papá —le abracé—, qué suerte tiene mamá de tenerte en su vida.

—No, hija, el afortunado soy yo de tenerla a ella. Que podría haber estado con el que quisiera del pueblo, y se quedó conmigo.

—Porque eras el más guapo y el más fuerte.

—Si ya sabía yo que siempre me quiso por mi cuerpo —suspiró y me eché a reír con más ganas.

—¿Y esas risas? —preguntó mi madre entrando en el salón.

—La niña, que me ha contado un chiste.

—Seguro que ha sido eso —dijo ella arqueando la ceja.

Tenía muy buena relación con mis padres, con los dos me llevaba genial, y podía decir con orgullo que, con ambos, tenía una complicidad de esas en las que podía hablar de cualquier tema, al igual que podía echarme unas buenas risas.

Era afortunada de tenerlos como padres, y agradecía que nunca me hubiesen quitado la idea y la ilusión de irme a la ciudad para trabajar en lo que me gustaba, todo lo contrario, siempre me apoyaron para que lo hiciera a sabiendas de que en el pueblo la única vida que me esperaba era en el campo o en alguno de los puestos del mercado.

Recogí todo después de comer, mi madre me preparó en dos bolsas los recipientes con las comidas y quedé en llamarlos más tarde. Mi padre ya tenía mejor cara.



Llegué a mi casa a las cuatro de la tarde, momento en que le escribí a Anders y quedamos en que me recogería a las ocho y media, dado que ya había reservado en un lugar muy bonito de la ciudad.

Me encontraba de lo más emocionada al sentir que Anders estaba teniendo un interés por mí un poco más especial de lo normal, pero a la vez me inquietaba que tuviera un problema que lo pudiera tener preocupado, motivo por el cual se había quedado aquí. Solo esperaba que fuera algo de puro trámite administrativo.

Coloqué todo y me metí en la ducha para quedarme ya fresquita en el sofá, descansando un rato antes de empezar a prepararme para salir, eso sí, comencé a comerme el coco pensando en qué conjunto ponerme.

Instagram estaba que ardía con el comentario que él me había dejado en la publicación y me entretuve un rato leyéndolos antes de echar una cabezadita.

Por no hablar de Alejandra, que me envió un mensaje para preguntarme cuándo nos veíamos para que le contara la noche que había pasado en el evento.

Quien también me escribió fue David preguntado por mi padre, le había dejado preocupado con el audio, le contesté lo que nos habían dicho, que ya estaba en casa y bastante mejor que como se había levantado, y que agendaríamos para vernos y trabajar.

Capítulo 6



Me levanté a las siete de la tarde y porque el despertador me sonó, ya que lo puse por si las moscas, que me conocía.

Al final me decanté por un pantalón corto en color beige tipo safari que combiné con unas sandalias en tono verde oliva a conjunto con una camisa suelta que arremangué hasta mis codos, en la cintura solo metería por dentro del pantalón un lado de la camisa para parecer más desenfadado.

Debajo me puse una camiseta de tirantes finos del color del pantalón. Estaba monísima y además tenía un bolso de rafia que era de hombro y quedaba perfecto para ir en combinación total.

—Hola hija. —Mi padre respondió al segundo toque.

—¿Cómo está el convaleciente?

—Rezando para que esta noche tu madre no me ponga acelgas para cenar.

—¡Bien buenas que están! —Escuché gritar a mi madre a lo lejos, y me eché a reír.

—Sí, sí, buenísimas, igualitas que un chuletón —protestó mi padre, y sin verle, sabía que estaba volteando los ojos.

—No te quejes y haz caso a mamá. —Reí.

—Por la cuenta que me trae —suspiró.

Charlé un poquito con él y noté que estaba mucho mejor, sobre todo por eso de que le gustaba mucho buscarle la lengua a mi madre y con eso de las acelgas, lo estaba consiguiendo.

Eran las ocho menos cinco cuando estaba lista y me dirigía hacia la calle, ya que me había avisado por mensaje de que acababa de llegar.

Estaba guapísimo con esa camisa blanca remangada y unos vaqueros cortos que le quedaban como anillo al dedo.

—Me encanta tu conjunto, no me extraña que triunfes en las redes —dijo agarrando mis brazos con sus manos y dándome dos besos mientras hablaba sin perder la amplia sonrisa—. Estás guapísima.

—Tú también lo estás. —Siempre vestía de su firma y la calidad era la mejor carta de presentación que resaltaba a la vista. Hasta a unos simples vaqueros cortos, se les veía la clase.

—Por cierto —dijo cuando nos montamos en el coche y se estaba abrochando el cinturón—, he ordenado que te llegue un envío con las novedades de ropa de esta temporada. Te pagarán cuatro colaboraciones que deberás de hacer dentro de este mes y con la ropa que tú elijas de la que te llegue. Te las puedes quedar todas, aunque no las promociones, son para ti. También van complementos y sandalias para que lleves el conjunto completo en cada promoción. Cada vez que publiques una y nos pongas como colaboradores, te llegará el pago, como siempre.

—¿Cuatro colaboraciones? —pregunté de lo más sorprendida.

—Sí, además que he pedido expresamente que te den todos los meses esa misma cantidad de colaboraciones, como mínimo.

—No sé cómo agradecértelo, para mí es muy importante colaborar con una firma como la tuya, que me da mucha más visibilidad y presencia en las redes.

—Nada que agradecer, tu profesionalidad lo avala. —Cogió mi mano y le dio un apretón, luego volvió a ponerla en el volante.

Desde luego que cuánta razón había en eso de que la suerte llegaba cuando menos la esperábamos, y en mi caso fue por estar en el momento y el lugar indicados la noche del evento.

No, no tendría vida suficiente para agradecerle a Anders el que hubiera pedido que me dieran cuatro colaboraciones al mes, y me sentía emocionada y pletórica por ello, pero no era plan de ponerme aquí a gritar y dar saltitos feliz de la vida.

Llegamos a un restaurante en el que nos bajamos en la misma puerta y un aparcacoches se encargó de estacionar su coche. Jamás había estado aquí, pero se podía distinguir el lujo nada más con la impecabilidad del recibimiento y los uniformes de cada trabajador.

Me quedé asombrada al ver el lugar que había reservado que era completamente íntimo, ya que estaban divididos por unas telas blancas ibicencas y el frente todo descubierto mirando hacia el mar.

Paz, eso sentí en el momento en el que entramos en ese bello rincón, una paz inmensa, así como la tranquilidad que transmitían las vistas.

Los sillones rodeaban la mesa y eran tipo árabe, toda una cucada de rincón amplio y de lo más cómodo. Nos sirvieron dos copas de vino y nos dejaron la botella allí.

Anders me preguntó si me fiaba de sus recomendaciones y le dije que por supuesto, así que

comenzó a ordenarle la comanda al camarero.

—Unas tostas de queso crema con salmón y aguacate, unos gambones a la brasa y unos medallones de solomillo de atún reducido con miel.

—Muy bien señor. Disfruten de la velada.

—Gracias —murmuramos al unísono.

—Se me ha hecho la boca agua con solo escuchar lo que has pedido —sonreí—. A mí es que la comida me pierde y más cuando son platos gourmet. Imagino que no es la primera vez que vienes.

—Es la primera —sonrió— pero lo encontré buscando restaurantes de aquí por internet y me llamó mucho la atención, además que leí las recomendaciones que mejores comentarios tenía y estos platos estaban muy bien valorados.

—Así que eres de los que estudian el lugar antes de ir —sonreí.

—A veces sí, sobre todo, si no conozco mucho la zona, como es el caso.

—Claro, imagino que conocerás mejor los lugares más concurridos de Sotogrande.

—Algunos sí, otros no tanto.

Di un sorbo al vino y acabé dejando escapar un sonido de apreciación, dado que estaba muy bueno, no tanto como el que había probado en el evento, pero tenía también un toque dulce.

Ni qué decir tenía que el primer plato, que contenía cuatro tostas medianas, y tenía una pinta espectacular por lo que no pude evitar tirarle una foto para tenerla como contenido, sabía que me iba a gustar. Los colores y la presentación llamaban mucho la atención, por no hablar de esa fusión de sabores que sentí al dar el primer bocado y que no pude contener un jadeo de placer que le sacó una gran sonrisa a Anders.

—Esto está brutal, vaya contraste de sabores.

—Sí, la verdad es que tiene un toque que imagino que será el secreto del chef, es la manera en que está especiada porque por lo demás es queso crema, salmón y aguacate, fácil de hacer en casa, pero esto tiene su punto mágico que marca la diferencia.

—Yo descubrí unas especias que le van al guacamole como anillo al dedo. No me puede faltar en mi casa el bote y esto tiene un cierto y ligero parecido. Obviamente no es lo mismo.

—Me tendrás que enseñar esas especias. Te confieso que soy todo un cocinillas y que me relaja meterme en la cocina y crear platos gourmet.

—Luego te paso el enlace —sonreí.

—Perfecto. Por cierto, el fin de semana te prepararé algunos de mis platos estrella.

—Yo llevaré una ensaladilla rusa que me sale de muerte. La prepararé el jueves por la tarde.

—No hace falta que lleves nada.

—No pienso ir con las manos vacías —sonreí.

—Eres la invitada.

—¿Y? —Reí viendo cómo me fijaba la mirada con la sonrisilla, que no se le iba de la cara—. Por cierto. —Cambié de tema al verle rellenarse la copa—. No sé cómo piensas conducir si sigues bebiendo. —Carraspeé.

—Lo tengo todo controlado. —Me acarició la mano por encima de la mesa—. ¿Cómo se puede ser tan guapa? —preguntó murmurando tras unos segundos mirándome con esos ojos celestes que hacían que mis mejillas se volvieran rojas como un tomate.

—No me digas eso que me da mucha vergüenza —respondí con una leve sonrisa, notando las mejillas ardiendo—. Y soy una chica de lo más normal.

—Si fueras normal no estarías brillando como lo haces. Tienes que creer más en ti, vales millones.

—Sé que arraso por lo de *curvi*, porque me ven el prototipo para vender esas tallas, pero la realidad es que estoy llena de inseguridades, no me desvalorizo, pero necesito perder esos kilitos que me harían ganar en seguridad.

—Rania, eres preciosa y tienes un físico espectacular, además de ser muy bonita. Otra cosa es que tú quieras perder algunos kilos para sentirte mejor contigo misma, pero ya te digo yo que eres un dulce para cualquier hombre.

—¿Dulce? —Reí—. Anders, no me seas exagerado.

—Me encanta ver cómo se te ponen las mejillas intensamente rojas.

—No te rías. —Me tapé la cara con las manos.

—Si es que contigo las risas me salen solas. Eres un encanto, Rania. Por cierto, ¿cómo sigue tu padre? Que no te he preguntado todavía.

—Bien, hablé con él mientras me vestía y lo noté mucho más animado.

—Me alegro mucho. Imagino la gran pasión que sentirá por ti.

—Como cualquier padre por su hija.

—Sí. —Noté que se entristeció y hasta tragó saliva.

—¿Estás bien?

—Tengo una hija a la que no me dejan ver. —Se sinceró soltando esa confesión de golpe.

—¿Tienes una hija a la que no ves?

—Sí, por eso me he tenido que quedar. Pasado mañana se celebra el juicio con la madre. No había leído el mensaje del abogado y al no contestarle, me mandó un recordatorio del juicio y para quedar una hora antes con él para matizar algunas cosas.

—¿La tuviste con la última relación que me contaste la otra noche?

—Sí, lo que no me esperaba era que me iba a intentar separar de mi hija y que terminaría acabando con ella en los tribunales. No te imaginas lo que la echo de menos y las ganas que tengo de abrazarla. Solo tiene tres añitos. Su mamá se quedó embarazada cuando apenas llevábamos tres meses viéndonos.

—¿Cómo se llama?

—Valeria, como su madre. Ella lo decidió y yo lo respeté. Es un nombre bonito.

—Sí, sí que lo es —sonreí—. A la mamá la sigues amando, ¿verdad?

—Me dejó cuando yo la amaba con todo mi corazón, pero lo que hizo de impedir que viese a mi hija acabó con ese sentimiento que tenía por ella. Es la persona que más daño me ha hecho en mi vida y no le voy a perdonar lo que les está haciendo sufrir a mis padres, ya que tampoco les facilita el ver a su nieta. Eso no quita que jamás hablaré mal de ella, es la madre de mi hija, por muy mal comportamiento que tenga, es su madre. Solo quiero que me den mis derechos como padre, solo eso, no voy contra nadie.

—Se nota que eres una buena persona, Anders.

—Intento serlo, no me gustan las guerras ni los malos rollos. Solo quiero ejercer de padre y que no me falte ese lugar para cuidarla y ayudarla en todas las etapas de su vida.

—¿Tienes alguna foto? Bueno, qué pregunta la mía. —Reí—. Como todos los padres debes tener el móvil lleno.

—Algo así, sí —sonrió mientras sacaba el móvil del bolsillo y, tras toquetear un poco, me lo ofreció—. Ahí la tienes, puedes pasar hacia la izquierda y verás más.

Cogí el móvil y me salió una sonrisa de oreja a oreja al ver aquella muñequita en la pantalla. Era preciosa, con el cabello castaño y los mismos ojos celestes que Anders. En cada una de las fotos se la veía sonriendo, feliz, jugando con sus juguetes y en muchas de ellas sentada rodeada de peluches.

Había una en la que estaba con Anders y, por el modo en el que ambos se miraban, podía sentirse

el amor que se tenían el uno al otro.

—Es preciosa —dije devolviéndole el móvil—. Idéntica a ti, hasta en esa sonrisilla que a veces te sale.

—Eso dicen mis padres, que es como verme a mí cuando era pequeño —sonrió.

—Tienes una muñequita en tu vida, de eso no hay duda.

—Lo es.

—Lo digo porque con lo grande que eres, ella a tu lado es una muñequita en tus brazos.

—Sí, eso también. —Rio.

—Seguro que es un amor de niña.

—Es muy cariñosa, cuando me mira y me da uno de sus besos, me derrite. Bueno, cuando me los daba —contestó guardando el móvil de nuevo.

—Ya verás que pronto podrás volver a tener esos besos, Anders.

—Ojalá.

Sonreí mientras le daba un leve apretón en la mano y él me lo devolvió. La verdad que me ponía en su lugar y, si me pasara a mí, me moriría de la pena sabiendo que mi pareja no me dejaría ver a mi hija.

En ese momento nos trajeron los gambones a la brasa que tenían también una pinta brutal. Cogí uno, lo pelé y se lo acerqué a la boca.

—Toma, para que el jefe no se manche las manos —le dije bromeando para romper un poco ese momento triste que habíamos tenido, sobre todo él, al que se le notaba muy tocado.

—Gracias, pero el que debería de pelarlas soy yo —sonrió mordisqueándola en su boca—. Una mujer como tú se merece que le traten como una reina.

—Todos nos merecemos que nos traten bien, independientemente de si se es hombre o mujer, ante todo somos personas.

—Eres tan linda. —Acarició mi mejilla.

El siguiente gambón me lo puso él en la boca y eso que yo ya estaba pelando otro, pero él era muy rápido. Me encantaba la persona tan cercana que era y, sobre todo, que era todo un caballero que no hablaba de cosas materiales y no intentaba impresionar por lo que tenía, lo hacía por lo que era ya que brillaba con luz propia.

La verdad es que por nada del mundo me hubiera imaginado que Anders tuviera esa historia

detrás y que lo estuviera pasando tan mal. No se lo merecía, se le sentía demasiado buena persona.

—Y cuéntame, ¿tienes trabajo para estos días? —preguntó.

—Siempre hay algo que hacer —sonreí—. Y me gusta echar un vistazo a reels de cuentas que sigo para ideas de fotos, vídeos y cositas así.

—Vamos, que no paras de idear cosas.

—No, me gusta tener siempre algo en la recámara por si en días como hoy, que sale una urgencia, no puedo grabar.

—Eso está bien, eres previsor.

—Mucho, mi padre dice que tal vez demasiado.

Y llegaron con el tercer plato, que era el atún con miel, ese que me dejó de lo más sorprendida, además de que venía sobre una cama de cebolla caramelizada que era todo un espectáculo.

Capítulo 7



La cena estaba siendo una de las mejores veladas que había tenido el placer de vivir en mucho tiempo.

No nos faltaban las risas y tampoco los temas de conversación, algo que agradecía porque nunca me gustaron los momentos de silencio incómodos en los que dos personas se quedaban mirando a todos lados y sin nada que decir, salvo el más que manido tema del tiempo en plan: «pues parece que se ha quedado buena noche hoy».

Tampoco estuvimos exentos de vino del que disfrutar y con el que acompañar aquellos platos que estaban riquísimos.

Cuando retiraron los platos del atún nos dejaron la carta de postres, yo no quería ni mirarla por lo que le dije a Anders que eso lo dejaba también en sus manos.

Acabó pidiendo un brownie casero con almendras, helado de vainilla, chocolate derretido y nata para cada uno.

—Así no puedo adelgazar en la vida —murmuré mirando al plato y tirándole una foto, como ya le había hecho a cada plato, y hasta a la copa de vino en mi mano.

—Deja de mortificarte, Rania, vales muchísimo.

—Pero la vida me debería de dar un poco más de fuerza de voluntad, aunque reconozco que el pan, por ejemplo, es mi perdición. Soy de ese selecto grupo de personas que, cuando está recién hecho y calentito, no puede resistirse a la tentación de coger el pico. Eso es superior a mí —suspiré, cogiendo un pedacito del brownie—. Dios mío, esto está de vicio —gemí, y cuando vi la cara de Anders, con la ceja arqueada y sonriendo de medio lado, carraspeé—. Ya me dirás cuando lo pruebes.

Cogió un poco, se lo llevó a la boca y lo saboreó unos instantes.

—Aprobado, está muy bueno —dijo.

—Ahora entenderás que esto —señalé el plato elevando ambas cejas— se me va a repartir por

todo el cuerpo —suspiré, y él se rio.

—¿Haces deporte? —preguntó mientras cogía otro pedazo de su brownie.

—Si andar de vez en cuando unas buenas caminatas mientras miras escaparates se puede considerar así, sí, pero si no, pues no hago ni el más mínimo, me da mucha pereza eso. —Apreté los dientes—. Tú sí tienes pinta de hacer mucho.

—Tengo gimnasio tanto en la casa de aquí como en la de Noruega. Es lo primero que tengo que hacer al levantarme, es como un vicio.

—Lo que más me gusta de ti es que no se te ve como esos que hacen deporte para hincharse como si fueran Hulk.

—No, no, yo me mantengo definido, no es mi intención parecer un portero de discoteca —murmuró, causándome una risilla.

—¿Lo ves? Es que eres un ricachón muy sencillo y eso te hace diferente. Y, además, reconozco que no me gustan los hombres con esos músculos hinchados. ¿Tú has visto cómo se les marcan las venas a muchos de ellos? Si parece que les vayan a reventar en cualquier momento.

—¿Me estás diciendo que te gusto? —Arqueó la ceja en un gesto que, debía admitir, le quedaba de lo más sexy.

—Yo no puedo responder a eso sin un abogado presente. —Solté una carcajada ante esa pregunta que sonó a broma, ya que él no era tonto y sabía que me gustaba, y mucho. Vamos que todas las veces que me había sacado los colores no podía ser por otra cosa.

—Ya me estaba haciendo ilusiones. —Carraspeó con esa sonrisa de medio lado.

—Si es que los hombres vivís en los mundos de Yupi —dije con movimiento de mano incluido causándole que se le ampliara la sonrisa en su rostro.

—Nos hacemos ilusiones muy rápido —negó volteando los ojos y siguiendo con la broma.

—Sí, sí, exacto. Para que luego digan de algunas mujeres...

Reímos los dos, con una complicidad que me tenía de lo más sorprendida.

No sabía qué tenía Anders, pero parecía ser que ninguno de los dos podía dejar de hacerle bromas al otro. Y eso me gustaba, porque a pesar de ser un hombre importante y con dinero, con mucho dinero, mejor dicho, tenía sentido del humor, no era el típico que siempre parecía enfadado con el mundo y la vida y estaba amargado, alimentándose del miedo de sus empleados como un viejo cascarrabias.

Terminamos el postre mientras me hablaba de la pequeña, y se le ponía una cara de lo más tierna cuando la tenía presente, el modo en el que le brillaban los ojos, con ese amor que todo padre

sentía por su hijita, la sonrisilla que le salía cuando mencionaba algo que ella solía hacer, a mí me tenía a baba caída, esa era la verdad, porque se notaba cuánto amor sentía por esa niña a la que su madre no le dejaba ver.

Tras pagar la cuenta dejó una mano en mi espalda en un gesto de lo más caballeroso para darme paso delante de él cuando nos levantamos para ir hacia la puerta.

Mi sorpresa fue mayúscula al salir del restaurante y ver su coche con su chófer de conductor. Me explicó que había venido con él y habían acordado que se quedaría en casa de un amigo hasta que le avisara por mensaje para que se dirigiera al restaurante a recogernos. No sabía en qué momento lo habría avisado, pero ahí estaba él porque lo había traído su amigo.

El chófer nos abrió la puerta de la parte trasera para que entráramos y, una vez nos acomodamos en el asiento, de nuevo tuve los nervios a flor de piel.

Intenté distraerme mirando por la ventana, pero me resultaba complicado teniendo a Anders tan cerca.

Su perfume, y el hecho de que se hubiera sentado tan cerca de mí y nuestras rodillas estuvieran tocándose en ese momento, era, sin lugar a duda, motivo más que suficiente para que me notara las manos un poquito sudadas por los malditos nervios.

Nos despedimos en la puerta de mi casa. Esta vez no fue solo un abrazo, sino que se atrevió a darme un beso lento, pero en forma de pico.

—Estaré deseoso de que llegue el viernes, pero que si te vienes el jueves, mejor. —Me acarició la mejilla.

—Lo vamos viendo —sonreí—. Tenme al tanto del juicio.

—Claro, de todas maneras, mañana hablaremos o ¿es que me quieres perder de vista? —Arqueó la ceja.

—Por supuesto que no... —Me acerqué y esta vez fui yo quién le plantó el beso antes de meterme hacia dentro.

Miré por encima del hombro y vi cómo subía al coche, sonrió despidiéndose con la mano y respondí a su sonrisa con otra.

Me tenía en un estado de lo más tontorrón, así de claro. Iba como en una nube mientras entraba en casa, como si flotara, una locura, vamos.

Después de quitarme las sandalias fui hasta la cocina para servirme un poco de agua, con todo lo que había comido y bebido necesitaba tomar un vaso, por no hablar de que al estar fresquita me quitaría un poco ese calor que parecía haber adquirido mi cuerpo de repente.

Bueno, de repente no, que eso era cosa de Anders por cómo me sacaba los colores y hacía que todo mi cuerpo se enrojeciera de pies a cabeza.

Estaba desmaquillándome cuando me entró un mensaje y sonreí al ver que era de él.

Anders: *Buenas noches, preciosa. Gracias por una velada tan bonita. No sabía que necesitaba reírme como lo he hecho. Que descanses.*

Aquello sí que me llenó de dicha, porque yo también pensaba que había sido la velada más bonita que había tenido en mi vida, o la segunda, si contábamos con la que habíamos compartido la noche de su evento.

Rania: *Yo también lo he pasado muy bien, has sido una buena compañía esta noche, Anders. Tened cuidado en el camino, ¿sí? Que descanses.*

Dejé el móvil en la mesita de noche para terminar de cambiarme y una vez me hube puesto el pijama, entré en las redes.

Aún me seguían comentando en las fotos del evento, muchos de ellos diciendo lo bien que me sentaban el dorado y el negro y lo guapísima que estaba.

Las fotos de la cena las había subido sin etiquetarle a él, solo poniendo que aquella había sido una velada maravillosa y la comida estaba riquísima, no quería dar lugar a más cotilleos de los necesarios, esa era la verdad, y más cuando el propio Anders no subía nada de su vida privada a las redes.

Me entró un mensaje de Alejandra, y me tuve que reír.

Alejandra: *DETALLES, SEÑORITA, QUIERO DE. TA. LLES. Lo que te cuesta hablar, ni que te cobraran por palabras como en los telegramas de antiguamente, por favor. ¿Has cenado con él? ¿Dónde? ¿Te ha llevado a casa? ¿Habéis tenido sexo tórrido? Uf, esto último no sé si quiero saberlo. Vale, sí, sí que quiero, que me lo cuentes será como ver algo de porno, bueno, imaginarlo, porque yo, porno no veo. Venga, cuenta, cuenta, que te leo.*

Rania: *¿Tú es que no duermes? Me acabo de meter en la cama, a ver si descanso un poquito.*

Alejandra: *A otra con ese cuento, que sé que te quedas viendo reels hasta que te empieza a dar sueño. ¿Me vas a contar algo? Que me estoy mordiendo las uñas de los nervios.*

Rania: *Pues... de momento, no. Nos vemos en persona y con un par de cafés te cuento cositas.*

Alejandra: *¿Un par de cafés, Rania? ¿En serio? ¡¿Un par de cafés?! Whisky, una botella entera me voy a tener que tomar porque me tienes aquí sin saber nada, ni un adelanto. Cariño, que hasta en las series te hacen un tráiler para que sepas de qué va el tema. ¿No te doy pena?*

Y la muy loca de mi amiga me envió un emoji triste y después el gif de un bebé haciendo un puchero. Ella sabía más que de sobra que esas cosas me podían, que yo era débil ante esos gestos y que acababa claudicando, pero en esa ocasión no lo hice.

Me mantuve fuerte, tecleé el último mensaje y se lo envíe.

Rania: *Como he dicho, nos vemos y hablamos tomando un café. Buenas noches, guapísima.*

Cerré las redes y dejé el móvil de nuevo en la mesita, me acomodé en la cama y antes de quedarme dormida, con los ojos cerrados en espera de ese último empujoncito por parte de Morfeo de llevarme al mundo de los sueños, reviví en mi mente cada minuto de esa noche junto a Anders, cada risa, cada gesto, cada mirada, y sobre todo esos dos besos que nos habíamos acabado dando a modo despedida, todo eso que quedaría grabado en mi mente durante mucho tiempo.

Capítulo 8



Me desperté llena de emociones que no había experimentado en mi vida. Anders era como ese príncipe azul que aparece cuando menos lo imaginas haciendo de tu vida una verdadera nube de color de rosa, y eso que no me había insinuado nada más que yo le gustaba y nos habíamos dado un par de besos. Suficiente para tenerme en este estado.

Salí de la cama con esa sonrisa casi perpetua que tenía últimamente y me vino a la cabeza una canción de Sergio Dalma, uno de mis cantantes favoritos, que en ese momento me venía como anillo al dedo.

Cogí el móvil, la busqué, le di volumen y me puse a cantar a coro con él.

—La vida es un baile, un soplo de viento, un juego de azar, un lugar, un encuentro...

Fui a la cocina mientras me dejaba el alma y la voz en aquel dúo improvisando, rezando y deseando que por mi culpa no empezara a llover, y dejé el móvil en la encimera mientras me preparaba un café.

—No puedes rendirte, hay que alzar el vuelo, y si te tropiezas, dale un guiño al suelo...

Desde luego que nunca me había rendido en cuanto a mi profesión, al sueño de hacer eso que me gustaba y que se me daba bien, y ahora que había tenido ese encuentro, ese momento de suerte, y de conocer a Anders, quien me daba la oportunidad de tener más colaboraciones con su firma. Aquello sí que era motivo para sonreír, como bien decía esa canción.

Alejandra: *Café, hoy, en tu casa, después de comer. Y no acepto un no.*

Me eché a reír a carcajadas al leerlo, porque no había esperado ni siquiera a que yo la escribiera, lo hacía ella y se autoinvitaba a mi casa, algo normal en ella.

Después de tomarme el café me di una ducha y un rato después apareció David, ya que íbamos a grabar contenido haciendo repostería. Tenía todos los ingredientes para hacer un bizcocho de chocolate esponjoso con una capa de chocolate negro derretido y trozos de fresa.

—Buenos días, guapo. De antemano te advierto que estoy a punto de tirarme a Anders Olson —

le solté sin rodeos, ya que con él tenía una confianza muy grande.

—Eso me lo vas a tener que explicar porque aún estoy en *shock* con ese comentario que te hizo en la publicación.

—¿Lo has visto?

—¿Desde cuándo no estoy pendiente de todo lo que concierne a tus redes, jovencita? —Carraspeó.

—Pues el fin de semana me voy... —le conté todo un poco por encima.

No me interrumpió ni una vez, me escuchaba atento, abriendo los ojos, con gestos de sorpresa cada poco tiempo, y esas miradas que, sin hablar, lo decían todo.

—Qué fuerte me parece, pero vamos, que no me extraña, siempre te he dicho que puedes tener al hombre que quieras, pero no te lo creías. A mí no me tienes porque no has querido —soltó bromeando, ya que él tenía una bonita relación desde hacía un año con Lourdes, una joven enfermera que era un amor de niña.

—Anda, toma. —Le puse un café en las manos—. Que solo nos hemos dado dos besos, no me ha pedido matrimonio. ¿O es que tú ves algún anillo en mi dedo? —Volteé los ojos muerta de risa.

—Pues no lo descartes. Un hombre como él, y que comente una publicación tuya apenas conocerte, no es signo de que sea un calentón de una noche.

—Lo mejor es que calentón o no, no corrió en busca de sexo. Eso me dice mucho de él.

—Que lo tienes en el bote, Rania.

—Ya veremos cuánto tarda en mandarme a freír espárragos y encontrar a otra. Aunque ahora que lo conozco un poco más, no lo veo de esos.

—Lo dicho, estaba para ti.

—Tampoco apuntes tan alto. —Me reí.

—¿Y por qué no, si puede saberse? Él es un hombre, tú eres una mujer, no sé por qué le ves tan inalcanzable.

—¿Tú le has visto?

—Sí.

—¿Y me has visto a mí?

—Casi todos los días en los últimos dos años, sí.

—Pues habrás visto que no somos la típica pareja que se ve en las revistas.

—¿Guapos, sexys, elegantes, con estilo, simpáticos? ¿Me dejo algo?

—Sabes a qué me refiero, David. Soy de cuerpo *curvi*, no como las mujeres a las que seguro está acostumbrado.

—Eres un mujerón, que ya quisieran tener muchos. Si es que te lo digo siempre, que no te valoras. Parece que no tienes espejos en casa, hija mía. —Volteó los ojos.

—Precisamente porque los tengo, sé lo que digo.

—Pues nada, te daremos la razón como a las locas. ¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó mientras sacaba su material.

—Bizcocho de chocolate.

—Me gusta como suena, ahora mismo necesito dulce.

Comenzamos a rodar la preparación del bizcocho con todos los platos acordes en colores cálidos para dar mayor armonía al vídeo. Me encantó el resultado porque luego resaltaba el bizcocho sobre mis manos con todo el rojo de las fresas. Quedó el vídeo impresionante.

Cuando se marchó aproveché para llamar a mi madre.

—Hola, hija. ¿Qué tal?

—Bien, mamá. ¿Y vosotros?

—Bien, bien. Tu padre está en la huerta como si no le hubiera pasado nada.

—Eso es una buena señal.

—Sí, que está más fresco que una lechuga, y nosotras creyendo que se iba para el otro barrio —suspiró.

—Se quiere mantener activo, mamá. —Reí.

—Será eso. ¿Has grabado hoy? —Cambió de tema.

—Sí, acaba de marcharse David. Mañana me pasaré a veros, ya que el jueves o viernes me voy a Sotogrande, como te dije.

—Me da un poco de miedo, hija.

—Anoche vino a la ciudad y estuve cenando con él. Es muy buena persona.

—Si no lo dudo, mi niña, solo que me preocupo porque eres mi hija. Pero ten mucho cuidado.

—Claro. Mañana os veo. Os quiero.

—Nosotros también a ti, hija.

Saqué una de las comidas que me traje de casa de mi madre, las verduras salteadas con taquitos de jamón serrano y huevo. No quería comer fuerte ya que iba a probar luego el bizcocho, también guardaría un trozo para llevarle a mis padres, a David también le había dado para él y su pareja.

Calentando las verduras me llegó un mensaje de Anders que me sacó una sonrisa de esas que parecían que se te iba a rajarse la cara.

Anders: *Si no te escribo yo, te olvidas de mí. ¿Qué tal estás, preciosa?*

Rania: *Pues bien. La verdad es que soy incapaz de escribirte porque pienso que te puedo molestar, no es por falta de ganas. Estoy bien. ¿Y tú?*

Anders: *Jamás me molestarías, todo lo contrario. Yo bien, un poco nervioso por el juicio de mañana. Deseando que todo esto pase.*

Rania: *Seguro que todo irá genial, estoy convencida de que sí. Pronto estarás disfrutando de tu niña y se te dibujará la más tierna de tus sonrisas.*

Mientras comía seguía charlando con él por mensajes y así nos pasamos por lo menos dos horas. Yo estaba encantada de la vida y no me podía creer aún que algo tan bonito me estuviera pasando con alguien como él.

Alejandra vino por la tarde, tal como había dicho, para tomar café mientras la ponía al día de todo.

—Ya estás contándome qué te traes con ese bombón de hombre. ¿Es bizcocho de chocolate eso que huelo? —dijo abriendo los ojos mientras olfateaba el aire.

—Sí. —Reí.

—Ponme un trozo, y sé generosa, que mira, no me quedan uñas por tu culpa. —Me mostró las manos, pero la muy jodida tenía una manicura perfecta, por lo que acabé negando al tiempo que sonreía.

Con el primer bocado que dimos al bizcocho las dos comprobamos que me había salido de vicio. No había duda de que nos íbamos a poner las botas, ya me lamentaría después, pero lo iba a disfrutar en ese momento como una loca.

—¿Y bien? —preguntó cogiendo otro pedazo.

—Y bien, ¿qué? —Me hice la loca.

—Que me cuentes qué te traes con Anders «Sexy» Olsen.

—No sabía que se apellidase así.

—Deja de irte por las ramas, anda, y cuéntame todo.

—Pues la noche del evento yo me acerqué a pedir un vino a la barra, él estaba allí, le dijo al camarero qué vino ponerme y, después de eso...

Mientras le contaba a mi amiga cada detalle de aquella noche, ella me escuchaba súper atenta, mirándome con los ojos muy abiertos en ciertos momentos, sonriendo cuando yo lo hacía, suspirando si yo suspiraba, incluso la escuché dejar escapar algún que otro, «oh, por favor, qué bonito».

Estaba claro que no solo yo era la que estaba sintiendo que, cada momento que había pasado con Anders aquella noche, durante la cena y en nuestras conversaciones por mensaje o llamada, era de esos que podrían definirse como los del que podría ser el comienzo de algo.

Al igual que David, Alejandra opinaba que ese hombre estaba hecho para mí, que la noche del evento era el lugar planeado por los Astros, el Universo y el destino para unimos, y acabé riéndome ante aquellas locuras que decía mi amiga.

—Sí, sí, ríete, cariño, pero tú te has enamorado del vikingo.

—Otra como mi madre, ¿cómo me voy a enamorar en unos días? Me gusta, eso es todo, y a ti no te lo voy a negar, porque seguro que me lo has notado. Pero, Alex, de ahí a que me haya enamorado...

—¿Sabes cuándo me llamas Alex? —preguntó, con los ojos entrecerrados, y yo negué— Cuando tengo un poquito de razón en lo que digo, y tú quieres hacerme ver que no. Que nos conocemos desde hace tiempo ya, cariño, y a robar no vas a venir tú a la cárcel. Ponme otro trozo de chocolate, que mañana me voy a correr al parque y lo bajo —dijo poniéndome el plato.

—¿Tú, a correr al parque?

—He visto un vecino del bloque de enfrente que va todas las mañanas, igual debería empezar a ir yo también, que eso debe ser muy saludable.

—Claro, claro, que lo harías por la salud. —Volteé los ojos mientras iba a la cocina a servirle un poco más de bizcocho, y preparé café para las dos.

Seguimos allí de cháchara hasta cerca de las ocho, momento en el que se fue para casa pidiéndome que la mantuviera al tanto de todo, incluido de lo que el vikingo me hiciera en su cama el fin de semana, porque decía que iba a caer rendida a sus encantos y me iba dejar las piernas temblando.

Por la noche Anders y yo nos volvimos a mensajear y le deseé todo lo mejor para el día

siguiente. Lo más bonito de todo fue leer que contaba las horas para volver a verme.

Desperté esa mañana con la misma sonrisa que el día anterior y me fui directamente para casa de mis padres después de una ducha y de un buen desayuno, momento que aproveché para mandarle un mensaje a Anders de buenos días y desearle lo mejor de cara al juicio que tendría en un rato.

Cuando llegué a la casa de mis padres me encontré a mi madre en la cocina friendo tomates a mansalva en un wok gigante que tenía. Ya me veía acompañándolo esta semana con huevos o cualquier comida, ya que acompañaba a muchas y a ella le salía buenísimo.

Mi padre se tomó un café con nosotras en la cocina y se volvió a ir a su huerto, ya que para él era su aliciente y modo de entretenimiento. También es verdad que colaboraba mucho en las tareas de la casa y hacía algunas comidas que solo a él le salían tan buenas, como por ejemplo la carrillada o el rabo de toro.

—Tiene mejor cara, sí —dije cuando nos quedamos solas de nuevo.

—Sí, al menos ese color mortecino se le fue. Qué susto me dio, Rania, qué susto —suspiró.

—Es normal, mamá, yo también le vi muy malito, creí que se quedaba en el coche de camino a urgencias.

—Menos mal que no, cariño, menos mal que no.

Era la una de la tarde cuando una llamada sonó en mi móvil y era de Anders. La descolgué saliendo hacia afuera para fumarme un cigarrillo y hablar tranquilamente con él.

—Hola, Anders. ¿Qué tal todo?

—Hola, preciosa. No te lo vas a creer.

—Por tu tono, malas noticias no pueden ser —sonreí, a sabiendas de que eran buenas.

—Son sorprendentes, ya que ni mi abogado ni yo nos podíamos imaginar que Valeria iba a comunicar al juzgado su deseo de que yo obtuviera la guardia y custodia plena de la niña, ya que ella por motivos laborales se tenía que ausentar del país. Renunciaba a ella con la condición de lograr un régimen de visitas amplio y flexible, que le permitiese visitarla siempre que avisase con la suficiente antelación y no interfiriese en el normal desarrollo de las actividades de la cría.

—¿En serio me lo estás diciendo?

—Sí. —Se notaba que estaba de lo más emocionado y con la voz rota.

—¡Felicidades, Anders!

—Gracias, aunque me parte el alma que su madre sea capaz de irse en vez de quedarse aquí con una custodia compartida y esté presente en su vida.

—Te entiendo, pero estoy segura de que contigo no le faltará ese amor que todos los niños necesitan.

—Hemos acordado que me la entregará el martes, ya que quiere estar con ella hasta el último momento antes de marcharse. Suena todo muy contradictorio, pero bueno, estoy deseando que llegue ese momento para abrazarla.

—No falta nada, Anders, los días pasan volando.

—Por cierto, ¿a qué hora vienes mañana? Ya me dejaste claro que no me ibas a dejar ir a por ti.

—¿Seguro que quieres que vaya mañana y no el viernes?

—Por mí iría a por ti hoy mismo. —Se rio.

—Tranquilo, mañana por la mañana salgo para Sotogrande.

—¿Tienes ganas de verme?

—Muchísimas.

—Bueno, entonces me quedo más tranquilo y deseare que llegue el momento de verte aparecer por la puerta. ¿Estás en casa de tus padres?

—Sí, voy a comer con ellos. Mi madre está haciendo un tomate frito que llevaré para que pruebes, viendo todo el que está haciendo me dará para un mes.

—Estoy deseando probarlo.

—Bueno, pues a la noche te hablo y mañana nos vemos.

—Gracias por aparecer en mi vida —murmuró consiguiendo que un sentimiento de felicidad invadiera todo mi cuerpo.

—Gracias a ti por tratarme tan bonito —murmuré, ruborizándome antes de colgar la llamada.

Regresé junto a mi madre que ya estaba preparando por lo menos cinco envases desechables de un tamaño muy generoso para que me llevase luego, además de otros dos con pasta de ravioli rellenos de queso con salsa de nata al salmón que le salían de vicio y que también llevaría para la casa de Anders, ya que había echado una buena ración, por lo menos para cuatro personas.

Estuve hasta las cinco de la tarde con ellos, momento en que me fui a mi casa ya que quería preparar las bolsas con las cosas para llevar y apartar una tabla del frigo con todo lo que cogería al día siguiente de la comida que ya había preparado, además de la ensaladilla rusa que me puse a hacer nada más llegar.

Sentía una alegría e ilusión muy grande de irme a pasar el finde largo con él y más que estuviera

tan pletórico con la gran noticia de que iba a tener a su hija plenamente y recuperar el tiempo perdido estos meses, esos que él tanto se lamentaba ya que sufría el habérselo perdido.

Antes de cenar ya tenía todo más que listo y organizado. Me senté un poquito en el sofá y de nuevo me entró un mensaje de Anders deseándome las buenas noches. Le conteste con el mismo cariño que ponía en cada una de sus palabras.

A las diez y media estaba metida en la cama mirando reels que me iban saltando de las cuentas que a mí me gustaban. Era un ritual que cada noche no me faltaba y con el que me iba quedando dormida.

Capítulo 9



Me estaba duchando mientras cantaba por La Niña Pastori. La felicidad era una sensación que se notaba y esa era la que me estaba embargando a mí en estos momentos.

Cogí la toalla y me la lie al cuerpo para ir secándome mientras me echaba el sérum y la crema del contorno de ojos antes de la facial. Luego me extendí un poco de protector en la cara antes de darme unos toques naturales de iluminación.

Como ya estaba advertida de que íbamos a hacer vida en torno a la piscina, me coloqué un bañador blanco que tenía un corte que me estilizaba mucho más, con toda la espalda al aire que la cruzaba un par de tirantes finitos. Encima me coloqué un vestido de manga corta con caída ibicenca hasta encima de las rodillas. Tenía una buena abertura de cuello y se dejaba caer una parte por debajo de uno de los hombros dando un toque más bonito y llamativo.

Me llegó un mensaje de mi madre y sonreí al leerlo, era inevitable que se preocupase, y lo sabía.

Mamá: *Sé que me vas a decir que sí, pero es mi deber como madre advertirte porque me preocupas. Por favor, cariño, ten mucho cuidado. No quiero que te hagan daño, aunque me digas que es inevitable y que antes de encontrar al adecuado tendrás que equivocarte algunas veces. Te quiero, mi niña. Pásalo bien, ¿sí?*

Rania: *Puedes estar tranquila porque estoy al cien por cien segura de que no va a sacrificarme en un altar para hacer algún tipo de ritual de brujería. Ahora en serio, mamá, no te preocupes, que tendré cuidado. Te quiero.*

Era consciente de que no iba a quedarse tranquila, así era ella, al igual que todas las madres, pero no iba a pasarme nada.

Saqué la comida del frigo para ir metiéndola en una bolsa térmica para que aguantase bien el frío y luego cogí las dos bolsas con mis cosas para dirigirme al coche. Iba bien cargada y para colmo, lo tenía aparcado lejísimos.

Ya le había escrito a Anders para decirle que salía hacia allí para que tuviera en cuenta más o menos a la hora que llegaba.

Sentía un cosquilleo y nervios en el estómago que me hacían hasta temblar, estaba de lo más inquieta. Y lo que me gustaba este hombre, era una cosa mala. Me había quedado completamente fascinada por él.

Pasé todo el camino cantando flamenquito hasta que apagué la música cuando el GPS me indicó que estaba a dos minutos de mi destino. Seguía nerviosa por lo que paré el coche a un lado, después de pasar un control de seguridad de la zona donde enseñé el DNI y comprobaron que tenía autorización de entrada.

Me quedé parada unos minutos fumando un cigarrillo fuera del coche y luego me comí un caramelo para quitar el sabor a tabaco.

Las puertas se abrieron cuando toqué el claxon y se activó un foco que claramente era una cámara. Momento que aproveché y levanté mi manita del volante y saludé por si me estaban viendo.

La entrada parecía sacada de una revista, con un césped atravesado por varios caminos. Me dirigí hacia el área de estacionamiento cubierta, donde había tres vehículos de lujo, cada uno más impresionante que el otro.

Anders apareció por la puerta de la imponente y moderna casa a varias escalas llena de inmensas cristaleras desde donde las vistas al mar debían de ser alucinantes.

—Tú no lo pasas mal para llegar a final de mes, ¿verdad? —pregunté con ironía acercándome a él, y nos dimos un beso en los labios.

—No sé qué te hizo deducir eso —sonrió acariciando mi mejilla—. Estás preciosa.

—Deduzco que la famosa piscina está en la parte de atrás.

—Has deducido perfectamente. Ven, que primero te enseño el interior de la casa. —Cogió las bolsas.

Impresionada por aquel exterior digno de película no era nada para cómo me quedé con el interior. Era el inmueble de diseño más moderno que había visto en mi vida. Todo era impecable, sobrio y con los habitáculos muy diferentes a lo que hasta ahora había conocido.

Nada más abrir la puerta ya te encontrabas con toda una planta diáfana dividida en dos partes; en la de la izquierda se encontraba el salón, amplio, luminoso, con un gran sofá en forma de L, una mesa cuadrada de cristal en el centro, varias estanterías, una vidriera con algunas fotos, así como pequeñas esculturas, y una chimenea que, sin lugar a duda, haría las delicias de cualquiera en los meses más fríos del año.

Y en la derecha me encontré con una especie de bar, así tal cual, mesas con sillas comodísimas con sus cojines y todo, y una barra con una cafetera grande, al lado tostadoras, una nevera y un montón de botellas, pero todo en blanco e impecable.

—Aquí es donde bajo a desayunar todas las mañanas.

—Estoy flipando, pero algo me dice que esto no es la cocina.

—No. —Se le escapó una sonrisilla—. Es donde desayuno y tomo algún que otro café, además de cuando vienen invitados y no queremos estar fuera porque hace frío, tomamos las copas aquí.

—Hasta los taburetes de la barra son preciosos.

—Y esa puerta da a un cuarto de baño completo. —Se dirigió hasta ella para enseñármelo y, cómo no, también me dejó con la boca abierta.

Aquel cuarto de baño tenía ducha, bañera, un mueble con dos senos de lavabo con un espejo rectangular en la pared, un mueble en el que guardaba toallas limpias y varios botes de gel y champú, e incluso había un perchero de madera donde colocar la ropa en caso de que se usara ese cuarto para ducharse.

Subimos por unas escaleras, aunque tenía su propio ascensor de cristal que era una virguería y eso sí que me dejó alucinando. Lo que me encontré en la primera planta era una locura. La cocina más bonita en plan isleta que había visto en mi vida y, además, tenía hasta comedor en el mismo habitáculo, ya que la planta estaba dividida en dos por un pasillo en el que había otro baño. Al otro lado, un salón precioso pero que se veía de lo más confortable.

Al igual que en el de abajo, en ese salón había varios sofás, una mesa central de cristal frente a ellos y algunas estanterías, así como una gran pantalla de televisión.

—Ahí las películas tienen que verse como si el personaje estuviera dentro del salón —dije elevando ambas cejas.

—Más o menos —sonrió.

En la siguiente planta había cuatro dormitorios con sus cuartos de baño, además todos amplios y con mobiliario también en blanco, para eso tenía el mismo gusto que yo, algo que me hizo sonreír mientras lo pensaba.

Y, cómo no, en la última planta, que tenía hasta una terraza que abarcaba los cuatro laterales de la casa, estaba su dormitorio, con baño, vestidor y despacho. Una verdadera locura. Y aquí fue donde dejó mis cosas antes de bajar hacia abajo en el ascensor.

A aquel dormitorio solo le faltaba una cocina para ser como un pequeño apartamento, de esos en los que a una servidora no le importaría vivir, porque era de lo más coqueto, a pesar de ser muy masculino.

—Ahora queda la *crème de la crème* —murmuró cuando salimos de la planta de abajo al exterior trasero.

—Mi madre... —Me puse las manos en la boca y no porque la hubiese visto a ella, sino que era

la expresión de asombro que me salió al ver la zona ajardinada de piscina más bonita del mundo.

Toda la pared de esa parte de la casa, estaba decorada con sofás exteriores y mesas de madera, con tejidos de estilo ibicenco de lo más dulces. A un lado, se encontraba una pequeña casa que en realidad era el lavadero de la ropa. Justo al lado, se encontraba la zona de la barbacoa con un horno de piedra, una encimera para colocar cosas, una nevera de dos puertas protegida por un techo y una cocina al aire libre completamente equipada y también techada.

Al otro lado de la pared exterior había una zona al aire libre pero techada en la que había una barra llena de bebidas y una tarima que, sin duda, era una pista de baile, puesto que a un lado había una cabina de DJ. Y, por último, como un trastero de ladrillos blancos precioso que cuando lo abrió me quedé sorprendida al descubrir una bodega, de donde sacó una botella de vino blanco.

—No me quiero ni imaginar las fiestas que has hecho aquí.

—Ni una, además, en esta casa llevo desde que no estoy con Valeria. Me la terminaron de construir dos meses antes. Y durante este tiempo no me apeteció preparar nada. Realmente esto lo hice para mí y para que alguien como tú lo disfrute conmigo. —Me dio un beso en la mejilla y a mí me salió una risita nerviosa.

¿Qué me había querido decir? ¿Se refería a este momento o me hablaba del futuro? Mejor me quedaba calladita y sin pensar mucho en ese tema, que lo mío era darle a todo muchas vueltas y seguro que se refirió solo a este fin de semana.

—¿No tienes personas trabajando en tu casa? —pregunté mientras íbamos de vuelta hacia la casa con la botella de vino.

—Sí, pero les he dado libre a todos hasta el martes. —Me hizo un guiño y me dio una nalgada que no me esperaba.

—¿A todos? ¿Cuántos tienes?

—Jardinero, cocinera, limpiadora, chófer, chico de los recados... —Me puso en las manos una copa de vino.

—Qué fuerte me parece todo —negué riendo y mirando hacia la piscina que tenía su propio bar, perfecto para sentarse en los taburetes y refrescarse, con la entrada simulando la arena de la playa y estaba en una pendiente, como si estuvieras entrando al mar. Además, la piscina estaba rodeada de camas y hamacas balinesas, lo cual era increíble. No faltaban muchas palmeras, lo que hacía que este lugar fuera aún más impresionante. Incluso vi un gimnasio acristalado en la parte trasera, lo cual me dejó sin palabras. Sin duda, para mí, esto superaba a cualquier resort en el mundo.

—Ponte cómoda. —Señaló hacia donde estaban los sofás exteriores al fresquito, ya que estaban en el porche—. Voy a por unas cosas que tengo preparadas.

—Voy contigo, y preparo la ensaladilla para tapear.

—La preparo yo, tú ponte cómoda —me ordenó riendo y tomé asiento

Me crucé de piernas y puse la copa sobre la mesa mientras observaba cada detalle del jardín trasero que traspasaba la perfección y que encima había acompañado con música latina que tenía puesta a un volumen perfecto para disfrutar, sin molestar.

Suspiré, di un sorbo al vino y sonreí al sentir el sabor dulce que tenía. Se me pasó por la cabeza hacer una foto, pero antes quería tener el permiso del dueño para ello, aunque recordaba que me había dicho que podría hacérmelas para tener más contenido para mis redes.

Anders apareció con una bandeja con todos los cubiertos y platos, parecía todo un metre.

En un cuenco puso la ensaladilla rusa con mucha delicadeza a la que le eché hasta pimentón Paprika. También traía un exquisito plato a rebosar de gambones cocidos de tamaño gigante, y otro plato con bolsitas de hojaldre rellenas de queso y trozos de mariscos que él mismo había preparado. Además, sirvió un bol de patatas chips y otro de aceitunas.

—Esto es para ir abriendo boca.

—¿Cómo para ir abriendo boca? Con esto estamos más que comidos. —Lo miré a la vez que cogía un pico para acompañar la ensaladilla.

—Ahora encenderé la barbacoa y voy a hacer dos chuletones a los que les tengo preparados una salsa de roquefort y otra a la pimienta para que acompañemos al gusto.

—¿Un chuletón después de todo esto?

—Esto son entrantes, no nos van a llenar.

—Madre mía, pues con esto me pongo las botas, además que has servido a lo bestia.

—Me parece que tú te quejas de que comes mucho pero no comes nada.

—Ya quisiera yo. —Me reí—. ¿Y por qué no los dejas para la noche?

—Para la noche tengo pensado otra cosa y estoy seguro de que nos vamos a comer los chuletones en un rato. Es temprano aún.

—La verdad es que lo de la salsa de roquefort es una tentación.

—Ya te veo más animada —sonrió.

Le devolví la sonrisa y no pude evitar pensar en los días que tenía por delante, que la estancia en ese lugar iba a ser para mí como disfrutar de unas pequeñas vacaciones.

Eso sin mencionar que el hombre que hacía de anfitrión en aquel pequeño paraíso que me

rodeaba, me daba la impresión de que no solo no iba a dejarme mover un dedo para ayudarlo, sino que me iba a tener en palmitas.

Anders era todo un anfitrión que estaba pendiente a todo para que no faltase de nada. Esos entrantes habían estado espectaculares y los habíamos disfrutado mientras charlábamos.

Había encendido la barbacoa para dejarla a punto para poner los chuletones, momento que aprovechó para sacarlos y enseñármelos.

—Fuera bromas, Anders. ¿Cómo vas a hacer los dos, cuando yo no soy capaz ni de comerme la mitad de uno? Son más que gigantes, en mi vida los vi así, y eso que mi madre es de comprar buenas piezas. Haz solo uno y el otro lo hacemos otro día, o lo congelas para ti para otro momento.

—Lo tengo todo pensado, así que los voy a hacer.

—De aquí me voy a ir más redonda de lo que estoy.

—De aquí no te vas a querer ir... —Me mordisqueó el labio antes de darle un trago a su copa y dejarme encantada con las cosas que me decía, a pesar de que me dejaban con la duda de que en qué contexto las decía, pero yo ni mu, no preguntaba a nada de lo que formaba un revuelo en mi coco.

Porque vueltas le daba, y bastantes, a todo eso.

Empezando por el hecho de que así, sin apenas conocernos, me invitase a pasar el fin de semana en su casa.

Capítulo 10



Aparté las dudas de mi mente y me quedé mirando a Anders desde mi sitio, viéndole cocinar aquellos chuletones mientras daba algún que otro sorbo a su vino.

Era sexy hasta de espaldas, y cuando quise darme cuenta me estaba mordisqueando el labio inferior disfrutando de las vistas.

Echando un vistazo a lo que me rodeaba, evitando seguir mirando a ese hombre como si fuera una vecina perversa, me quedé de nuevo alucinada por el lujo y la exclusividad que desprendía cada rincón.

No imaginaba en cuánto podría estar valorado el patrimonio de Anders, pero si algo le sobraba en la vida era dinero. Su firma era tan destacada mundialmente que debía ser un constante embolso de dinero. Y encima él era perfecto, así lucía y estaba en su lugar más personal disfrutando de mi estancia. ¿Qué había hecho yo para merecer tanto?

—Y aquí está el plato estrella —dijo cuando regresó a mi lado, con la carne en su punto y oliendo que alimentaba.

—En serio, voy a coger hoy los kilos que debería quitarme. —Volteé los ojos.

Los chuletones eran todo un espectáculo para la vista, y más cuando los sirvió sobre los platos rectangulares que había elegido de una amplia variedad de vajillas que había ido descubriendo con la presentación de los entrantes.

Cuando probé la salsa de roquefort me di cuenta de las manos que también tenía Anders para la cocina. Y eso que él había flipado con mi ensaladilla, pero vamos, el premio se lo había ganado con esta salsa que contrastaba con la jugosa carne y el chuleton braseado que se formaba en el exterior, todo un placer para el paladar.

—Al final te enamoro —dijo cuando me vio disfrutar tanto de la carne de la que al final me iba a comer hasta el hueso.

—Al final dice... —Me eché a reír por mi comentario.

—Muy buena esa, pero no estoy yo tan seguro.

—¿De qué? —Quise aparentar que no lo había dicho con esa intención para ver si colaba.

—Eres muy mala. —Reía acercándose a mí y besando mi mejilla, ya que estaba sentado justo al lado, ambos mirando hacia la piscina.

—No, tú eres muy mal pensado.

—Eres tú que quisiste darlo a entender con tus palabras.

—Bueno, yo es que con dos copas de vino ya no sé ni lo que digo. Imagina cuando llevo cuatro como ahora. —Apreté los dientes.

—Sí que lo sabes, pero tiras la piedra soltando las cosas y luego escondes la mano para hacer como que no la has lanzado.

—¿Has estudiado algo de investigación de pruebas? —Lo miré aguantando la risilla.

—¿Qué hombre no tuvo que hacer la carrera de saber interpretar las palabras de una mujer?

—Muy buena esa, pero, aun así, os falta mucho aprendizaje, más que nada porque algunas no nos entendemos ni nosotras, como para que nos entiendan los demás.

—No sois tan difíciles, en serio —dijo con ironía poniendo cara de que eso no era preocupación y a mí me daba la risa de verlo—. Como que yo tenía claro desde el principio que te comías el chuletón. —Señaló a mi plato causándome una carcajada, ya que solo me faltaba el último trozo por llevar a la boca—. Es más, estoy súper seguro que no te vas a poder resistir al postre que voy a poner.

—Me estoy planteando en pensar seriamente que tú me quieres cebar aún más y que me has traído con ese propósito. ¿Acaso no te gusta que el chico de marketing me eligiera para las colaboraciones?

—Me has pillado —negó haciendo el papel—. Se acabó, te tendré todo el fin de semana a lechuga y tomate.

—Sí hombre, pues anda que no pido yo rápido una *pizza* a domicilio. —Me reí.

—Y luego soy yo... —murmuró mirándome con esa sonrisilla suelta que tenía y que a mí me dejaba de lo más atontada.

Después de la comida hizo un par de cafés que nos tomamos con una galletita de canela con la que los había acompañado y que estaba riquísima. Lo del postre lo íbamos a dejar para más tarde porque ya estábamos los dos de lo más llenos.

Y por fin llegó el momento de piscina que en el fondo tanto estaba deseando.

—No puede ser —dijo al verme en bañador, ya que hasta ahora no me había quedado así.

—¿Qué pasa? —Lo miré esperando a ver qué me soltaba.

—Que eres la maravilla más sorprendente que han visto mis ojos.

—No, no me digas eso. —Reí avergonzada y entré directa a la piscina que, para mi sorpresa, estaba a una temperatura perfecta.

—No huyas, que el camino se termina rápido.

—Muy buena reflexión, pero voy para el taburete a ver si alguien me echa un cóctel.

—Eso está hecho, además uno de la casa.

—Ahora me dirás hasta que tienes tu propio cóctel. —Me reí al ver cómo me echaba la mano por el hombro y besaba mi mejilla.

—Ya te digo que sí. —Me giró y llevó sus manos a mis nalgas para pegarme a él y darme un beso un poco más intenso de los que nos habíamos dado hasta ahora. Notaba sus ganas por mí y eso me hacía sentir menos inseguridades, aunque tenía muchas, la verdad sea dicha.

Después de unos largos minutos en los que no dejamos de besarnos, se puso a preparar el cóctel que estaba adquiriendo una muy buena pinta. Yo lo miraba desde fuera de la barra sentadita con el agua por mis piernas. Se estaba de maravilla. Me contaba que la piscina tenía su sistema para mantener la temperatura. Ahora entendía que no estuviera fría, pero sí en la temperatura perfecta para notarte refrescada.

Le tiré un primer plano a la copa sobre la barra porque eso era digno de publicar en el Instagram. La había presentado de lo más bonita y como era granizado parecía que terminaba como el cucurucho de un helado. Se veía en tono rojo y amarillento. Como decoración le había puesto una bandera que simulaba un cartel de madera con el logo de su firma. Contenía un ron que contrastaba muy bien con esa mezcla.

—¿La vas a subir? —preguntó tras ver que le hacía la foto.

—Si me dejas...

—Pues claro, ya te dije que aquí podrás hacerte muchas fotos que subir. Dame tu móvil. —Extendió la mano y cuando se lo di, me pidió que posara con un codo apoyado en la barra mientras sujetaba el cóctel, mirando hacia el frente.

Él estaba aún detrás de la barra y me hizo la foto con la piscina y las palmeras de fondo, después se puso a mi lado, a una distancia adecuada para hacerme otra allí sentada, en la barra, sonriendo mientras daba un sorbito al cóctel con la pajita.

—Ahora puedes subir las tres —dijo al devolverme el móvil.

Las fotos que me había hecho eran preciosas, de lo más cuidadas y profesionales. Sonreí mientras las subía a mis redes y las acompañé de un breve texto.

“Disfrutando de la paz y la tranquilidad de unos días de relax”

Estaba claro que no iba a poner ni dónde estaba, ni con quién, y tampoco le iba a etiquetar. A quién sí mencioné en los *hashtag* fue a la firma del traje de baño que llevaba, que no era de Anders, y él sonrió cuando vio la publicación.

—Para la próxima vez que vengas, pediré que te envíen algún traje de baño nuestro.

—Claro, ya que uso tus instalaciones como decorado, que promocione también tu firma —sonreí.

—Obvio. —Me hizo un guiño y se me quedó esa sonrisilla floja y nerviosa que él conseguía sacarme como nadie.

Nos tomamos el cóctel mientras se escuchaba bachata de fondo y hacíamos un derroche de besos que cada vez nos incitaba a más, y es que se notaba. Los deseos podían sentirse por cada poro de nuestra piel.

Agarró mi mano y nos dirigimos con el cóctel a una de las camas balinesas que tenían una maderita alrededor donde podías apoyar las copas y poner las cosas.

Me tumbé y él se acomodó de lado poniendo una pierna sobre mí y rodeándome con su brazo mientras no dejaba de darme besos que salían a través de la mejor de sus sonrisas. Sus ojos parecía que hablaban por ellos mismos.

Noté un escalofrío cuando deslizó la yema de sus dedos muy despacio por el costado mientras seguía besándome el cuello, haciendo que mi cuerpo fuera subiendo de temperatura.

Su mano se fue hacia mi pecho y lo acarició por encima del bañador. Solté un poco del aire de lo excitada que me estaba poniendo. Fue bajando la mano hasta colocarla encima de mi parte íntima y apretarla consiguiendo que me pusiera mucho peor de lo que ya estaba.

A la luz del día y sobre esa cama balinesa que estaba siendo testigo del calentón más monumental que me había pillado en mi vida, Anders me estaba poniendo como una moto y estaba deshaciéndose de mi bañador hasta que me dejó completamente desnuda. Comenzó a besarme por todo el cuerpo y a tirar mordisquitos que erizaban aún más mi piel.

—Anders —gemí al notar uno de esos mordisquitos en el muslo.

Y abrió mis piernas, llevando su boca directo al interior de mi intimidad para mordisquear y lamer volviéndome más loca, momento que aprovechó para penetrarme con sus dedos mientras él hacía presión con su lengua sobre mi clítoris. El juego fue aumentando hasta que me vi envuelta en un orgasmo que me dejó abatida por completo.

Pero no se detuvo, siguió lamiendo y penetrándome mientras una a una las sacudidas de mi cuerpo le hacían saber que me estaba corriendo por y para él.

Sin detenerse, Anders seguía allí saciándose por completo con el resultado de sus juegos, bebiéndome con avidez.

Arqueé la espalda mientras me mantenía sujeta a sus hombros y experimenté un segundo e intenso orgasmo, momento en el que se apartó y subió con sus besos por mi vientre hasta mi cuello.

En cuanto le tuve completamente sobre mí, le quité con prisa la camiseta y nos fundimos en un beso acalorado a la par que hambriento, abrazándonos y dejando que el calor de nuestros cuerpos se uniera en ese momento.

Anders llevó poco después su boca a mis pechos, deleitándose con uno de ellos, besándolo, mordisqueando el pezón, tirando de él y soplando hasta conseguir arrancarme un grito de placer.

Me estremecí por completo cuando noté de nuevo sus dedos entrando sin dificultad en mi vagina, penetrándome una y otra vez sin pudor mientras su boca seguía concentrada en mantenerme excitada dándole atenciones a mis pechos y pezones, esos que cada segundo que pasaba estaban más erectos y sensibles.

—Por Dios, Anders —gemí de nuevo, agarrando sus hombros con tanta fuerza que noté que dejaba la marca de mis dedos en su piel.

—¿Qué necesitas, preciosa?

—Ya lo sabes —gemí.

—Pero quiero escucharlo. —Dio una rápida lamida a mi clítoris y se detuvo, nos miramos y me perdí por completo en ese momento.

La mirada celeste de Anders estaba cubierta de deseo y lujuria, y mi cuerpo ardía de ganas de sentirle.

—Te necesito a ti —murmuré, me mordisqueé el labio y él sonrió de medio lado.

Dejó un beso lento y sensual en mi zona, y como si del lobo a punto de sorprender a Caperucita se tratase, todo su cuerpo se cernió sobre mí.

Seguía aún con el bañador puesto, lo bajó un poco y tras liberar su miembro erecto, comenzó a besarme mientras sentía la punta de su glándula en mi entrada.

Tragué con fuerza mientras me agarraba a sus bíceps, esos en los que pude ver que se le marcaban las venas un poco más de la cuenta por la fuerza que hacía sosteniéndose a la cama con las manos apoyadas en ella.

Y poco a poco fue adentrándose en mi cuerpo, estirando los músculos internos de mi vagina hasta que ambos quedamos completamente unidos.

—Ay, por Dios. —Jadeé, pues aquel hombre era alto y grande en todos los sentidos, y hacía demasiado tiempo que yo no sentía a un hombre dentro de mí.

—¿Todo bien? —murmuró mientras me mordisqueaba el cuello.

—Perfectamente —respondí inclinándome sin evitar darle un leve mordisquito en el cuello.

Y cuando comenzó a moverse, despacio y con cuidado, entrando y saliendo de mi cuerpo de un modo sensual y tierno, mis jadeos y gemidos resonaron bajo la música que nos acompañaba todo el tiempo.

Hasta que ambos necesitamos más y Anders aumentó el ritmo de sus penetraciones, sin dejar de ser tierno y cuidadoso.

Una tras otra, mientras nos besábamos y acariciábamos, me fueron llevando de nuevo hasta el punto álgido en el que el clímax me invadía, y noté que él también se acercaba a ese momento.

Tras unos segundos, ambos dejamos caer la cabeza hacia atrás y nos abandonamos al momento, al placer, al instante en el que el éxtasis nos hizo gritar tras liberar el orgasmo al unísono.

Ambos estábamos jadeando y temblorosos, nos miramos y besamos y, cerrando los ojos, nos abrazamos quedándonos allí para recuperarnos después de aquel momento en el que sentí que no solo había sido sexo, sino algo más, una conexión entre los dos.

Cuando recobramos el aliento me dio un beso y no dudó en cogerme en brazos para llevarme dentro de la casa. Hicimos el camino entre risas y protestas por mi parte mientras le pedía que me bajara, y él se negaba.

Entramos en el cuarto de baño de la planta baja y allí compartimos una ducha entre besos y caricias, sin llegar a nada más.

Me dio un alboroz, se puso otro y entrelazó nuestras manos para ir de nuevo al jardín, donde preparó un par de cócteles y nos los tomamos en la cama en plan relajados.

Allí nos quedamos dormidos poco después, hasta que me desperté ya cuando había caído el sol y vi a Anders aparecer con una bandeja de pescado frito, patatas alioli y unos gambones.

—Hora de cenar —dijo dejando todo en la mesa.

—Luego dices que no quieres cebarme, cuando me vaya el domingo lo haré rodando como una albóndiga. —Volteé los ojos y soltó una carcajada.

—¿No has oído que el ejercicio es bueno para contrarrestar lo que se come? —preguntó mientras me rodeaba desde atrás con un brazo, mordisqueándome el cuello y metiendo la mano por el bajo

del albornoz, hasta alcanzar mi zona íntima con los dedos, haciéndome gemir—. Este va a ser un fin de semana lleno de actividades, preciosa —susurró mientras me penetraba con el dedo.

—Anders, por Dios —gemí, temblando con los ojos cerrados y sin poder evitar mover las caderas.

—¿Quieres empezar por la cena o por el postre?

—¿No dicen que el orden de los factores no altera el producto?

—Eso dicen, pero tú eres toda una tentación para mí, y me cuesta resistirme.

—Mejor cenamos primero.

—¿Segura?

—Sí —gemí, notando el escalofrío—. Sí, vamos a cenar.

—Tú mandas, pero recuerda, que vas a ser mi postre y te deseo mucho. —Me besó el cuello y solté el aire.

Miré a Anders y noté esa humedad entre mis piernas que él había vuelto a provocar.

Nos sentamos a la mesa, disfrutando de aquella cena y del vino, y de postre sirvió una mousse de limón con virutitas de limón que estaba muy buena.

Solo que no era ese el postre que queríamos, por lo que tras recoger todo, me cargó en brazos y me llevó a su habitación, donde tras recostarme en la cama y deshacerse de los albornoces, volvió a llevarme al cielo entre orgasmos.

Capítulo 11



Decir que aquel despertar era como de cuento, era quedarme corta, y es que jamás me habían despertado como lo estaba haciendo Anders, con besos en la espalda y una suave caricia en el costado.

Cuando abrí los ojos le miré por encima del hombro y lo encontré allí, sonriendo y dejando un último beso en mi cuello.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días. —Me giré mientras me desperezaba, olvidándome que estaba completamente desnuda en la cama de Anders.

Pero él no lo había olvidado, y en cuanto me tuvo recostada bocarriba, se lanzó a mis pechos con una sonrisa de lo más pícaro.

Lamió un pezón, después el otro, lo mordió y fue de nuevo al otro para darle un mordisquito.

—No sé qué prefiero de desayuno, si lo que he traído, o a ti.

—¿Has traído el desayuno? —Fruncí el ceño, y entonces me llegó el olor del café recién hecho. Miré hacia la mesita de noche y ahí estaba.

Una bandeja con dos cafés, zumo de naranja, tostadas, mantequilla, mermelada, fruta y una preciosa orquídea blanca y rosa.

—Anders, esto... —Sin palabras, así me tenía en ese momento, puesto que así sí que nunca jamás me habían despertado—. Es todo un detalle —sonreí.

—Lo que haga falta para mi reina —murmuró besándome en los labios y sentí un nudo en la garganta a la vez que un millón de mariposas comenzaban a revolotear en mi estómago.

Me senté y cogí la camiseta que Anders me ofrecía para ponerme, era suya y olía a él, a ese perfume amaderado con toques suaves que me encantaba.

Desayunamos sentados en la cama sin que faltaran besos y caricias, así como esas miradas cómplices con las que nuestros ojos parecían decirse tanto sin necesidad de hablar.

Tras el desayuno nos dimos una ducha, me puse un trikini en color rosa con topitos en marrón chocolate, que era una cucada, y estaba lista para esa mañana de sol y piscina que tenía por delante. Me cubrí con un pantalón cortito de algodón negro y una camiseta rosa.

Anders había ido a por pan de leña que quería para ese día y, cuando bajé, fui al salón donde me quedé viendo algunas de las fotos que tenía.

Sin duda el hombre mayor que vi en una de ellas era su padre, porque era una versión más madura de Anders.

Elyna, su madre, era una mujer muy hermosa, rubia de ojos claros, y aunque no sabía quién era cada una de las hermanas, no había duda de que eran todas preciosas.

Altas, esbeltas, de cabello rubio o castaño y ojos celestes, las tres acompañadas de sus respectivos maridos, también altos, dos de ellos de cabello castaño y ojos verdes, y uno con el cabello casi negro y ojos azules.

En una foto grupal estaban los que imaginé eran sus sobrinos y sobrinas, guapísimos todos, sonrientes, y unas bonitas mezclas de sus padres, con cabello rubio, castaño u oscuro, y ojos celestes o verdes.

Sonreí al ver una foto de él con su pequeña Valeria, esa niña de sonrisa tierna y mirada feliz. Los dos sonreían a la cámara mientras él la cargaba en brazos, era una foto preciosa que no me extrañaba que tuviera enmarcada.

Dejé a la curiosa que habitaba en mí para ir a la cocina y saqué uno de los envases de tomate que había traído de mi madre, echando un vistazo a la nevera y todos los productos que tenía Anders allí.

Saqué algunas verduras y me decidí a preparar un pisto, y cuando Anders regresó me encontró allí troceando las verduras.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó apoyando ambas manos en mis caderas y besándome el cuello.

—Preparar un pisto con el que te vas a chupar los dedos, que el tomate es del que hace mi madre.

—Ya tenía pensado hacer una lasaña de carne para hoy.

—Pues mira, la hacemos con el pisto.

—Suená bien —sonrió besándome la mejilla y fue hacia la nevera para sacar la carne picada que había.

Mientras se hacía la carne y yo me encargaba del pisto, Anders preparó la bechamel y las capas de pasta para la lasaña que iba colocando en una bandeja de cristal para el horno.

Aparté el pisto cuando estaba listo y serví un par de copas de vino a petición suya.

—Así que eres un experto en vinos —dije tras dar el primer sorbo a mi copa.

—Experto, tampoco, solo que me gustan los buenos vinos.

—Se nota, están buenísimos.

—Tú me gustas más que el vino. —Hizo un guiño y me sonrojé de pies a cabeza, algo que venía a ser una costumbre cuando ese hombre estaba cerca.

Mientras él preparaba la lasaña, yo puse un poco de queso y jamón en un plato acompañado de ese pan de leña que había traído, y salimos al jardín a disfrutar de ese aperitivo tomando una copita de vino.

—¿Qué me miras tanto? —pregunté tras unos minutos en los que Anders no me había quitado el ojo de encima.

—Que estás perfecta para unas fotos por el jardín. Vamos —dijo poniéndose en pie, cogiéndome la mano y mi móvil.

No tardó en decirme algunas poses para tomarme las fotos: sentada en una cama balinesa mirando hacia el cielo con los ojos cerrados, sentada con una pierna cruzada sobre la otra en la cama, apoyada con una mano y el otro brazo sobre la rodilla, esta vez con gafas de sol.

Me llevó después a una de las hamacas y allí me hizo varias, una mientras daba un sorbo al vino.

Después me hizo quitarme la ropa, y por el modo en el que miraba supe que el trikini también le había gustado.

Después de una sesión de fotos en la que me sentí como una auténtica modelo siendo dirigida por un fotógrafo profesional, Anders se quitó la ropa quedándose con el bañador y me cogió en brazos para meterme en la piscina.

Allí me llevó hasta uno de los laterales y, tras pegarme a la pared comenzó a besarme el cuello con ternura.

Si había algo que podía destacar de él era que se comportaba de lo más caballeroso, sin dejar de lado esos momentos llenos de sensualidad.

—Creo que ya está lista la lasaña —dije, en un momento de lucidez mientras me llevaba a ese estado de excitación con solo besarme y tocarme.

—¿Y tienes hambre?

—Sí.

—Yo también, pero de ti —murmuró dejando un mordisquito en mi cuello.

—Anders... —Reí.

—Vale, primero disfrutamos de la lasaña, y después nos echamos una siesta relajados.

—Eso suena genial para mí.

Regresamos hacia la casa, nos secamos un poco antes de entrar y fuimos a por las cosas para comer en el jardín, sin que nos faltase el vino, obviamente.

La lasaña había quedado de vicio con el pisto que había preparado, y acompañada de ese vino que estaba buenísimo. No teníamos nada preparado para el postre, pero cuando acabamos de comer, Anders sirvió café y sacó unos bombones helados con nata que nos sentaron de lujo.

Recogimos todo y, siendo el caballero que era, me cargó en brazos para llevarme a la cama balinesa.

—En serio, puedo caminar. —Reí mientras le rodeaba con ambos brazos por los hombros.

—Lo sé, pero me gusta llevarte.

—Ni que nos hubiéramos casado y estuviéramos de luna de miel.

—De luna de miel en Sotogrande, vaya destino. —Volteó los ojos mientras se reía.

—Oye, que esto es como un resort de esos del Caribe.

—No tanto.

—Muy parecido, ¿no ves este paraíso? —Señalé con la mano todo lo que nos rodeaba.

—Ahora vuelvo. —Me dio un beso en los labios y no contestó cuando le pregunté a dónde iba, así que me limité a quedarme allí recostada tomando el sol.

Me puse las gafas, cerré los ojos y esperé pacientemente a que Anders regresara, cosa que fue unos minutos después.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté al ver un frasco en sus manos.

—Un aceite para masajes.

—¿Me vas a dar un masaje?

—Ajá, ya que has dicho que esto es como un resort del Caribe, tienes masajista privado. —Hizo un guiño y se puso un poco de aceite en las manos—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por la espalda, que la noto un poquitín tensa —dije mientras me giraba para quedar tumbada boca abajo.

Anders deslizó las manos por mi espalda con cuidado y delicadeza y juro por Dios que me escuché gemir en el momento en el que lo hizo, claro que también le escuché a él soltar una leve risita.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —pregunté tras unos minutos de masaje, uno en el que me estaba quedando como nueva.

—Ahora mismo no se me ocurre nada.

—Ah, así que eres un experto en varios menesteres. Está bien saberlo.

—Tenías los hombros muy cargados —dijo volviendo a bajar por la espalda.

—Eso me temía.

Me dejaba hacer mientras tenía los ojos cerrados, relajada en aquella cama mientras el silencio nos rodeaba.

Anders comenzó entonces a masajearme una pierna, descargando los músculos un poco, y después la otra, hasta que noté que una de sus manos se adentraba en cierta zona, dejando la tela del trikini a un lado.

—¿Qué haces?

—Seguir relajándote.

—Oh —gemí cuando noté su dedo, cubierto de aceite, deslizándose entre mis labios vaginales.

Me separó un poco más las piernas, se acomodó de rodillas entre ellas y siguió jugando con el dedo en mi zona, despacio y sin prisa, haciendo que me excitara y que me mordiera el labio al sentir un escalofrío de placer recorriéndome la espalda.

Llegó un punto en el que no podía estarme quieta y, cuando noté que Anders llevaba la otra mano entre mis piernas y comenzaba a penetrarme con dos dedos, sin dejar de atender mi clítoris con la otra, dejé que la excitación se apoderara del momento y las caderas dejaron de obedecerme, moviéndose con cada una de las penetraciones de aquellos expertos dedos de Anders.

Comencé a gemir y antes de que pudiera darme cuenta, el hombre que tenía entre mis piernas me había llevado al orgasmo.

Me costaba respirar, estaba laxa en la cama y exhausta, pero más relajada que nunca antes en mi vida.

Noté que Anders se acostaba a mi lado, con un brazo en mi cintura y atrapando mis piernas con

una de las suyas, y me besaba el hombro.

—Hora de la siesta, preciosa —murmuró.

—Pero ¿y tú? —Me giré para mirarle, pues seguía bocabajo.

—Yo, ¿qué?

—Pues eso, que tú no has... —Carraspeé—. Ya sabes.

—Este momento era solo para ti. —Me hizo un guiño y me besó en los labios—. Descansa, que te sentará bien después del masaje.

Le vi cerrar los ojos mientras me abrazaba y se me dibujó una sonrisa en los labios. ¿Se podía ser más bonito? Me había dado un masaje, había hecho que tuviera un momento de placer de lo más sensual y erótico, y no buscaba sexo con el que culminar su propio placer. No era tonta, sabía que él también estaba en estado de combustión, además que podía notarlo en mi muslo, por eso era aún más sorprendente el hecho de que no buscara tener sexo completo conmigo.

Suspiré mientras cerraba los ojos y, tras acomodarme entre los brazos y las piernas de Anders, acabé quedándome dormida plácidamente.

Capítulo 12



Desperté con el sonido de un móvil de fondo, abrí los ojos y vi que Anders caminaba hacia la casa mientras hablaba con el móvil en la mano.

No sabía cuánto había dormido, pero sí que estaba de lo más relajada. Miré el reloj de mi móvil y vi que eran las seis y media.

Aproveché que Anders estaba dentro para darme un bañito en la piscina, y eso me sentó de lujo, reviviendo mi adormecido cuerpo de un modo brutal.

—¿Ya despertó mi reina? —dijo cuando me acercaba a la cama, donde me esperaba con una toalla para cubrirme con ella mientras me abrazaba.

—¿Tu reina? —sonreí.

—Rania de Sotogrande. —Me hizo un guiño, y acabé soltando una sonora carcajada que le contagié a él por completo.

—Si te escuchara mi madre, se haría hasta ilusiones —negué—. Ella siempre diciéndome que algún día llegaría mi príncipe.

—Bueno, por mi edad, ya soy un rey —contestó y me dio un beso de pico en los labios.

—Lo que eres es más bobo... —Me apoyé en su pecho y dejé que me abrazara al mismo tiempo que daba calor a mi cuerpo—. ¿Era una llamada urgente?

—Era mi madre, para preguntar qué tal estoy.

—Las madres siempre pendientes de sus pequeñines.

—Sí, aunque tengamos ya una edad, seguimos siendo sus niños —suspiró.

—Créeme, te pasará a ti con Valeria, ya lo verás.

—Temiendo estoy de que se haga mayor, igual tengo que recurrir a viejas leyendas familias y

alterar un poquito la verdad diciendo que desciendo de un guerrero vikingo peligroso.

—Tampoco asustes a los pretendientes o nunca encontrará el amor. —Reí.

—Me costará dejar que se independice, lo tengo claro.

—Pero les pasa a todos los padres —dije mientras me quitaba la toalla—. Eso de ver a sus niñas dejar el nido...

—Calla, calla, que me quedan como treinta años para eso.

—¿Qué dices? —Empecé a reír— ¿En serio crees que tu pequeña no se irá de casa hasta los treinta y tres años?

—No, si puedo evitarlo.

—Ay, Anders, lo que vas a sufrir con Valeria.

—No me digas eso, mujer. —Me volvió a abrazar y caminamos juntos hasta el interior de la casa.

—¿Qué te parece si vamos preparando la cena?

—Por mí perfecto. Había pensado en unas tostas de queso con cebolla caramelizada, y unos solomillos.

—Suenan bien. Yo, si me lo permites, voy a preparar una tarta de queso para el postre, y así tenemos también para mañana.

—Mi cocina es tu cocina.

—Gracias.

Le di un beso en la mejilla y, tras ponernos una camiseta, nos pusimos los dos en faena.

Mientras él se encargaba de lo salado, yo preparaba la tarta. Por suerte, Anders contaba con una nevera con un buen congelador y una vez que la tarta estuviera lista la podría meter unos minutos en él para que se enfriara, sin que se convirtiera en un helado.

Al igual que durante la comida, cocinamos entre besos y acompañados de una copa de vino, mejor dicho, de dos, pues ese delicioso y afrutado elixir entraba solo y se acababa rápido.

Cuando terminamos salimos al jardín a cenar y me sorprendió que Anders hizo que me sentara en su regazo. Nos comimos las tostas, a las que les había añadido unas nueces por encima y estaban deliciosas, mientras nos dábamos algún que otro beso, tampoco faltaron esas caricias que me hacía en el brazo o en la espalda, por debajo de la tela de su camiseta.

En el momento que le tocó el turno a los solomillos, que había preparado con una salsa reducida

al jerez que les daba un sabor buenísimo, no me dejó cortar ni un solo trozo, él los cortaba y me los daba a comer.

—Vamos a acabar con todo el vino que tienes en esa bodega —dijo cuando él regresaba de coger una segunda botella.

—Tranquila, si se acaba pido más. Pero aún tenemos unas cuantas botellas —sonrió inclinándose para besarme.

Nos tomamos esa copa relajados contemplando las estrellas, y cuando acabamos fui a por la tarta, que acompañé con un poco de nata montada.

—Buenísima, aprobada en repostería —dijo tras el primer bocado.

—Qué honor, muchas gracias —sonreí.

Y cuando terminamos con la parte dulce de la cena, nos acomodamos en una de las hamacas con una copa de vino, abrazados, observando el cielo.

—Quería decirte algo —dijo mientras me acariciaba el brazo.

—¿El qué?

—Que significa mucho para mí que estés aquí. —Me besó la mejilla—. En estos momentos, eres lo más importante. Si no fuera por ti, estaría volviéndome loco sin la niña, aunque vaya a verla pronto.

—Me alegro de poder serte de ayuda —sonreí mirándole.

—Más de lo que imaginas, preciosa. —Se inclinó para besarme en los labios.

Tras acabarnos aquella copa de vino puso música desde el móvil, nos levantamos de la cama y comenzamos a bailar a ritmo de bachata.

Anders me llevaba de un lado para otro, con ese movimiento de caderas, acercándose a él, entrelazando nuestras piernas y girándose para acabar pegada a su pecho y mecernos.

No podía evitar sonreír, y es que desde que le conocía, aquel gesto no se me borraba de la cara.

Tras esa llegó otra y después una más, y acabamos yendo a la barra de la piscina a prepararnos unos cócteles que tomarnos sentados allí tranquilamente, compartiendo besos y caricias. Y al igual que con los bailes, un cóctel siguió a otro, tomamos algunos chupitos y acabamos con mojitos.

—Eres tan bonita —dijo acariciándome la mejilla, con los ojos fijos en los míos.

—Me da a mí en la nariz, que estás un poquito borracho. —Junté mis dedos, pero es que me

escuchaba y mi voz sonaba como si también hubiera bebido más de la cuenta.

—Si es así, ya sabes lo que dicen. Los borrachos nunca mienten. —Me dio un golpecito en la nariz y sonreí.

—Creo que yo también estoy un poquito borracha.

—A ver, ponte de pie —dijo, y eso hice, solo que volví a sentarme porque noté que todo me daba vueltas—. Sí, hemos bebido suficiente por hoy. Hora de dormir.

Me cogió en brazos, solté un chillido por la sorpresa y me agarré con fuerza a él para no caerme.

—Ay, Anders, que me da vueltas tu jardín. —Me llevé la mano a la cabeza.

—A mí de momento no.

—Qué suerte.

—¿Un bañito nocturno? —preguntó con una sonrisa al tiempo que señalaba la piscina.

—Mejor mañana, que ahora me apetece otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Tú —murmuré dándole un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

No dijo nada, tan solo sonrió mientras me miraba de medio lado y fue para la casa.

Subimos a la habitación y allí, con cierta torpeza, nos quitamos la poca ropa que llevábamos antes de dejarnos caer en la cama.

Anders comenzó a besarme el tobillo, subiendo despacio por la pierna, y yo empecé a reírme como una loca cuando llegó al interior del muslo.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Que me has hecho cosquillas. —Me costaba hablar.

—¿Cosquillas?

—Con la barba, Anders.

—¿Qué barba? Si no tengo.

—Anda que no, hoy no te has afeitado y tienes pelusilla —le señalé—. Mira —toqué sus mejillas —, estas pequeñas puntitas pinchan y hacen cosquillas.

—Así que tienes cosquillas —sonrió de manera casi diabólica arqueando la ceja.

—¿Qué? —Abrí los ojos con temor—. No, no. No tengo cosquillas.

—Anda que no —repitió mis palabras en respuesta y comenzó a frotar la barbilla en ambos muslos, al tiempo que me hacía cosquillas con las manos en los costados.

Yo luchaba contra mi propia risa, intentando no dejarla salir, mientras trataba de cerrar las piernas y apartar sus manos de mi cintura, pero aquella fue una empresa difícil y acabé muerta de risa, pero a carcajadas, desnuda en su cama en un experto ataque de cosquillas por su parte.

Solo cuando me escuchó quedarme sin aire por la risa se detuvo, y para entonces, cuando volví a respirar con normalidad, nos miramos fijamente antes de abalanzarnos el uno a los labios del otro y besarnos con esas ganas que nos teníamos.

Mis manos recorrían torpemente su torso, acariciándolo con las yemas de los dedos, mientras él deslizaba las suyas por mis costados hasta alcanzar ambos pechos, masajearlos y jugar con los pezones entre sus dedos, pellizcándolos y tirando de ellos hasta hacerme gemir en su boca.

Volvió a bajar una mano y, tras meterla entre nuestros cuerpos, deslizó el dedo por mi zona, entre los labios vaginales, jugando con el pulgar sobre el clítoris mientras me penetraba con el dedo.

Cuando sentí que el orgasmo se acercaba, me agarré con fuerza a sus bíceps y arqueé la espalda, poco después comencé a gemir y gritar mientras me alcanzaba el clímax.

Anders me miró fijamente mientras acercaba su miembro a mi entrada, y tras un beso dulce y suave, comenzó a penetrarme despacio sin dejar de mirarme.

En el momento en el que estuvimos completamente unidos nos fundimos en un beso lento.

Comenzó a moverse, entrando y saliendo despacio de mi cuerpo, y de nuevo sentí que con él no era solo sexo cuando lo hacíamos, era mucho más que eso.

No se limitaba a ir en busca de su propio placer, sino que se preocupaba de que primero lo obtuviera yo, poniendo siempre mis necesidades por delante de las suyas propias.

Besos, caricias, gemidos, jadeos, gritos, manos por todas partes, dos cuerpos ardiendo de placer y deseo entregados al momento, y finalmente, nos dejamos ir, alcanzando el clímax al unísono, gritando de puro placer con todas nuestras fuerzas.

Anders cayó jadeante sobre mí. Ambos respirábamos con dificultad, y mientras yo acariciaba su espalda, él dejaba suaves besos en mi hombro.

Nos miramos, sonreí al ver el brillo de sus preciosos ojos celestes y le di un beso antes de apartarme para ir al cuarto de baño.

—¿Ya estás huyendo de mí? —preguntó con la ceja arqueada al tiempo que se apoyaba en la cama con el codo, recostado de medio lado, pecaminosamente desnudo ante mis ojos.

—No, es que necesito ir al baño, demasiado alcohol. —Me encogí de hombros y él sonrió.

Después de mi breve ausencia, cuando regresé a la cama Anders me recibió con los brazos abiertos, besándome la frente y estrechándome entre ellos con fuerza. Suspiré, cerré los ojos y apoyé la cabeza en su pecho.

—Buenas noches, preciosa —murmuró dándome un beso en la frente.

—Buenas noches, Anders.

Sonreí, mientras el cansancio y el alcohol hacían efecto, llevándome al mundo de Morfeo, sonreí sintiéndome afortunada por estar en ese momento con él, con el hombre que me estaba haciendo sentir como una reina esos días.

Y si antes podía admitir que estaba enamorada de él, en ese momento quedaba confirmado.

Capítulo 13



De nuevo había despertado ese sábado con el desayuno en la cama, y es que Anders era todo un caballero y, además, un romántico.

Después del desayuno me di una ducha y bajé al jardín para tomar el sol y hacerme unas fotos, esas que después subí como había hecho los días anteriores en algunos ratos, en esa ocasión las subí mientras él se encargaba de preparar la comida, que por lo que me había dicho iba a ser una paella de marisco que me iba a chupar los dedos.

Aproveché para echar un vistazo a las redes y ver los comentarios que me iban poniendo en las fotos. De nuevo me tuve que reír con esa seguidora que en una de ellas había puesto que menudo finde me estaba pegando en El Caribe, si ella supiera.

Me di un bañito en la piscina y después de secarme, entré en la casa para ver cómo iba la paella, esa que olía que alimentaba y que nos comimos en el jardín poco después, acompañada de uno de los deliciosos vinos de su bodega.

Por la tarde tomamos la tarta de queso que hice la noche anterior con un café, nos dimos otro baño y acabamos tomándonos un cóctel en la barra del bar sentados en los taburetes.

No faltaron los besos, y es que entre nosotros era como si hubiera un imán que nos atraía una y otra vez.

Nos recostamos un rato en la cama al sol, y mientras él me acariciaba el brazo yo dibujaba círculos en su pecho.

—Si no hubieras descubierto que se te daba bien el tema de las redes, ¿a qué te hubiera gustado dedicarte? —me preguntó.

—Uf, no sé, porque era complicado el haber podido estudiar una carrera. Tal vez algo relacionado con el *marketing*.

—Tema redes, vale. —Rio.

—Eso parece. —Se me escapó una risilla.

—Eres buena en esto, Rania, no dejes que nadie te diga alguna vez lo contrario.

—Mi ex me lo dijo.

—Tú ex no entendía de qué iba este mundo.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de ese momento en el que el atardecer daba paso a la noche.

Para la cena preparó unos gambones a la brasa acompañados de pescadito frito y una ensalada con aguacate que estaba buenísima.

Y pasamos a los bailes acompañados de una copa de vino, nos dimos un baño y acabamos acomodándonos en la barra del bar de la piscina para tomar esos cócteles que a él se le daba tan bien preparar.

—De aquí, me voy a ir con kilos de más y alcohólica. —Reí.

—De aquí no vas a querer irte, ya te lo dije. —Me abrazó y besó mi cuello.

—Pero tendré que irme, tengo mi casa, mi trabajo...

—Podrías trabajar desde aquí, ¿o no te gusta mi casita para hacer tus vídeos?

—Casita, dice —resoplé—. Casita la mía, que es un apartamento de lo más coqueto y pequeño. Esto es un casoplón. —Le señalé mientras sostenía mi mojito antes de dar un sorbo—. Y decorado a capricho, vamos. Envidia tendrían las casas de esas revistas de decoración.

—Envidia te tiene a ti la luna, por lo bella que eres —murmuró en mi oído.

—¿Y eso de dónde te lo has sacado? —pregunté riendo.

—¿No hay una canción que dice algo de eso?

—Pues no me suena, no.

—En ese caso, es cosecha propia.

—Anders Olsen: CEO de una firma de ropa, experto cocinero, bailarín y poeta. —Se me escapó una carcajada a pesar de que estaba conteniéndome de lo lindo.

—¿Solo eso?

—¿Eres experto en algo más?

—No sé, ¿masajista?

—Ah, sí, en eso también eres bueno.

—Y... ¿en alguna otra cosa? —preguntó llevando una mano a mi entrepierna, y ahí sí que estuve perdida por completo.

—Pues no sé. A ver, deja que piense. —Apoyé la cabeza en su pecho y no tardó en sostener mi barbilla para besarme. Gemí en sus labios y fue justo en ese momento cuando me penetró con el dedo—. Besas bien. —Jadeé.

—Entonces sigo.

Se lanzó de nuevo a mis labios, besando y mordisqueando de manera sutil mientras seguía penetrándome al tiempo que con el pulgar se centraba en esos movimientos sobre el clítoris, presionando hasta hacerme gemir de nuevo y sentir que me estremecía de pies a cabeza.

—Me gustas, Rania, me gustas mucho —murmuró entre besos, y yo, que estaba también un poquito perjudicada por las copas al igual que él, acabé confesando.

—Tú a mí también me gustas, Anders.

No tardó en cogerme en brazos y llevarme hasta la cama sin dejar de besarme, nos desnudamos y se colocó de rodillas entre mis piernas para lamer toda mi zona con esa lengua hábil y juguetona que tenía.

Y mientras lo hacía, me penetraba con los dedos llevándome a ese estado de excitación que me volvía loca.

Me corrí apenas unos minutos después y no tardó en penetrarme, mirándome fijamente a los ojos mientras lo hacía.

Entrelazó una mano con la mía, llevando ambas a la almohada al lado de mi cabeza, y mientras se movía dentro y fuera de mí apretaba ese agarre al tiempo que me besaba.

Cuando me llevó a un segundo orgasmo se apartó y, tras hacer que me colocara de rodillas y con las piernas separadas, cada una a un lado de las suyas delante de él, me rodeó por la cintura pegando mi espalda a su pecho, y fue así como me penetró.

Con una mano me masajeaba el pecho y pellizcaba el pezón mientras con la otra seguía excitándome sin dejar de hacer fricción en mi clítoris.

Besaba y mordisqueaba el hueco entre mi cuello y el hombro, deslizaba la punta de la lengua por esa zona muy despacio haciendo que mi cuerpo se estremeciera por completo mientras cerraba los ojos y me movía al ritmo que él marcaba con cada nueva y certera embestida.

Llevé la mano a su cabello, enredé los dedos y tiré de él levemente mientras seguíamos moviéndonos de manera sincronizada.

Comencé a gemir, a sentir que mi cuerpo se preparaba de nuevo para el orgasmo, y cuando Anders también fue consciente de que estaba cerca del clímax, empezó a penetrarme más rápido.

Se movía dentro y fuera sin parar, con el pulgar sobre mi clítoris para llevarme a ese punto en el que acabaría dejándome llevar por el momento, perdida en la neblina de deseo y placer que nos envolvía a ambos a en ese instante.

Noté un suave mordisquito en el cuello, giré para mirarle y nos besamos con esas ganas que siempre teníamos el uno del otro.

El placer nos atravesó a los dos como un rayo por todo el cuerpo, llevándonos al clímax mientras me corría a puros chillidos, gritando su nombre mientras Anders seguía tocándome y penetrándome, hasta alcanzar su propio clímax y liberarlo.

Nos quedamos allí abrazados, recobrando el aliento con el cuerpo completamente tembloroso por el momento vivido, y tras un beso largo, lento y sensual, nos separamos únicamente para recostarnos en la cama.

Me rodeó con sus brazos, apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos mientras escuchaba aún los frenéticos latidos de su corazón.

—No te vayas mañana —me pidió mientras me acariciaba el brazo, y le miré—. Sé que pensabas irte mañana por la tarde, pero, no te vayas. Quédate a pasar la noche.

—Anders...

—Al menos piénsalo, consúltalo con la almohada —dijo con una leve sonrisa y me besó—. Descansa, preciosa.

—Buenas noches.

¿De verdad quería que me quedara el día siguiente a dormir también? ¿Lo decía en serio? Porque por el tono de voz y la forma de mirarme mientras me lo pedía, parecía que sí iba en serio.

La verdad era que no me apetecía separarme de él, y si a él tampoco, ¿por qué no quedarme a pasar una noche más? Podía irme el lunes después de desayunar, no era un trayecto tan largo, así que...

Sonreí, pero esperé para darle la respuesta al despertar.

Capítulo 14



Desperté con una sonrisa en los labios puesto que tenía a Anders besándome el vientre, y como tenía un poquito de barba, pues acabé riéndome por las cosquillas que me hacía.

Nos besamos tras ese despertar, fuimos a darnos una ducha juntos y bajamos a tomar un desayuno de esos que llamaban de campeones.

Café, zumo, tostadas, jamón, tomate, mantequilla, mermelada y algo de fruta troceada.

—Entonces, ¿te quedas a pasar la noche? —preguntó mientras disfrutábamos de esos manjares.

—No sé, no sé... —Fruncí los labios— ¿Por qué quieres que me quede?

—Porque me encuentro a gusto contigo —sonrió.

—Yo también estoy muy a gusto contigo, Anders. Y sí, me quedo a pasar la noche. Pero no pienso tomar una sola gota de alcohol, que me iré mañana después del desayuno.

—Entonces habrá que empezar a beber con la comida, no hay problema.

—Mira, el maduro responsable llevando a una joven inocente al alcoholismo —negué.

—No seas mala. —Rio tirando de mi mano para hacer que me levantara y sentarme en su regazo, momento que aprovechó para besarme—. Me gustaría pedirte algo.

—¿El qué?

—Que vengas a pasar el próximo fin de semana aquí, con Valeria y conmigo.

—¿Quieres que venga a pasar el fin de semana, con la niña aquí?

—Sí. Ya sabes que me gustas.

—Yo creí que eso anoche lo dijiste fruto del momento.

—¿Tú lo dijiste por eso? —Arqueó la ceja.

—No. —Me sonrojé.

—Yo tampoco, preciosa. —Me acarició la mejilla y me besó de nuevo, mirándome fijamente después de aquel beso—. Me gustas de verdad, Rania, y quiero que conozcas a mi hija.

—Pero, Anders, es muy pronto, ella es pequeña...

—Rania, quiero que formes parte de mi vida, y mi hija estará en ella de ahora en adelante.

—Y si alguna vez sale mal, y si esto... ¿Y si esto, sea lo que sea, se acaba? ¿Qué, Anders? Me he enrollado con el dueño de una de las firmas que promociono en mis redes, eso, quieras que no, es una metedura de pata. Porque el día que esto —señalé entre nosotros— acabe, esas promociones para tu firma también acabarán —suspiré.

—Escúchame, Rania —me pidió al tiempo que sostenía mis mejillas entre sus manos, mirándome con esa intensidad en su mirada de ojos celestes—. Pase lo que pase entre nosotros, a ti nunca te faltarán colaboraciones, ¿me oyes, preciosa? Ni con mi firma, ni con otras firmas.

—Muy seguro te veo de lo segundo. Qué pasa, ¿que tienes contactos?

—Sí —sonrió de medio lado—, demasiados.

Volvió a besarme y acabamos fundidos en un abrazo de esos que desearías que nunca acabaran.

—¿Dices en serio lo del fin de semana con tu hija?

—Muy en serio.

—Pero, a su mamá igual no le gusta.

—Su madre ha renunciado a ella, Rania, y me duele, de verdad que me duele porque Valeria no es una mala persona. Ya te dije que nunca hablaría mal de ella por ser la madre de mi hija, tiene cosas buenas, nos iba bien en esa época en la que el amor no faltaba, pero ha tomado una decisión: se ha antepuesto ella a su propia hija, por lo que no puede decir nada si yo rehago mi vida. Además, esa mujer sabe el tesoro que es mi pequeña para mí. Así que, ¿vendrás a pasar el fin de semana con nosotros? De verdad que quiero que mi hija y tú os conozcáis.

—Si me lo pides con esa carita, ¿cómo me voy a negar?

—Yo a ti te como, preciosa. —Me dio un beso y me eché a reír.

Después del desayuno nos dimos un bañito y Anders volvió a dejarme sola tomando el solecito, mientras preparaba una ensalada y una carne a la barbacoa para comer que, cuando me llevé el primer trozo a la boca, gemí al saborearla.

Tierna, jugosa y con el punto justo de sal. Desde luego que a Anders la cocina se le daba de vicio, bien podría tener un restaurante además de una firma de ropa y complementos.

Y tal como había dicho el CEO que me había conquistado, empezamos con las copas ya en la comida, tomando vino como siempre, pero después del café nos dimos a los cócteles y los chupitos mientras me hacía algunas fotos que subí a mis redes en lo que él me besaba, me acariciaba y hasta me daba un masaje en los hombros, esos que decía que tenía muy tensos y que había que descargar.

Al muy loco no se le ocurrió otra cosa que cogerme en brazos y lanzarse conmigo a la piscina. Muerta de risa acabé cuando salí a flote.

Nos besamos, nos tocamos y nos llevamos al límite allí dentro, él incluso hizo que me corriera como una loca y a chillidos mientras le mordisqueaba el hombro.

No tardó en sacarme del agua y hacerme el amor, con dulzura y pasión a partes iguales, sobre la cama balinesa mientras me besaba y miraba fijamente.

Me dijo en más de una ocasión lo mucho que le gustaba y, tanto debía ser, que cuando acabamos llegando al clímax en esa cama del jardín, me cargó en brazos para llevarme a su habitación y volver a hacérmelo de nuevo.

Caímos rendidos, agotados y en un sueño profundo poco después, ni siquiera nos levantamos para cenar cuando nos despertamos porque Anders no me permitió salir de la cama en ningún momento, sino que dijo que quería poder tenerme allí, tocarme y besarme, para hacerme enloquecer de placer una vez más.

Y lo hizo, vaya si lo hizo, y hasta bien entrada la noche cuando ya ni siquiera tenía ni un rastro leve del alcohol de las copas de la tarde.

Esa mañana de lunes desperté sintiéndome como en un sueño, como si aquel fuera uno de esos cuentos de príncipes y princesas de verdad.

Tenía el brazo de Anders alrededor de la cintura y su pecho pegado a mi espalda, podía notar su cálido aliento en el cuello y sonreí al pensar en lo bien que se habían sentido aquellos despertares a su lado.

Si pudiera ser así siempre, desde luego que no me importaría, pero iba a ser realista y hacerme a la idea de que eso que había entre nosotros, fuera lo que fuese, seguramente acabaría antes o después, poniendo fin a ese cuento de hadas en el que me parecía estar metida.

Salí de la cama sin hacer ruido, no quería despertarle, y entré en el cuarto de baño a darme una ducha y vestirme. Cuando salí, ya estaba con los ojos abiertos y esa sonrisa de medio lado que tanto me gustaba.

—Buenos días, preciosa. ¿Te has caído de la cama o qué? —Arqueó la ceja.

—Buenos días —sonreí—. No, solo quería estar lista para cuando despertaras, guardar mis cosas en las bolsas.

—¿De verdad tienes que irte? —preguntó cuando me senté en la cama con él y aprovechó para acariciarme el muslo, dado que me había puesto unos pantalones cortos.

—Sabes que sí. —Me incliné para besarle—. Pero en unos días me tienes de vuelta.

—Deseando estoy de que llegue el fin de semana, y eso que aún no te has ido. —Me dio otro beso—. Voy a preparar el desayuno mientras guardas tus cosas.

Asentí, se levantó y, tras ponerse un pantalón de chándal, bajó a la cocina dejándome allí para preparar mis bolsas.

Tenía un nudito en la garganta y tampoco quería irme, pero debía hacerlo.

Me di prisa en guardar todo y cuando bajé ya tenía el desayuno listo. No faltaba de nada, y sonreí al verle con esa carita.

—Hasta el último día llenándome como a un pavo. —Reí antes de darle un beso.

—Ya sabes lo que dicen, el desayuno es la comida más importante del día. —Se encogió de hombros.

Hizo que me sentara en su regazo para desayunar y no dejó de besarme, acariciarme y tocarme en ningún momento, y cuando nos mirábamos, a los dos se nos dibujaba una sonrisilla en los labios.

Cuando acabamos de desayunar le ayudé a recoger, nos besamos y abrazamos y sentí que él tenía tan pocas ganas de soltarme, como yo a él, pero había que hacerlo.

—Nos vemos el fin de semana —dije con una sonrisa antes de subirme al coche.

—Estoy deseando que os conozcáis, de verdad. —Me acarició la mejilla—. Conduce con cuidado, ¿de acuerdo?

—Siempre lo hago. Adiós, Anders.

—Adiós, preciosa.

Me senté, él cerró la puerta y tras poner el coche en marcha salí de allí sintiendo que de verdad podía ser la reina que Anders decía que era, que lo nuestro podría llegar a ser algo real, muy real.

Iba como una nube, volvía a casa tras haber pasado un fin de semana de esos inolvidables, de ensueño, donde no habían faltado momentos tiernos ni tampoco de pasión.

Donde Anders había conseguido que quisiera y soñara con más fines de semana como ese, con

él.

Capítulo 15



Después de dar unas cuantas vueltas para aparcar, tuve la gran suerte de que en mi calle, muy cerca de mi puerta, se estaba marchando uno. Estacioné y, estaba sacando mis bolsas del coche, cuando una joven se acercó a mí.

—Hola, perdona que te moleste —me dijo de manera educada.

—Hola, dime.

—Soy Valeria, la mamá de la hija de Anders —me dijo con un cierto ápice de tristeza y yo me quedé casi en *shock*—. Sé que has estado este fin de semana con él y por eso he necesitado venir a hablar contigo a solas. ¿Es posible que tomemos un café? —Señaló a una terraza que había en mi calle y me lo pidió a modo imploración.

—Vale. —Metí las cosas de nuevo en el coche para no ir cargada.

—Te llamas Rania, ¿verdad?

—Sí —sonreí viendo que sabía perfectamente de quién me trataba.

La seguí casi sin saber qué decir ni entender por qué quería hablar conmigo. Accedí porque no la noté que viniera de manera que dejase entrever un cierto reproche que a ella no le correspondía. No sé, su tono invitaba a escucharla y, además, era la mamá de la hija de Anders y no quería parecer una borde.

Nos sentamos y ella puso una carpeta sobre la mesa. Pedimos los dos cafés ya que nos habían atendido de manera rápida.

—Bueno, te sonará raro que venga a hablar contigo a espaldas de él.

—Sí, pero bueno, soy toda oídos —dije en tono relajado y sonriendo.

—Voy a perder a mi hija por su culpa —murmuró y acto seguido comenzó a llorar con una tristeza que me embargaba hasta a mí, pero a la vez no comprendía nada.

—Valeria, a ver, cariño, entiendo tu desesperación, pero hasta lo que conozco, has sido tú la que en el juzgado ha renunciado en cierto modo a ella porque te tienes que ir a trabajar fuera.

—¿Eso te dijo? ¿De verdad piensas que una madre puede renunciar a su hijo? No, no es así y si fuera que me voy al extranjero a trabajar, me la llevaría conmigo. —Sacó un documento judicial sellado y firmado que puso delante de mí para que lo cogiese y leyera—. Esto es el origen de todo y ahora te voy a enseñar cuando lo leas el resto de los documentos, denuncias y pleitos que llevamos librando los dos últimos años.

—¿Dos años? Pero si se supone que lleváis solo unos meses sin estar juntos.

—Todo esto te hará ver la realidad, no lo que él te haya contado. —Sus lágrimas no dejaban de brotarle—. Nunca hemos sido pareja.

—¿Cómo que nunca habéis sido pareja?

—Lee, por favor, para comenzar a comprender las cosas.

Lo primero, se trataba de una declaración suya ante el juez sobre los hechos que los llevaban a disputar la custodia de la niña, y no tenía nada que ver con lo que él me había contado.

En su declaración constaba una historia que se tornaba complicada y muy triste de ser cierta. El caso es que entre ellos hubo un acuerdo previo de confidencialidad dos años atrás a esta denuncia, en la que pactaban tener un hijo por inseminación artificial y en la que ella tendría siempre la custodia y él disfrutaría de la pequeña al menos diez días al mes, menos en verano que sería un mes completo.

Anders asumiría todos los gastos de la pequeña y le pasaría dos mil euros mensuales a la madre para cubrir todas sus necesidades, pero todo esto después de haberle pagado al padre de ella el costoso tratamiento para salvarlo de un cáncer que solo podía ser tratado en una clínica privada. Ella lo hizo por esta razón y él lo hizo porque necesitaba urgentemente un heredero, ya que su empresa se había creado a partir de la fortuna de su padre y este le exigía un nieto para entregarle todo el imperio en vida. Me estaba quedando loca con todo esto...

—Aquí tienes el contrato de confidencialidad donde se explica absolutamente todo. —Lo puso también en mis manos para que me siguiera documentando.

Y comencé a leer cada una de las denuncias que venían por parte de Anders, algunas hasta el juez no admitió a trámite, pero en las que se notaba que iba a por ella, a joderle la vida. Le quería quitar su hija.

La estaba limitando a encontrar trabajo usando su influencia y la estaba presionando para que se olvidara de la niña y se la entregara a él usando que de esta manera a la pequeña no le faltaría de nada.

La denunció por alcohólica, drogadicta, por un montón de cosas que luego pude leer en la sentencia que no pudieron ser corroboradas. Le llegó a poner hasta diez denuncias en un mes en

dos ocasiones.

El caso es que, llegados a este punto, Anders le había tendido una trampa orquestada con mucha alevosía y malicia, y ella, había caído. Por eso, ahora debía aceptar su renuncia y esperar a poder verla cuando él la dejara, y así evitar unos años injustos en prisión. Ya que habían hecho una jugada maestra tramando un plan para acusarla de apropiación indebida y robo, y si él la denunciaba, ella iría a la cárcel. Aunque ella nunca se había negado a dejarle ver a su hija, él solo lo hacía cuando le convenía.

—Yo solo quiero que no me separen de mi hija. Sé que se la llevará mañana pero no estoy segura hasta cuándo me dejará verla, me tiene amenazada y con las manos atadas. —Lloraba desesperada.

—Pero ¿cómo te dejaste liar para ser partícipe de algo así?

—Confíe en él, ya que llevaba dos semanas mostrándose arrepentido y prometiendo cuidar del bienestar de la niña. Me dio una tarjeta de prepago sin nombre, pero vinculada a su cuenta para que pudiera usar el dinero para amueblar el nuevo piso que había alquilado y fui pagando con ella porque me la había dado para ese fin. Pero claro, me pidió que comprara con ella también ordenadores y móviles, hasta que me exigió la tarjeta y me amenazó con denunciarme si no le cedía la custodia de la niña. Busqué un abogado y me contó la gravedad del problema en el que me había metido, ya que podía demostrar que yo había sido quien pagó gracias a las cámaras. En resumen, caí en una trampa —Su manera de llorar me partía el alma.

—No sé qué decir, me he creído al hombre que he conocido y ahora esto...

—Él sabe ganarse a las mujeres, conozco a dos que quedaron tocadas por él. Siempre usa la misma táctica de hacerte sentir la más perfecta del mundo, la que le hace sentir cosas nuevas y se muestra un gran caballero mimando a su presa. ¿En serio crees que se enamoró de ti? No lo digo por tu físico, ya que eres preciosa, pero que alguien como él no va a fijarse en cualquiera, va siempre buscando un objetivo.

—¿Pero qué objetivo puedo ser yo para él?

—No lo sé, pero conociendo su frialdad y su manera de actuar, a saber, algo tiene que haber detrás.

—¿Y qué puedo hacer yo ante todo esto?

—Él quiere a la niña como trofeo para su familia, nada más, bueno, sí, eso y separarme de su lado para ser el padre heroico y bueno del año. Tengo mucho miedo a que algo le pase a mi pequeña o que se la lleve y yo no la pueda ver más. —Lloraba desconsolada—. Ahora estoy sin dinero, sin trabajo y con la vida patas arriba. Mis padres están en el norte e irme para allí me parte en dos, no puedo alejarme de mi pequeña.

—No llores, Valeria. No llores. —Sentía rabia por la mentira que me había contado él y no ser el hombre que yo creía, pero más dolor me causaba por ella, que se iba a separar de lo más grande

que podía tener en la vida, su hija. Y encima la dejaba sin un euro.

—Estoy desesperada, Rania, desesperada y no sé por qué vine, pero eres el clavo ardiendo al que me podía agarrar. No permitas que le pase nada a mi hija. No le digas por favor a Anders que estuve aquí o me puede hacer mucho más daño. Ponte en mi lugar.

—Me pongo, aunque me cuesta porque parece que me estás hablando de otro hombre que no es él.

—Nunca quiere que se sepa nada de su vida privada y paga el silencio de muchos medios y solo se habla de lo que él quiere que se diga. Es un hombre muy calculador y no tiene sentimientos, aunque a ti te haya hecho creer que sí.

—¿Y tú crees que yo puedo seguir al lado de alguien como él?

—Si le dejas, mi hija lo va a tener todo más difícil.

—Pero el padre es él, yo no soy la madre.

—Pero podrías cuidarla durante una parte del tiempo que coincidieras con ella cuando estuvieras con él. Tengo mucho miedo a que no la alimente, o la deje un tanto abandonada, él es muy egocéntrico y solo se importa a sí mismo.

—Valeria, me has hecho descubrir que el hombre del que me he enamorado no es quien dice ser, y me pides que me quede a su lado para cuidar a tu hija. Yo entiendo tu desesperación, pero entiéndeme a mí que lo que menos debo de hacer es seguir viéndole. Estoy en *shock*, pero también me pongo en tu lugar y lo tienes todo mucho más complicado. Joder, me gustaría ayudarte, pero no puedo.

—Mañana perderé a mi hija y sé que será para siempre.

—Pero tiene que haber un modo en el que puedas demostrar la verdad.

—No lo tengo, es Anders, uno de los hombres más ricos del mundo. ¿Cómo podría ganarle alguien como yo? No tengo para pagar buenos abogados y todo esto —señaló a la carpeta—, tuvo que llevármelo un abogado de oficio porque él dejó de pasarme lo de la niña.

—Joder, hija, no veas cómo me duele verte llorar así.

—Me han quitado la vida, estoy muerta en vida.

—¿Dónde está la pequeña?

—Con mi vecina Tina que tiene pasión con ella y se la quedó para que yo pudiera hacer gestiones, que es lo que le dije. No sé ni porqué estoy aquí, pero estoy desesperada.

—Valeria, no sé cómo ayudarte, ahora mismo soy una bomba a presión, mi cabeza va a explotar,

pero me gustaría ayudarte. Ninguna mujer merece pasar lo que tú estás pasando y menos perder una hija porque a un hombre con dinero y recursos se le haya metido en los huevos —dije sin reprimir las formas.

—No te separes aún de él y vela por mi hija, por favor. Te lo ruego.

—Pero a mí no me nace ver a ese hombre, es un mentiroso y un monstruo.

—Sé que no me conoces de nada, que no tengo derecho a pedirte nada, pero no le dejes, por favor, me da miedo que cuide mal a la niña y le pase algo.

—Pero yo no lo veo capaz de hacerle nada a su hija.

—¿Te parece poco el separarla de su madre? Es capaz de todo. Él solo quiere poder y lujos.

—Pero no es un hombre que chulee de dinero.

—Claro que no, por eso va en coches normales y tiene un pisito en la playa —dijo con ironía—. Sabe venderse, hacer como que no le importa el dinero, pero luego muestra el lujo que es su día a día.

—Tienes razón, viéndolo así, es tal cual.

—Me he sacado un número nuevo de móvil, apúntalo por favor y grábame con otro nombre. Si me mandas alguna foto de mi hija o estás con ella en algún momento, por favor, házmelo saber y no permitas que yo pierda el hilo de su vida —me rogó entre lágrimas agarrando mis manos.

—No te puedo prometer que lo vaya a ver. Después de esto la decepción que siento es demasiado grande. No sé si del amor al odio hay un paso, pero lo que siento en estos momentos no es nada bonito. Si a ti que eres la mamá de su hija fue capaz de meterte en todos esos procesos judiciales y engañarte para que renunciaras a su hija, ¿qué no es capaz de hacerme a mí?

—Te va a usar para que cuides a mi hija, lo veo. Creo que te arrastró este finde para llevarte a su terreno y arrastrarte a él. —Lloraba sin consuelo—. Haz algo por mi hija, por favor. —Me pintaba todo feo y luego me pedía que hiciera algo por su hija, se la veía de lo más desesperada.

Me despedí de ella prometiendo que no perderíamos el contacto, lo que no le pude prometer es estar cerca de la pequeña porque ahora mismo lo que menos deseaba era estar al lado de ese mentiroso, manipulador y mala persona que era Anders.

Cogí las cosas del coche y subí hasta mi apartamento donde me senté en el sofá sin poder reaccionar a todo lo que había descubierto.

Y pensar que creí que el CEO se había enamorado de una *curvi* como yo... ¡Era gilipollas!

Capítulo 16



Llamé a David para que viniese a mi casa, ya que me tenía que tirar una foto con un producto, y quería ponerlo al día de todo. Necesitaba hablar con alguien urgentemente. Ya le contaría a Alejandra cuando la viera.

Apareció muy rápido ya que se encontraba en una tienda de móviles que había por mi zona. Le preparé un refresco con hielo después de hacer las fotos y nos sentamos en la cocina donde le puse al día de todo lo que me había pasado el finde, y ahora con Valeria.

—Joder con Anders, cómo se las gasta. La verdad es que de su vida privada se sabe muy poco o nada, porque yo busqué información. Creo que deberías mantenerte alejada de él en la medida de lo posible, sinceramente, me preocupa lo que ese hombre es capaz de hacer después de lo que le hizo a esa pobre madre.

En ese momento llamaron a la puerta y era un repartidor con un carro de carga con un montón de cajas que se veía que eran de la firma de Anders. Todo esto era para las colaboraciones.

—Pues sí que te ha enviado cosas —dijo David ayudándome a llevarlas todas a mi habitación.

—Ay Dios, en qué lío estoy metida, y lo peor de todo es que lleva toda la mañana mandándome mensajes que ni he abierto. Debe estar que se sube por las paredes.

—Respóndele que pasó algo en tu familia que te impide seguir viéndolo.

—Se sabe toda mi vida y eso no le valdrá de nada, no se lo creará y aparecerá por aquí. Tengo hasta ansiedad. —Nos dirigimos de nuevo a la cocina.

—Pues dile que has decidido que no quieres seguir con esto y que respete tu decisión.

—¿Y no le va a extrañar que en tres horas todo haya cambiado de esa manera?

—Que le extrañe lo que quiera, ese no es tu problema y no debes tener piedad con alguien como él.

—Si es que soy tonta y encima tengo el corazón roto en mil pedazos.

—Anda, dame un abrazo. Hay veces que la única opción es ser fuertes y ahora te llegó ese momento. Afrontar y olvidar a ese hombre.

—Creo que hasta lo quiero —dije rompiendo a llorar.

—Lo sé, se nota, Rania, pero no puedes estar con alguien así.

—Y la pequeña lo va a pasar muy mal sin su mamá.

—Duele, aunque no forme parte de nuestras vidas, pero ¿qué puedes tú hacer al respecto? Eso lo tiene que hacer la justicia.

—La tiene amenazada con meterla en la cárcel por lo de la apropiación indebida. ¿Con qué pruebas se presenta ella a denunciar esa coacción y que no la crean?

—Qué fuerte, en serio. Cada vez flipo más. Qué asco de dinero que los hace tan pobres de cabeza.

Se marchó un rato después y yo era incapaz de devolver las cuatro llamadas que tenía ni de ver esos mensajes que me había puesto, pero era consciente de que, si seguía sin dar señales de vida, iba a venir a buscarme. Así que no me quedó más remedio que armarme de valor y escribirle.

Rania: *Hola, Anders. He vivido contigo un fin de semana inolvidable pero la realidad es que he sentido miedos que no mostré, porque no me veo en una vida como la tuya, yo no pertenezco a ese mundo. No me he llegado a sentir cómoda en la casa. Te agradezco los momentos y lo bien que te has portado conmigo, pero ahora me gustaría desconectar un poco y centrarme más en mi trabajo y, además, ahora te toca a ti hacer el papel de padre y disfrutar de tu hija para que crezca recordando cada momento vivido a tu lado y lo haga con el mayor orgullo del mundo. Espero que me entiendas y respetes mi decisión. Un abrazo.*

Crucé los dedos para que no me contestara y ni tiempo me dio a cerrar la pantalla cuando ya lo estaba leyendo. Solté el aire y me dirigí a tomar un vaso de agua fría.

Y sentí cómo vibraba el móvil, ya que le había quitado el sonido desde que estuve con Valeria.

Miedo me daba a ver su respuesta y tardé un poco en abrirlo.

Anders: *Que lástima que algo tan bonito y genuino se acabe tan pronto y de esta manera tan impredecible. Te deseo lo mejor. Nunca dejes de creer en ti y, si algún día necesitas algo, siempre estaré ahí. Me quedo con el corazón roto en mil pedazos, pero con un montón de momentos bonitos vividos que me acompañarán por mucho tiempo. Un abrazo.*

Correcto como siempre, en su línea, pero me sonaba raro que no me pidiera ninguna explicación y que me dejara ir así tan fácil, aunque realmente para él difícil no debía ser porque me había utilizado y me había hecho creer cosas que no eran ciertas. Dudaba hasta si le había gustado de

verdad, yo había sentido que sí, pero la realidad me hacía ponerlo totalmente en duda.

Con David había quedado en que el miércoles grabaríamos el contenido de las cuatro publicaciones que tenía que hacer para la firma de Anders, eso estaba cerrado y el trabajo con su firma no tenía nada que ver con lo que estaba pasando, además, me venía bien hacerlo de golpe y dejarlo listo.

Tenía que cumplir con mi acuerdo y ya luego si no quería seguir colaborando, con no aceptarlo sería suficiente, aunque debo reconocer que sería una trastada decir que no a algo que me daba tanta visibilidad y me reportaba grandes beneficios. Aunque también estaba la opción de que él ordenara que no me ofreciesen ninguna más. Todo era posible.

En ese momento me entró otro mensaje y no quise ni mirar, si era de él... no sabía ni qué haría. Por suerte resultó ser de Alejandra que, como siempre, me sacaba una sonrisa.

Alejandra: *DETALLES, quiero detalles del fin de semana, jovencita.*

Suspiré y le dije que si tenía tiempo para una llamada rápida, a lo que contestó que sí, que iba a tomarse un café, por lo que le pedí que me hiciera una videollamada cuando estuviera en la cafetería.

Ni cinco minutos tardó en hacerlo.

—Hola. —Saludé con una sonrisa de lo más triste.

—¿Y esa carita? Nena, esa no es la cara que se le queda a alguien que se ha pasado el fin de semana teniendo sexo.

—Ay, Alejandra, que me ha mentido en todo —suspiré, y cuando empecé a llorar, me pidió que me calmara y le contara todo.

Lo hice, y ella, al igual que David y yo, no se podía creer lo que había pasado.

—Madre mía, ¿qué clase de monstruo es? ¿Cómo le puede hacer eso a una madre? Y a ti, que te ha follado y te ha mentido con descaro. Ese no quiere una novia, ni una mujer, ni que sigas colaborando con su firma, quiere una niñera y un polvo fácil cuando no tenga con quién follar. Has hecho bien en enviarle ese mensaje, de verdad que sí.

—Que me he enamorado, Alejandra, que sé que me he enamorado de ese hombre.

—Ya lo sé, y va a costar que le olvides, pero es lo que debes hacer, cariño.

—Pues ya me dirás cómo.

Seguimos hablando un rato más, en lo que se acababa el café, y nos despedimos quedando en hablar y vernos pronto.

No sabía cómo iba a olvidar a Anders, pero lo cierto era que tenía que hacerlo, sí o sí.

Me preparé un sándwich vegetal con queso, pavo, lechuga, tomate y salsa de mayonesa que me comí mientras preparaba la bolsa para irme a casa de mis padres y quedarme hasta el miércoles en que regresaría para la sesión con David. Ahora mismo no me apetecía estar sola y necesitaba el calor familiar, ese que hacía que la tristeza se llevara un poco mejor.



Mi madre, al verme la cara, presintió directamente que algo me pasaba y me abrazó fuerte.

—Hija ¿te has llevado una decepción?

—La mayor de mi vida, mamá.

—Entra que preparo un cafelito mientras dejas las cosas en tu habitación. Papá está en el sofá echando una cabezadita.

Regresé a la cocina y ya tenía los cafés sobre la mesa. Me senté con ella y no pude evitar contarle todo el fin de semana, sin entrar en detalles, y lo que me pasó al llegar a mi casa.

—Un hombre que es capaz de hacer eso a la madre de su hija, es capaz de cualquier cosa, porque por los hijos se hace todo, pero bien, no de esa manera. No me gustaría verte con alguien así, hija. No te mereces un hombre que solo actúa a costa de tener los bolsillos llenos. Ese tipo de personas solo pueden causar daño y dolor. Y lo que has vivido es lo más cercano a estar con un lobo que se mostró ante ti con piel de cordero.

—Lo amo con todo mi corazón, pero esa chica me dio una pena —dije no pudiendo evitar llorar.

—Normal, hija ¿a quién no le puede doler sentir el sufrimiento de una madre atada de pies y manos mientras ve que pierde a su hija?

—Te juro que me dan ganas de plantarme ante él y decirle un montón de cosas, pero lo único que conseguiría es que también le diera por mí y no solo eso, iría del todo contra ella y la terminaría de hundir.

—No te acerques a ese hombre, hija. Hazme caso.

—No lo haré, mamá, no tengo ganas de joder mi vida ni jugármela. Ver cómo la dejó a ella es suficiente para saber que podría terminar igual o peor. Alguien que actúa así es malo con todo el mundo porque no quiere a nadie. Ni si quiera se quiere así mismo.

—Te costará, pero lograrás olvidarlo.

—Eso espero —murmuré mientras me secaba las lágrimas con los pañuelos que me había dado mi madre.

Mi padre se levantó un rato después y no le contamos mucho, solo que me había desencantado. Tampoco quería entrarle en detalles porque mi padre se ponía malísimo y se le subía la tensión rápidamente. Fingí estar bien y le sonreí ese ratito que estuvo con nosotras antes de irse a ver el huerto y recoger un poquito el terreno. Siempre estaba haciendo cambios para mantenerse ocupado.

Eran las seis cuando mi madre y yo nos fuimos en mi coche a un supermercado en un polígono de un pueblo cercano que tenía una muy buena carnicería y pescadería. El día siguiente lo queríamos pasar cocinando y yo grabaría también algún que otro vídeo que no se me daba nada mal. Bien es cierto que con David todo era más fácil y profesional, pero esto que yo grababa me valía para historias y quedaban chulísimas.

Mi madre era muy exagerada comprando comida y más desde que vivía más desahogada con la ayuda que yo le daba todos los meses. A ella le encantaba preparar comida y era feliz viendo la despensa y el frigo llenos. No necesitaba mucho más. Siempre decía que cocinar era su vida.

Llenamos el carro hasta rebosar y a la hora de pagar no la dejé hacerlo, a pesar de que se puso en plan furia total. El chico de la caja se reía con las cosas que esta mujer me soltó por la boca.

Colocamos todo al llegar a casa y nos pusimos a preparar un revuelto de espárragos con jamón para cenar que acompañamos con un vaso de salmorejo que había hecho mi madre por la mañana y que le había salido riquísimo, tanto, que repetí rellenando el vaso.

Al menos con ella se me había pasado la tarde más entretenida y amena, aunque era imposible sacar a Anders de mi cabeza. Me había llevado el palo de mi vida. Me sentía una ingenua.

Después de cenar estuve un rato con ellos en el sofá y luego nos fuimos todos a dormir. Mi madre vino a mi habitación y me dijo que me quería mucho, que sabía que ahora me tocaba a mí lidiar con mi dolor y que ojalá pudiera ella quitármelo. Era para comérsela. La mujer más buena del mundo y yo la más afortunada de que me hubiera tocado como madre, al igual que mi padre, que era mi otro gran tesoro. Los amaba con toda mi alma y siempre se lo hacía sentir.

Capítulo 17



Me levanté con la misma tristeza que me acosté, pero me animé al recordar que ese día iba a pasarlo cocinando con mi madre. Me apetecía un montón.

—Buenos días, mami —dije entrando en la cocina y dirigiéndome a ella para darle un abrazo.

—Buenos días, hija mía. ¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad es que sí. Me costó coger el sueño, pero luego parece ser que caí en coma —sonreí mientras me echaba un café y mi madre terminaba de tostar el pan.

—¿Y cómo llevas el corazón?

—Destrozado, tocado y hundido, pero saldré de esta, mamá. —Le acaricié la mano en la que sostenía su tostada.

—Claro que saldrás. ¿No has vuelto a saber nada de él?

—No, desde el último mensaje de ayer no me ha vuelto a escribir y solo espero que no lo haga. No me apetece, todo ha sido tan mentira que la decepción que me ha causado ha sido demasiado grande. Lo echo de menos, no te voy a mentir, y más de los días tan intensos que pasé a su lado, pero bueno, es lo que hay. —Mi rostro se transformó en tristeza.

—Bueno, hija, ahora nos distraeremos grabando unos vídeos.

—Te voy a sacar hasta a ti. —Me reí.

—No hija, que yo no valgo nada para esas cosas y estoy muy mayor.

—Estás preciosa, y de mayor nada, deja de decir tonterías.

—Tú que me miras con mucho amor.

—Todos los que te conocen te miran de esa manera mamá, eres un caramelito de lo más dulce.

—Volví a acariciar su mano.

Estaba hablando con ella cuando me entró un mensaje que no me esperaba.

Valeria: *Hola, bonita. Ya le entregué a mi hija que lloraba sin consuelo agarrada a mi cuello para no irse. La sonrisa y frialdad de él me hicieron confirmar que estaba feliz de conseguir su propósito y que el dolor de la pequeña no le importaba. Estoy al borde del abismo, ya no le encuentro ni sentido a la vida. Gracias por haberme escuchado ayer.*

—Hija, eso de que no le encuentra sentido a la vida es preocupante —me dijo cuando le enseñé el mensaje.

—Mamá, eso mismo he pensado, pero ¿qué puedo hacer?

—Esa guerra no te pertenece, pero es obvio que da tristeza, impotencia y hasta ganas de ayudarla, pero como bien dices, no podemos hacer nada.

—Qué rabia me da, un tipo que lo tiene todo, que puede tener una vida bonita y llena de ese amor de su hija respetando a la madre de esta, pero no, es asqueroso lo que el dinero transforma a las personas.

—Sí, hija, la ambición del poder.

—Voy a contestarle, me da pena dejarla en visto.

Rania: *Hola, preciosa. Me da mucha pena leer ese hecho que has tenido que vivir y que tendrás que soportar hasta que consigas de algún modo demostrar la injusticia que se hizo contigo y la niña. Ayer ya le transmití a Anders mi decisión de no seguir con él y se ve que lo ha aceptado. No puedo estar al lado de alguien que tiene un alma tan negra. Siento no poder estar al lado de tu hija, pero estoy segura de que la vida te dará las herramientas para volver a recuperarla. Te mando un fuerte abrazo.*

Se me hizo un nudo en la garganta al enviarle el mensaje y es que me ponía en su lugar y la desesperación que debía estar pasando esa chica, era incomparable a ninguna cosa. No me quería ni imaginar verme en una situación así en la vida, en la que tuviera que desprenderme de lo que era más valioso, un hijo.

Nos pusimos manos a la obra y lo primero que hizo mi madre fue preparar un puchero como Dios manda, sí, en pleno principio de verano, pero tenía una justificación y es que era para hacer un maratón de croquetas con su cocido.

Iba grabando todo de manera muy bonita cogiendo las mejores perspectivas para poner unas historias de lo más apetecibles. Mi madre tenía mucha mano y encima lo colocaba todo muy bonito y estaba usando los platos de barro de una colección que yo le regalé y lo hacía de lo más rústico. Además, que su cocina era muy bonita en esa temática combinando ladrillo, azulejo blanco y trozos de pared en liso.

Tras dejar haciéndose el puchero, nos pusimos a preparar albóndigas en salsa de almendras que le salían espectaculares. Luego todo listo y cociéndose a fuego lento, se puso a preparar una

ensaladilla de pulpo que, si a mí me salía buena la rusa, esta, a ella, le salía fuera de serie.

Grabé un montón de contenido y por la tarde nos pusimos a hacer croquetas con la masa que había dejado preparada antes de comer. Hicimos para un regimiento, con decir que me apartó la mitad para llevarme a mi casa y había por lo menos cuarenta.

Por la noche subí uno de los vídeos, precisamente el de las albóndigas en salsa de almendras que tenía un color que llamaba mucho la atención y había quedado en el plato de lo más bonito y presentable.

Cuando me fui a la cama me dio por mirar por encima las personas que habían visualizado mi historia ya que tenía una corazonada que no tardé en confirmar. Anders había dado un corazón a mi historia.

Qué injusta era la vida, te ponía las mieles por delante para luego quitártelas de golpe. Sentí que habían estafado a mi corazón. La rabia que tenía era muy grande, pero los sentimientos hacia él también. Ahora entendía el verdadero concepto del amor al odio.

Tal como me levanté me fui a tomar el café y, como no era de extrañar, mi madre estaba en la cocina a pesar de ser las siete de la mañana.

Después del café me metí en la ducha y me preparé para irme. Cada vez que venía a esta casa me iba de lo más cargada de comida.



Para mi suerte, cuando llegué había dos aparcamientos en mi calle. Vi que David ya esperándome en la puerta de mi casa, así que me ayudó a subir las bolsas.

Abrí los paquetes que la firma de Anders me había mandado y elegí varios modelos, los que complementé con unos accesorios preciosos que también me habían hecho llegar en el mismo envío.

Grabamos siete modelitos, así ya cuando los viera montados decidiría los cuatro con los que haría las colaboraciones.

Se marchó a las dos de la tarde, momento que aproveché para servirme un poquito de ensaladilla de pulpo porque no tenía mucha hambre. Estaba de bajón, había sido quedarme sola y venirme abajo por completo. Solo quería llorar y abrazarme a mi almohada.

Me preguntaba repetidamente por qué él me había utilizado, pese que a veces creía unas cosas, luego pensaba en otras, todo menos que le hubiese gustado de verdad. Alguien así no se amaba ni a sí mismo.

Jamás imaginé que me enamoraría de alguien tan rápidamente y de esta manera tan desconocida que te dejaba sin aliento, pero menos aún imaginé que todo terminaría de esta manera: huyendo de un hombre que no tenía corazón.

Me tocaba enfrentarme a mis sentimientos y esos, eran tan fuertes, que iba a ser muy difícil derribarlos.

Alejandra: *Hola, cariño mío, ¿cómo estás hoy? Ya vi que ayer pasaste el día entre fogones con tu madre, ¿hay un táper para mí? Oye, que solo quería decirte que cuando me necesites me llamas, ¿sí? Te quiero, preciosa.*

Mi mejor amiga me sacó una sonrisa, como siempre, a pesar de que en esos momentos de mi vida no tenía ganas ni de mirarme a un espejo.

Le respondí que había todos los táperes que quisiera, o que se pasase a cenar el día que le apeteciera sin problema, a lo que dijo que lo iba viendo y me avisaba.

Estaba tumbada en el sofá cuando me llegó una notificación de invitación para el viernes a un evento de una firma de maquillaje nueva pero muy fuerte, estaba muy viralizada.

El evento se iba a celebrar en Sevilla y me ponían hasta el alojamiento para esa noche. Pagaban bien y era algo que me venía genial de cara a los seguidores, así que acepté. El trayecto me llevaba menos de una hora y lo bueno es que haría noche allí y así me podría tomar alguna copita para ahogar las penas.

Por la noche subí la primera colaboración del último acuerdo con la firma de Anders. Se trataba de un exquisito vestido, cuya parte superior estaba confeccionada en punto y tenía unos tirantes finos, mientras que la parte inferior consistía en una voluminosa falda de seda roja que lucía espectacular hasta el suelo. Para realzar más su belleza, llevaba un elegante lazo anudado en un costado de la cintura.

Por supuesto que fue Anders quien dio uno de los primeros un corazón, y sin duda alguna, fue el primero en comentar que esta deslumbrantemente preciosa y que era un verdadero orgullo para su firma tener a alguien de mi categoría como modelo. En fin. Puse el móvil a un lado de la mesita de noche y apagué la luz. Mañana sería otro día.

Capítulo 18



Los días pasaron lentos, pero llegó el viernes y ya estaba en mi coche de camino a Sevilla y cantando por Rocío Jurado, que me encantaba desde que mi madre me la ponía de pequeña. Y llorando, porque no veas si lloraba, ya que estaba de lo más sensible y con el corazón en un puño. Cada día se me hacía más cuesta arriba y no podía dejar de pensar en Anders.

Les comenté a David y a Alejandra lo del evento, ambos se alegraron y dijeron que era lo mejor para distraerme, y ella se pasó a cenar la noche anterior para animarme un poco y escoger la ropa que llevarme.

Alejandra era una *influencer* en potencia, pero no se lo quería creer.

Me dirigía a un hotel muy céntrico y de renombre que había en la ciudad. Según el GPS me quedaban cuatro minutos para llegar. Lo bueno es que tenía acceso al aparcamiento de ellos y no me iba a tener que volver loca buscando.

La verdad que me recibieron en la recepción de una manera maravillosa y solo les faltó poner la alfombra roja para que pasase sobre ella. Yo era una *influencer* muy reconocida pero no me lo tenía nada creído, motivo por el que siempre me asombraban estas cosas.

Me asombré mucho al ver la *suite* que me habían asignado y desde la que se veía el puente de Triana y la Giralda. Unas vistas que ponían los vellitos de punta.

Iba bien de tiempo, con lo cual me metí en el jacuzzi que me habían dejado lleno y hasta con pétalos de rosas, una copa de cava en una cubitera y la copa. ¿Cómo me iba a resistir a meterme con el vaso en la mano?

Echaba de menos en estos momentos al Anders que disfruté antes de saber cómo era realmente. Las lágrimas volvieron a aparecer por mis mejillas y miraba a la copa que sostenía en mis manos. Pese al dolor tiré una foto a mi pierna y la copa que sostenía. Quedó de lo más glamurosa.

Sinceramente tenía la sensación de encontrarme en colapso, pero a la vez luchaba por no perder la rutina de tirar fotos como en estos momentos que luego me valdrían para tener contenido en la retaguardia, como decía David. Mi trabajo y mi vida tenían que seguir para no caer en la trampa

de la dejadez y perder todo lo que había conseguido.

Para esta noche, Alejandra y yo habíamos elegido un vestido de punto finito de un solo tirante y ajustado al cuerpo por encima de las rodillas. Era en color negro como las sandalias altas que había escogido a juego.

Me veía guapa en el espejo mientras terminaba de marcarme los labios en un rojo mate que era una pasada de cómo lucía y cubría, además de que era de la firma en la que hoy estaba invitada.

No tenía ni idea de con quién me iba a encontrar en el evento, pero tenía claro que no era la única *influencer* que iba a estar y seríamos muchas. El problema es que yo vivía en mi mundo y no tenía contacto ni roce con ninguna, así que últimamente, que era cuando más me estaban invitando, me veía sola y a mi bola, cosa que no me importaba.

Ya era casi la hora. Le di un último trago a la copa antes de salir por la puerta, para enfrentarme de nuevo a otro reto de este mundo que cada vez me fascinaba más y era por el que había luchado.

Contuve el aire y lo solté antes de montarme en el ascensor para dirigirme a la recepción del evento que era en los jardines. Como el anterior de Anders. ¡Qué recuerdos!

Cuando el ascensor se abrió porque había llegado abajo, un trabajador del hotel me indicó y acompañó hasta la entrada de los jardines donde ya estaba el *photocall* con los periodistas.

Se veía todo tan bonito con velas dentro de candelabros de papel que hacía que todo luciera muchísimo. Me puse delante de los periodistas y la primera pregunta ya me hizo temblar de golpe.

—Rania, ¿qué te parece que el señor Anders Olsen te haya elegido la única embajadora del evento para su firma de cosméticos?

—Estoy muy feliz de estar aquí. —Fue lo único que se me ocurrió mientras por mi cabeza se pasaban mil cosas y tenía que fingir estar bien cuando en estos momentos se había terminado de desmoronar todo mi mundo. Ni idea tenía de que Ander fuese el dueño de esto también.

Aunque ahora tomaban sentido las palabras que me había dicho en su casa de que iba a conseguir que tuviera muchas colaboraciones y eventos no solo en su firma. Por eso cuando le pregunté si tenía contactos hizo un gesto de orgullo y me respondió que demasiados. Ahora cobraban vida cada una de sus respuestas.

Después de contestar y evadir varias preguntas, me adentré en los jardines y le quité de la bandeja a uno de los camareros una copa de vino blanco.

Me puse en una de las barritas individuales que había por todo el jardín y apoyé mi bolsito rojo y la copa. Estaba soltando todo el aire que había contenido delante de los medios.

—Buenas noches, Rania —la voz de él, y solo él, se sintió a mi espalda y tragué saliva antes de

girarme.

—Buenas noches, Anders —contesté sin poder evitar la tristeza de mi tono y girándome para encontrarme con ese hombre que amaba y odiaba a partes iguales.

—Estás preciosa. —Sostenía una copa en su mano.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—Te noto un poco triste. ¿Estás bien?

—Sí, solo un mal día. —No quería entrar al trapo de nada, pero no sabía ni qué decir—. ¿Qué tal la pequeña?

—Bien. —Se le escapó una sonrisilla—. Está aquí en el hotel, vino conmigo y la está cuidando una persona de confianza de la empresa, Estrella.

—Me alegro muchísimo.

—En nada se irá a dormir. Mira, viene por ahí.

Giré mi cabeza y me encontré a una preciosa niña corriendo hacia los brazos de su padre mientras gritaba emocionada la palabra «papá».

Nada que ver con lo que me imaginaba de una niña triste por no ver a su madre y que no reconocía al padre o lo quiera como tal.

—Déjame un momento, ahora te aviso —le dijo a la que debía ser Estrella. Una señora de unos cincuenta años que asintió sonriente y se apartó.

—Papá —dijo acariciando su cara mirándolo fijamente desde los brazos de su padre.

—Mira, ella es Rania, una amiga.

—Hola. —Me miró riendo y moviendo su manita feliz.

—Hola, preciosa. Eres muy guapa y tienes un nombre muy bonito.

—Valeria —dijo ella con esas palabritas tan escuetas y contadas por su edad.

—Sí, lo sé, un nombre precioso.

—Papi. —Me dijo señalándolo a él.

—Sí, papi. ¿Estás feliz con él?

—Sí —contestó y le dio un abrazo mientras se lo comía a besos.

Le hizo un gesto a Estrella que se acercó y le indicó que llevara a la niña a cenar y dormir. La pequeña no dejaba de decirnos adiós con la manita y de tirarle besos a su padre.

—Anders, cuando fuiste a por ella, ¿lloró mucho al separarse de su madre?

—No. —Tragó saliva y sacó su móvil—. Mira el vídeo tan bonito que me grabó mi chófer.

Lo buscó en su móvil y yo me puse a temblar imaginando que me hubieran engañado. Y cuando vi, cómo esa mujer tan fría entregó a su hija y la pequeña no le dio ni un beso y corrió a los brazos de su padre, me di cuenta de que esa hija de puta me la había jugado. Se me comenzaron a saltar las lágrimas. Me daba hasta vergüenza contarle la verdad a Anders y la reacción que este pudiera tener.

—¿Estás bien, Rania? —Puso su mano en mi espalda y comenzó a acariciarla a modo consuelo, se le veía realmente preocupado.

—Sí, sí. —Ahora me venían a la mente los documentos que me había enseñado y que parecían legales— Anders...

—Dime. ¿Quieres que vayamos a otro lado? —preguntó, porque yo no dejaba de llorar.

—Sí, por favor —dije con un nudo en la garganta.

Nos apartamos a un reservado del jardín donde nos sentamos y nos trajeron unos canapés que estaban repartiendo. Realmente yo no tenía ni ganas de comer, lo único que quería era quitar de mi cabeza todo este lío que tenía.

Tenía tal nudo en la garganta que no podía hablar y él no dejaba de acariciarme la espalda sentado pacientemente a mi lado, esperando que lo hiciera.

A esa mujer se la veía de lo más chula en el vídeo entregando a su hija, nada que ver con lo que me contó ni el numerito que había montado su hija desgarrada. ¿Por qué me había hecho esto?

—Anders, tengo que contarte la verdad de todo lo que pasó una vez que salí de tu casa —dije cuando pude arrancar a hablar.

—Sé que algo tuvo que pasar, no era normal que no quisieras saber nada de mí en cuestión de horas después de todo lo bonito que vivimos. Quiero saber la verdad de lo que sucedió, no puede ser que te echase hacia atrás mi mundo por el nivel económico que tengo —dijo con los ojos brillantes.

—Cuando aparqué mi coche en la puerta de mi casa... —le conté toda la historia con todo lujo de detalles. Él no me cortó en ningún momento, solo escuchaba con un dolor que podía transmitir a través de sus ojos.

—Rania, algo me decía que ella tenía algo que ver en todo esto —murmuró casi con la voz rota y le dio un trago a su copa, se podía sentir su rabia.

—Anders, siento no haberte preguntado, sé que la he cagado.

—Quiero que vengas el lunes conmigo a los juzgados y que un secretario de allí te enseñe la verdad de todo lo que hay cruzado entre ella y yo. Yo lo tengo en mi poder, pero quiero que sea alguien que no pueda...

—No me tienes que demostrar nada.

—Rania, he hecho cosas que no te he contado por proteger a la madre de mi hija, pero me ha puesto denuncias falsas constantemente desde que nos separamos, porque fuimos pareja por mucha historia que se haya inventado ella. —Su rabia cada vez era más evidente.

»Antes de renunciar a la niña, le pusieron medidas cautelares para que no se acercase a mí y hasta le retiraron las astronómicas cantidades económicas que le pasaba en base a mi patrimonio.

»Solo le dejaron una manutención para la niña de seiscientos euros, por eso renunció a su hija, porque ya no iba a vivir del cuento a costa de eso. Y como eso, muchas más cosas que me he callado para no dejarla mal, te repito que, pese a todo, y por encima de todo, es su madre.

—Me siento súper mal.

—Te ofrezco la posibilidad de que la llares y digas que estás con su hija y que la puede ver, ya que tú personalmente estarás en el encuentro. Quiero que veas con la frialdad y el poco cariño que la trata. Por mucho que finja delante de ti, podrás ver cómo la pequeña no tiene un vínculo fuerte con ella, no la verás abrazarla como has visto que lo hace conmigo. Puedes hacerlo para que ya no te queden dudas.

—No me quedan... —No podía dejar de llorar de lo mal que me sentía.

—Mira esta transferencia. —Sacó su móvil, abrió el apunte del banco y era para ella del mismo día que le entregó a la niña—. Y mira este mensaje.

Me quedé muerta y helada al ver cómo le había pedido dinero prestado. Tres mil euros que le envió para ella irse al extranjero un poco más respaldada. Y era desde el móvil de ella, vamos que aquí sí que no podía haber trampa ni cartón. Lo peor de todo, lo bien puesta que se ponía con él la muy descarada.

—Tengo en mi correo todo, mira la sentencia, léela, reenviada de mi abogado, pero se puede ver que a él le llegó del juzgado.

—No me enseñes nada.

—¿De verdad te creíste que yo podía ser tan mala persona? —No pudo contener las lágrimas y romper a llorar como jamás pude imaginar verlo—. Yo solo quería ver a mi hija, jamás le haría nada a su madre, por nada del mundo.

—He sido una gilipollas. —Encendí la pantalla de mi móvil y la llamé con el manos libres. Lo que menos me esperaba es lo que iba a escuchar nada más que lo descolgara.

—¿Ya estás con él y le has contado lo pesada que has sido sacándome información? —Me quedé helada, muerta. ¿Hasta dónde podía llegar la maldad humana?—. He visto que estás en su fiesta y él también, a través de las redes. Después de todo lo que me has contado que te hizo y vuelves a caer en sus brazos. Eres una aprovechada.

—Cuélgale. —Me quitó el teléfono de las manos y colgó él—. Has visto cómo es capaz de cambiar la historia, ¿verdad?

Yo estaba enmudecida y me costaba gesticular, no me podía creer lo que esa sinvergüenza había soltado por su boca. Esa que lloraba desconsolada porque le iban a quitar a su hija riéndose en toda mi cara. No tenía corazón, estaba podrida por completo.

Unos minutos pasaron tras todo ese *shock* hasta que pude gesticular las primeras palabras.

—Anders, lo siento mucho. Siento el haberte fallado y haberme fallado a mí misma, pero sobre todo a ti. Creí a una persona horrible sin haberte dado el beneficio de la defensa. Voy a lamentarlo toda mi vida.

—Tendré un montón de fallos, como todo el mundo, pero no soy mala persona y hago muchas cosas bonitas que no muestro al mundo porque lo hago desde el corazón.

»No soy un ogro ni jamás he contado todo lo que he sufrido. Me hubiera encantado que hubieras tenido la confianza conmigo para comunicarme lo que te había dicho y no haberme dejado tirado como a un perro, al que esa misma persona había llenado de heridas a lo largo del tiempo.

»Como digo, me callaré muchas cosas porque siempre la respetaré por ser la madre del ser que más quiero en este mundo, pero no me merecía también ese desprecio por tu parte.

»Te he amado con todo mi corazón desde el primer momento en que te vi y estos días han estado llenos de dolor por haberte perdido, un dolor que jamás te podrías llegar a imaginar. He amado cada una de tus curvas, esas que tú llamabas imperfecciones y que para mí eran el paraíso. —Lloró con más intensidad.

—No, no te lo mereces —dije desconsolada.

—Soy un hombre de palabra. No te faltarán las colaboraciones con ninguna de mis firmas —murmuró levantándose—. Que seas muy feliz.

No me lo podía creer, se marchaba, pero ¿qué podía esperar después de la traición que yo le había hecho sentir y en la que se notaba que lo había pasado muy mal?

Me quedé paralizada un buen rato sentada en el reservado. El camarero me trajo otra copa de vino que me tomé refugiada de los ojos del mundo mientras me fumaba un cigarrillo tras otro y lamentaba haber metido la pata de esa manera. Perdía a un hombre que era todo un señor y que se había enamorado de cada una de mis curvas.

Sentía unas ganas inmensas de ir a buscar a esa mujer y estrangularla, pero claro, iría a la cárcel y ella más contenta aún. ¡Qué asco sentía! Era impotencia, dolor, tristeza, desesperación y un sinfín de sentimientos que se me agolpaban a la vez.

Un rato después salí intentando pasar desapercibida y me fui a la habitación. Mi colaboración consistía en posar en el *photocall* y eso fue lo primero que hice al entrar a los jardines, así que, para mí, la fiesta ya había terminado.

Me fui a la habitación a acostarme. Solo quería cerrar los ojos...

Capítulo 19



No me apetecía desayunar en el hotel y lo único que deseaba era irme lo antes posible. Ya me compraría por el camino un café.

Entregué la llave, cerraron la ficha y me dirigí al garaje para sacar el coche. Sentí cierto alivio cuando me alejé un poco.

Me daba vergüenza de mí misma, esa era la verdad. Entendía que se alejara de esta manera porque la decepción que seguro sentía no debía ser poca.

Llegué a mi casa cuando apenas eran las diez de la mañana y fui directa a por mi primer café, ya que no había parado por el camino. Deseaba llegar a mi hogar y soltar todo el dolor que sentía dentro de mi pecho. Llorar libremente, era lo único que podía hacer.

Anders no se merecía por nada del mundo lo que yo le había hecho y si no fuera por ese evento, jamás se hubiera enterado. Aunque tenía claro que esto lo había preparado él para verme, lo que no se imaginaba que se iba a enterar de algo que le iba a desgarrar por completo.

Le daba tantas vueltas a la cabeza que sentía que me iba a volver loca. Lo que más me costaba digerir es que había perdido al hombre que me había hecho sentir la mujer más deseada del planeta.

Estuve tirada en el sofá toda la mañana llorando hasta que me llamó mi madre y no pude evitar romperme del todo y contarle lo sucedido con pelos y señales.

—Hija, tienes que venirte con nosotros unos días. Así no puedes estar sola.

—No me apetece mamá, solo quiero estar tirada en el sofá.

—Ahí vas a hundirte. Vente con nosotros, aquí sabes que te cuidaremos y daremos los abrazos que en estos momentos te hacen falta.

—Mamá, quizás otro día, pero ahora necesito estar sola, de verdad.

—Hija, déjame decirte que entiendo a ese hombre, pero tampoco te merecías que te dejen de esta

manera.

—Lo dejé yo, mamá.

—Ya, pero porque no sabías la realidad de las cosas, pero ahora que habéis tenido la oportunidad de hablar...

—Me lo he cargado, eso pasó hablando. Mamá, tengo que asumir mis actos y mis decisiones ya que esas son las que me han llevado a que él ahora no me quiera ni ver.

—Te ha dicho que cuidará de que no te falten colaboraciones, así que tanto no será como dices. Lo mismo necesita un tiempo.

—Mamá, no, se despidió de mí y se notaba que era para siempre. Solo había que verlo con el dolor que se marchó.

—Ese que tú tienes, hija, estás sin consuelo y no dejas de llorar. No puedo permitir que estés sola.

—Lo necesito, quizás mañana o pasado vaya a veros o pasar un par de días con vosotros de nuevo.

—Venga, que ya sabes que te ayudo con el contenido poniéndome a cocinar.

—Sí —sonreí a pesar de la tristeza—. ¿Y papá?

—Preparando la mesa para comer.

—Dale un beso de mi parte.

—Y tú relájate, si estaba para ti, regresará.

—Ese no regresa ni, aunque lo amenacen. Bueno, aprovechad y descansad un poco. Os quiero. Vamos hablando.

—Nosotros a ti también, cariño.

Me puse a arreglar mi zona de maquillaje para cambiar las cosas un poco de lugar y así darle una nueva vista. Quería mantenerme haciendo cosas, pero inevitablemente Anders no se me quitaba de la cabeza.

David pasó por mi casa por la tarde y mientras le preparé un café y lo tomamos, le conté absolutamente todo.

—Si te soy sincero, Rania, yo en su lugar me sentiría igual, pero dale tiempo al tiempo. Flipo con lo mala que es Valeria.

—Es una bruja. Lo del tiempo al tiempo, no, no regresará. Yo vi sus ojos cuando me hablaba y

cuando se despidió. Los ojos nunca mienten. He sido toda una decepción y traición para él.

—La vida da muchas vueltas...

—¿Sabes?

—Dime, guapa. —Me acarició la espalda.

—¿Recuerdas la colaboración que me pidieron para ir de voluntaria a una aldea de México para dar visibilidad a la ONG?

—Me estoy echando a temblar...

—Me lo estoy replanteando, creo que algo así me puede venir muy bien.

—¿Y por qué no te replanteas irte a las Maldivas o Seychelles a todo lujo y gratis con todas las colaboraciones que te piden los resorts?

—No, eso no me llenaría y lo pasaría muy mal sola. Lo echaría más de menos.

—¿De verdad?

—Sí —le confirmé mientras afirmaba a la vez con la cabeza.

—Tienes mi apoyo para todo lo que hagas, pero si me vas a llevar de cámara que no sean más de quince días. Estoy enamorado. —Apretó los dientes consiguiendo sacarme una carcajada.

—No, iré sola, tranquilo.

—¿Cuándo tienes pensado irte?

—Quiero hablar con ellos y lo más inminente posible. Necesito irme de aquí.

—Si la mente te lo pide, es por algo.

—Sí —sonreí con tristeza.

Desde ese momento la idea fue aumentado por momentos. Les había escrito, pero obviamente al ser sábado no me iban a contestar hasta el lunes. La sorpresa fue que me respondieron el domingo por la mañana y felices de que hubiera aceptado.

Me llamaron un rato después por teléfono para confirmar vuelos y todo, me iba en cuatro días y yo estaba ansiosa de abordar ese vuelo.

Al proyecto que iba, consistía en una aldea de niños sin hogar ni familia en la que había una escuela que en verano se quedaba sin profesorado y al mínimo de cuidadores. La misión de los voluntarios era darles clases de manera didáctica, ayudarlos con el aseo personal inculcándoles la importancia, jugar con ellos y hacer que también, de alguna manera, tuvieran un verano

diferente.

Cuando me colé por la tarde de ese domingo por casa de mis padres y les conté lo que iba a hacer, se pusieron de lo más contentos.

—Hija, tenemos que ir al polígono antes de que te vayas y comprar en los grandes almacenes material escolar para que se lo lleves.

—Lo había pensado —sonreí viendo que a ellos la idea les habían encajado muy bien.

Regrese a mi apartamento después de cenar. Ellos no querían que me fuera porque decían que era muy tarde para conducir una hora, pero a mí me apetecía y, además, al día siguiente quería comenzar a preparar las cosas.

Miré el reloj en el móvil y apenas eran las siete de la mañana. Me levanté directa a prepararme un café y me encendí un cigarrillo.

Estaba de lo más triste por lo sucedido con Anders, sin embargo, al mismo tiempo experimentaba una felicidad indescriptible al saber que me dirigía hacia un lugar donde estaba segura de que viviría momentos inolvidables que quedarían grabados en mi corazón. Deseaba con toda mi alma experimentarlos, especialmente en este momento en el que me sentía más pérdida que nunca.

Me puse a preparar todo el contenido para ir subiéndolo desde el móvil. Ya me lo había pasado David. Durante mi estancia en la aldea subiría el que crearía allí, ya que el propósito de este viaje era darles la máxima visibilidad.

De todas maneras, le enviaría todo a David para que me lo montara como solo él sabía hacerlo y me lo enviara listo para subir.

Después de leer las indicaciones de recomendaciones para la estancia en la aldea, me fui a un centro comercial a hacerme con un montón de cosas que me serían de lo más necesarias.

Compré antimosquitos, cremas solares, antisépticos, cosas de higiene personal y un montón de cosas para mí y para compartir allí.

Juro por mi vida que estaba de lo más tranquila saliendo de la tienda cuando la sangre se me subió a la cabeza al encontrarme a Valeria, que justo en ese momento estaba entrando.

—Hombre, ¿qué tal te va como madrastra? —preguntó la sinvergüenza a carcajada suelta y haciéndose la estirada.

—¿Qué puedo esperar de alguien que regala una hija? —Le devolví la respuesta con otra pregunta y la miré con un asco infinito.

—¡Madrastra! —me chilló cuando proseguí mi camino y lo hizo como si fuera un insulto.

No me giré porque sabía que podía hacer algo de lo que me arrepintiera toda mi vida, pero me costó contener toda la ira que había vuelto a causar en mí. Estaba loca, esa mujer estaba loca y era el ser más malo que había conocido sobre la faz de la tierra.

Por la tarde vino Alejandra a mi casa y la puse de nuevo al tanto de todo.

—¿México? —Fue lo primero que preguntó con un grito después de que terminé de hablar— Nena, para olvidarte de ese hombre mejor vete a un sitio con playa.

—Otra como David. —Volteé los ojos—. Me tengo que olvidar, sí, pero... —Y le conté lo ocurrido en el evento, que ese era motivo de irme a México con esos niños, y su cara era de asombro.

—Hija de la gran fruta, la madre que la parió. ¿Se puede ser más mala que esa mujer? Bueno, mujer por decir algo —resopló—, es un demonio, no me jodas. Y tampoco, porque a esa no la quieren ni en el infierno. Pero bueno, que el karma es sabio y le dará lo que le corresponda cuando llegue el momento. Y tú —me señaló—, haznos caso a todos, que seguro que ese hombre vuelve a ti.

—Sí, como los turrone, por Navidad. —Volteé los ojos.

—Pues por Navidad, y así os cogéis con más ganas. —Me hizo un guiño.

—Estás loca.

—No soy yo la que se va a México sola de misionera, querida, en vez de a la playa. Pero oye, que cuando vuelvas organizamos un fin de semana de chicas y nos vamos a la playa. Cuídate por allí, ¿vale? Y si ves un bicho que pueda comerte, corre y no mires atrás.

—Por Dios, Alejandra, que no me voy de expedición al jurásico. —Reí.

—Ah, pero mira esa risa que te he sacado —dijo al tiempo que hacía un movimiento de lo más gracioso con las cejas.

Acabamos echando un rato muy bueno, tomando café y comiendo los dulces que ella había traído, hasta que llegó el momento de que se fuera y nos despedimos con un fuerte abrazo.

—Nos vemos cuando regreses, te quiero.

—Y yo —sonreí, y así estuve durante un rato, después de haberse ido.

Me sentía feliz porque todos de algún modo me habían apoyado en esa idea que salía de la ilusión de hacer algo bonito y que, además, sabía que no era yo la que iba a ayudarlos a ellos, sino que serían ellos, sin saberlo, los que me ayudarían a mí.

Tres maletas fueron las que llené en esos días. Mi madre y yo nos volvimos locas comprando de todo. Ya me había encargado de hablar con la aerolínea y explicarles que llevaba sobre equipaje,

pero me dijeron que mi localizador admitía extra porque iba de voluntariado. Me pareció un gesto muy bonito, aunque la realidad es que las aerolíneas para colaborar con las ONG les daban nuestros asientos gratis para que nos pudiéramos trasladar.

Mis padres me llevaron al aeropuerto y se despidieron de mí después de que yo hubiese facturado todo y nos tomásemos un café en la terminal. Les prometí que el día que pudiera salir de la aldea para llamarlos, lo haría. Allí ni llegaba señal de teléfono y mucho menos de Wifi, y por lo que me contaron los de la ONG, lo único que había era un teléfono remoto que les ponía el gobierno por si había una emergencia.

—Os quiero. —Los abracé muy fuerte.

—Ten mucho cuidado, hija —me dijo mi padre.

—Claro —sonreí mientras me apartaba para pasar el control de seguridad.

Cuando localicé la zona de embarque, y dado que me quedaba aún un buen rato para abordar, me metí en las tiendas que había por alrededor y terminé comprando un montón de tonterías que me hacía ilusión llevar para ellos.

Y mira que llevaba cosas y chuches, pero todo me parecía poco, así que no dudé en coger latas que traían un montón de galletas, dos cuerdas de saltar a la comba que vi y me parecieron una idea maravillosa y hasta estuches llenos de gomillas de colores para el pelo. Estaba claro que allí se iba a usar todo.

Por fin abrieron la puerta de embarque y como mi tarjeta de embarque era prioritaria entré de las primeras, ya que me habían dado el vuelo en primera clase. Que conste que yo dije que no me importaba ir en turista, pero ellos decían que, si había asientos libres en primera clase, iban los colaboradores.

Me recibieron con una copa de champán que agradecí enormemente. Me venía para la foto genial. La tiré viéndose mi mano sosteniéndola y la ventanilla del avión. La subí al Instagram antes de poner el móvil en modo avión y la acompañé con una frase:

«El destino puede que no sea el más paradisíaco, pero sí el más enriquecedor»

Desconecté el móvil y me bebí la copa relajadamente mientras terminaba de llenarse el avión para poder despegar. Sentía unos nervios increíbles que intentaba no aparentar, pero que me causaban un montón de sentimientos que iban cambiando por momentos.

Me preguntaba mil veces por qué no hablé con él en lugar de dejarlo con una mentira. ¿Y si me lo hubieran hecho a mí? Esto era toda una lección que me servía para darme cuenta de que jamás se puede juzgar a nadie por lo que te digan ni por lo que te muestren, y que siempre hay que escuchar las dos versiones para sacar una conclusión. El ser humano tendía a ser injusto por naturaleza, de esta lo tenía bien claro.

Capítulo 20



Cuando aterricé en México sentí un cierto alivio, y es que llegó un momento en que me ahogaba en el avión. Sentí una tristeza y nervios de no saber si estaba haciendo bien o mal, que me entró un cierto pánico, por suerte lo pude controlar para que las azafatas no me lo notaran.

Cogí una bocanada de aire que me vino genial. Ni la sensación de humedad me molestó para respirar mejor al salir del avión en el que casi colapso.

Pasé el control policial que, por cierto, el policía que me tocó fue muy simpático y educado el hombre. Sin demora, me dirigí a por las maletas antes de salir de la terminal donde me esperaba un conductor con un cartel con mi nombre.

Se llamaba Diego y se veía de lo más atento, amable y servicial. Un señor que daba añoranza con el simple hecho de hablar con él. Y eso hicimos durante todo el camino que duró dos horas hasta la aldea.

Estábamos llegando a la aldea, por lo que me había dicho Diego, cuando me di cuenta de que venían corriendo hacia nosotros un montón de niñas y niños, sonriendo.

—¿Son ellos? —le pregunté de lo más feliz.

—Sí, son ellos —sonreía aminorando la marcha para no pillar a ninguno de los que ya se agolpaban alrededor del coche, saludando felices con sus manitas.

La aldea lucía impecable gracias a la dedicación de la ONG, incluso tenía todo un frontal con suelo impregnado. Las casas eran como cabañas y había una especie de nave que, sin duda, era el colegio.

Me bajé y comenzaron a abrazarme de uno en uno. A mí se me saltó hasta alguna que otra lagrimilla con ese recibimiento que era de lo más caluroso. Lo más gracioso es que me llamaban por mi nombre, detalle que me hizo comprender que ya sabían de mi llegada.

—Hola, soy Guadalupe —me dijo con una sonrisa de lo más bonita una señora que iba vestida con los colores y atuendo típicos de México—. Soy la cocinera y apoyo en el cuidado de ellos.

—Encantada, Guadalupe. Yo soy Rania. —Le di un abrazo.

—Y yo soy Esther. —Escuché la voz de una joven que, al darme la vuelta, me di cuenta de que era, como mínimo, española como yo y casi juraría que también andaluza.

—¡Hola! —Le sonreí sorprendida—. ¿Eres Andaluza?

—De Jerez de la Frontera —dijo levantando las manos a modo flamenca.

—¿No me digas? Yo soy de Chiclana.

—Me muero, me encanta. No sabes la de veces que he veraneado allí y la de baños que me he dado en la Barrosa.

—Pues allí tendrás tu casa a partir de ahora. Aunque realmente soy de la sierra, allí viven mis padres, pero me mudé porque no podía trabajar bien.

—Lo sé, soy una seguidora tuya. ¡Me encantas! —dijo de lo más emocionada, dejándome con la boca abierta— Cuando me dijeron ayer que eras tú la que venía, no sabes lo contenta que me puse.

—Gracias, bonita, a mí también me has dado una alegría.

—Sígueme. —Se dirigió hacia donde había visto que habían llevado mis maletas, y era una de las cabañas—. Aquí tienes tu habitación, no es que sea una de hotel, pero no está nada mal —dijo dándole la mano a una de las pequeñas que nos habían seguido curiosas. Aunque realmente nos habían seguido un montón de ellos, pero se habían quedado mirando desde la puerta.

—Está perfecta. No necesito mucho más.

—No, te lo digo yo que llevo tres días y aquí se tiene todo lo que nos falta al resto del mundo, y es la comunicación y el amor por las personas sin necesidad de tanta tecnología ni tanto materialismo. —A ella se la veía un alma libre, de esas que tiran a bohemias. Me había caído muy bien.

—He traído esas dos maletas llenas de material escolar, juguetes y cosas de aseo. En la otra, que es la mía personal, también hay bolsas de caramelos.

—Se van a volver locos, yo también traje chuches, pero las voy racionando porque si no, se las comen todas de golpe y vamos a tener más de un cólico.

—Pues tú me dirás cómo lo hacemos, que yo me dejo guiar por ti que ya estás más hecha a la aldea.

—Por la mañana llevamos el material a las aulas y lo ponemos en el mueble. Se le da a cada uno algo de lo que necesite, pero el resto se queda guardado para cuando gasten los que están utilizando.

»Los objetos de limpieza personal se dejan en el mueble que tenemos en la parte de cocina destinado para eso y se va reponiendo cuando falte en los baños de los niños. Nosotras tenemos un baño independiente solo para el personal extranjero que viene en colaboración o de voluntariado como es mi caso y el tuyo también, aunque además vienes para dar visibilidad.

»Las chuches, de vez en cuando, vamos sacando una ración y se reparte. Si traes algo de juegos, se pone en una sala de la nave de la escuela.

—Te he entendido. —Nos reímos.

—¿Eres Shakira? —me preguntó una de las pequeñas causándonos una carcajada, porque no sabíamos de dónde había deducido eso y menos que yo era muy *curvi* para parecerme a ella.

—Lero lore lole —dije cantando y moviendo las caderas causando la risa de Esther y las tres pequeñas que nos tenían vigiladas y observaban con esa risilla suelta. Eran para comérselas.

—Bueno, vamos a dejar a Shakira un ratito tranquila para que se duche si quiere, se ponga cómoda, organice y, cuando quiera, que nos busque —dijo cogiendo a una de las pequeñas sobre su costado—. El baño es el que está aquí al lado, entre tu habitación y la mía.

—Vale —sonreí.

Me parecía genial tenerla en la cabaña contigua para cualquier cosa, aunque realmente aquí era fácil encontrar a cualquiera.

Me senté en el borde de la cama por unos segundos cuando me quedé sola. Tenía un montón de emociones que no había sabido sacar, pero, realmente me había impactado la llegada a la aldea, que estaba en plena selva, y el haber visto en los ojos de cada uno de los niños una nobleza que, hoy en día, era difícil de encontrar. Eran felices sin tener nada...

Se me iba a hacer raro el no poder mirar las redes y demás, solo lo podría hacer los días que saliéramos de la aldea que aprovecharía para subir contenido del que traje preparado, pero de todas maneras, acordé con David que, si no tenía noticias de mí tales días, y yo no había colgado nada, que lo subiera él que tenía acceso a mi cuenta.

Me levanté y comencé a deshacer la maleta, colocando todo en una especie de armario que había, cuando terminé, cogí las cosas para ir a darme una ducha, cambiarme y ponerme fresquita.

En la puerta del baño tenía un pelotón de niños esperando a que saliera. Me tuve que echar a reír. Eran unos curiosos que molaban muchísimo.

Entré en mi habitación a dejar la ropa sucia en una bolsa y salí con un montón de caramelos que fui repartiendo a todos los niños, y también a Guadalupe y Roberto, al que me presentó y era su marido, que estaba también en la aldea trabajando de manera fija todo el año con su mujer.

En total había diez niños y siete niñas. Luego en otras aldeas había más, pero en esta siempre estaba la cifra por debajo de veinte, por lo que Guadalupe me decía.

Me senté con Esther en uno de los banquitos del patio y los niños se agolparon sentados en el suelo a nuestro alrededor.

—Esto es lo que te espera a partir de ahora. Un montón de críos siguiéndote como si fueran tu sombra —dijo riendo y causando la risita en ellos.

—Yo soy el más bueno —dijo uno levantando la mano.

—No sé yo si creerlo —le dije observando esa noble sonrisilla con un aire de ser un poco pillo.

—No, él no, porque a veces se enfada —contesto una de las niñas que no debía de tener más de seis años.

—Eso es verdad —contestó Esther—. Que Eduardo hoy en clase tiró una tiza al suelo enfadado.

—Pero pedí perdón —se justificó.

—Ya, pero eso no es suficiente. El genio hay que aguantarlo —le contestó Esther a modo riña, pero reprimiendo su risilla.

—No lo voy a hacer más. —Se reía el muy diablillo.

—Ahora vamos a comer tortas rellenas —dijo una pequeña, refiriéndose a la cena, porque eran las ocho de la tarde por lo menos. Lo fascinante es que lo imaginaba ya que no tenía el móvil en las manos por no tener cobertura. Aquí se desarrollaban mucho más los sentidos e instintos.

—Qué bueno. —Hice como si se me hiciera la boca agua causando una risita en todos.

—Gracias a la ONG, la verdad es que comen muy bien y de calidad, porque llega la carne fresca y la verdura. Además, nunca les faltan los ingredientes para hacer el pan y las tortas. Hombre, que no se come como en tu casa y en la mía, que tenemos lo que queremos, pero que hambre no pasan y Guadalupe cocina muy bien.

—Lo que yo no entiendo es por qué viven aquí, y no en una casa del estado donde los cuiden.

—Aquí hay como una especie de acuerdo entre los indígenas y el gobierno. Todo niño nacido en la selva se queda en la selva pese a no tener familiares o haber sido abandonados.

—O sea, el gobierno respeta que aún queden estas tribus.

—Sí, en cierto modo, sí. No es que entienda mucho, pero algo leí.

—¡A comer! —gritó uno de los niños viendo aparecer a Guadalupe, que se reía escuchándolo y afirmaba.

—Cuando queráis —nos dijo a Esther y a mí.

Nos levantamos y fuimos con los niños a una sala que había paralela a la cocina y que estaba

techada como con paja. Parecía que no estaba acabada aún, o esa sensación me dio a mí.

Había varias mesitas y mientras Guadalupe iba sirviendo, cada niño cogía su plato e iba a sentarse. La verdad es que las tortas tenían una pinta espectacular y se me estaban antojando, cosa que un rato antes apenas tenía hambre.

Me senté con Esther a cenar, mientras que Guadalupe lo hizo con su marido, los niños se repartieron entre unos y otros.

—Está riquísima, gracias, Guadalupe —le dije desde mi mesa.

—Es un gusto cocinar para ustedes.

—Gracias.

—Es un amor, y el marido también. Además, que él siempre anda jugando con los niños y los cuida un montón. Está muy pendiente de ellos.

—Se ve que son muy buenas personas.

—Sí, sí. Además, muy predispuestos y atentos. Siempre andan ofreciéndose para todo.

Me caía muy bien Esther, era de esas personas que transmitían mucha confianza. Además, se intuía que era una de esas personas a las que se las veía venir. Me había dado muy buena corazonada.

Después de cenar nos llevamos a los niños a lavarse los dientes. Cada uno tenía un cepillo asignado con su nombre y le íbamos echando la pasta y vigilando que se los lavasen bien, o ayudando a los más pequeños que aún estaban un poco perdidos. Luego los hicimos ducharse de tres en tres, ya que era el número de habitáculos de ducha que había. Era para verlos con sus toallitas en las manos y su ropa limpia esperando su turno.

Una vez terminaron, nos quedamos con ellos en el patio de delante de las cabañas. Les contábamos historias que íbamos improvisando y que ellos se quedaban boquiabiertos y se reían también mucho. Al final, pillaron que todo nos lo estábamos inventando y comenzaron a seguirnos el rollo, aportando más historias que salían de su imaginación. Me lo pasé pipa, fue un rato de lo más divertido.

Los niños dormían en una especie de nave que estaba llena de muebles para la ropa y de literas. Me contó Esther que cada noche dormiríamos uno de nosotros con ellos.

—Esta noche se queda Roberto, ayer me quedé yo y mañana le toca a Guadalupe, así que tú pasado mañana.

—Perfecto.

—Verás, es muy divertido porque mientras cogen el sueño, no dejan de charlar y hay que

mandarlos a callar mil veces, pero siempre están soltando una de las tuyas.

—Me lo imagino —sonreí imaginándolo.

Tras dejarlos allí, Esther se fue a su habitación y yo me di un pequeño paseo por la zona antes de retirarme.

Había ido hasta la otra punta del mapa para olvidarme de cierto hombre del que estaba completamente enamorada, y ya sabía que me iba a costar un mundo conseguirlo.

Suspiré, caminé de regreso y me fui a la cama pensando que, si hubiera actuado de otro modo, si hubiera hablado con él, ahora no estaríamos separados y yo no lloraría por un amor que pudo ser, y no fue.

Capítulo 21



Desperté escuchando el revuelo de los niños corriendo de un lado hacia el otro. La noche anterior no me había costado quedarme dormida ya que estaba súper agotada del viaje.

—Buenos días, pequeñajos —dije saliendo y sintiendo ese calor asfixiante que producía la humedad. Menos mal que en la habitación tenía un ventilador gracias a los paneles solares que daban la electricidad a la aldea.

—Raniaaa —gritaban corriendo hacia mí, y yo no sabía si abrir los brazos o salir corriendo por si me tiraban al suelo.

Frenaron bien y a tiempo, pero abrazos me cayeron a montones, cosa que recibí encantada devolviéndolos con el mismo cariño que ellos le estaban poniendo.

Esther apareció con un café en la mano, pues venía de la cocina. Se sentó en un banco y me acerqué hasta ella que me esperaba sonriendo.

—Buenos días, guapa.

—Buenos días, bombón —me contestó sin perder la sonrisilla—. Me acabo de comer un dulce de leche que hizo Guadalupe y que te vas a chupar hasta los nudillos.

—Se nota que eres de mi tierra —dije por lo bruta que era expresándose.

—Nosotros hablamos tres idiomas: el español, el gaditano y el alto y claro. Sin rodeos, vamos. Además, rapidito, que nos comemos la mitad de las palabras para no alargar mucho las frases.

—Ni que lo jures. —Me reí—. Voy a probar el dulce y me traigo un café.

—Aquí te espero.

Saludé a Guadalupe, ya que a su marido ya lo había saludado en el patio que venía de arreglar una cosa de una de las dos aulas.

Probé el dulce y estaba de muerte. Le dije a Guadalupe que se estaba convirtiendo, junto a mi

madre, en mi cocinera favorita. Se rio mucho y no dejaba de darme las gracias y decirme que era un gusto. A educados no se les ganaba.

Salí con el café y me senté con Esther a tomarlo y fumarnos un cigarrillo mientras los niños correteaban de un lado hacia otro, pero en torno a nosotras esperando para entrar en las clases.

Yo me iba a quedar con el aula de los más grandes y ella con la de los pequeños, pero nos iríamos rotando cada día.

Me encantaba verme delante de la pizarra y a todos ellos sentaditos en sus pupitres mirándome sonrientes.

Y comencé a hablarles sobre los antónimos, lo opuesto o contrario a las cosas u opiniones. Les puse varios ejemplos que comprendieron de manera inmediata.

—Entonces, si yo digo la palabra abierto, ¿cuál sería el antónimo? —pregunté y todos levantaron la mano— Tú, Gabriela. —Señalé a una que siempre sonreía, pero hablaba poco.

—El «Antonio» —me tuve que reír cuando dijo eso— de abierto, es gracias, porque prevalece la educación. —Ya es cuando nos echamos a reír todos.

—Muy buena lógica, pero en este caso hablamos de antónimos, que no es lo mismo que Antonio —carraspeé y se rieron más, y ella también— y sería cerrado, ya que es lo opuesto a abierto.

—Y entonces el antónimo de mamá, es mamá.

—Creo que es mejor que os enseñe algunas palabras básicas de inglés —contesté conteniendo la carcajada y apretando los dientes.

—Rania, lo opuesto de bajar es subir ¿a qué sí? —preguntó con timidez una de las niñas, que parecía que se tomaba la cosa más en serio.

—Así es, menos mal que alguien responde con lucidez —dije meneando la cabeza a modo reprimenda, pero con gesto de estar bromeando.

—Rania, yo sé otro —dijo el revoltosillo.

—Te quedas sin caramelo como la lías —lo avisé.

—Que no, que es muy bueno.

—Venga, dilo.

—El antónimo de pollo...

—¡No lo digas! —Lo frené en seco y me eché a reír, pero creo que la mayoría, a Dios gracias, no lo entendió, pero a otros les vi una carilla que hasta me hacían dudar.

—La gallina, no es malo decirlo.

—Ah bueno, me quedo más tranquila. —Me puse la mano en el pecho.

Pasamos a los sinónimos y más de lo mismo, las comparaciones que intentaban hacer eran todas producto de la infancia, dulce infancia, esa que me sacaba una carcajada tras otra.

Se me pasaron las tres primeras horas volando y les dimos su recreo para que comieran un sándwich que les había preparado Guadalupe y para que luego jugaran un rato.

Nosotras nos tomamos un café que nos había preparado con una galletita con mucho amor Guadalupe y nos pusimos a charlar muertas de risa contándonos las anécdotas de la mañana con los niños.

Me tuve que echar a llorar de la risa cuando Esther me contó que uno de los pequeñajos le dijo que los niños se hacían con una chica en el suelo y el hombre en lo alto haciendo flexiones. La imaginación infantil era infinita.

Luego juntamos a los diecisiete en una misma clase formando un semicírculo sentados algunos en las sillas y otros sobre los pupitres.

Hicimos un juego que se le ocurrió a Esther y al que yo había jugado de pequeña. Era comenzar diciéndole una cosa en el oído a uno y ese repetirle lo mismo al otro y el otro, al otro, hasta el final.

Comenzamos diciéndole al primero que hoy íbamos a comer unas chocolatinas españolas. Cuando llegó al último y dijo lo que le había llegado, soltó que todos se iban a ir a España a comer helados. Lo que nos reímos no fue poco, y es que no llegó ni una sola frase en el contexto dicho.

No sé si en este primer día aprendieron algo o no conmigo, pero lo que sí tenía claro es que nos habíamos reído mucho, y eso creo que era muy importante para una adorable tribu que merecía disfrutar de cada día. Para aprender de verdad, tenían al profesorado que venía en las épocas escolares.

A la hora de la comida hacía un calor asfixiante, menos mal que en el comedor había unos ventiladores que algo aliviaba.

Guadalupe me tenía encantada con esas comidas que hacía con tanto amor y que estaban de vicio. A mí siempre me había gustado la comida mexicana, pero he de reconocer que, por mucho que la comamos en nuestro país, nunca es igual que cuando lo haces en el lugar autóctono.

Después de comer, los niños se fueron a jugar con los barriles de agua que tenían a la sombra para que se remojaran un poco y nosotras nos sentamos con cuatro de las niñas pequeñas bajo un sombrío donde se estaba medianamente bien.

Me sentía acalorada y triste, pero era mirar a esas pequeñas con las sonrisas de oreja a oreja

teniendo tan poco, que me daba cuenta la pobreza mental que yo tenía. Todo esto era una lección moral que no iba a olvidar nunca.

Cuando más se disfrutaba de la aldea era por la mañana en las clases que se estaba más a la fresquita, y por la noche, que jugaban, se duchaban, cenaban y todo era más llevadero.

Los días en la aldea fueron pasando y, con ellos se iba creando un vínculo mucho más grande, tanto con los niños como con Guadalupe y su marido, que eran unas personas increíbles.

Con Esther había hecho muchas migas y le había cogido un cariño infinito. Era un alma libre y trabajaba en España en restaurantes y bares, pero tenía un corazón de lo más grande.

Si algo estaba teniendo claro durante este tiempo, es que toda persona debería vivir una vez en su vida unas vacaciones solidarias que le permitiesen conectar con su ser interior y enriquecer su alma, tal como lo estaban haciendo conmigo en este momento.

Echaba mucho de menos a Anders y no se me quitaba ni un solo día de la cabeza, debo reconocer que muchas eran las noches que me abrazaba a la almohada llorando por un amor que me había hecho sentir lo que jamás había sentido por nadie.

Les estaba cogiendo tanto cariño a los niños de la aldea que me imaginaba lo que los iba a echar de menos cuando todo esto terminara.

Las clases las tenía como algo que me creaba un vínculo muy grande con ellos, siempre intentando que fueran dinámicas y participativas para todos.

Amor, eso era lo que me iba a llevar de aquí. Mucho amor y recuerdos innumerables que había dejado plasmados en mi retina y en mi corazón.

Pude ir dos veces a la ciudad con Esther y el marido de Guadalupe a comprar cosas y de paso contactar con mis padres, que se emocionaban de escucharme hablar sobre la aldea con ese cariño tan grande, y es que no era para menos.

Me acosté un poco triste sabiendo que en cuatro días todo terminaría y tuve que secarme cada una de las lágrimas. Sabía que en España, a pesar de tener a mis padres, iba a sentir un vacío muy grande porque aquí al menos estaba entretenida y rodeada de mil abrazos y sonrisas de lo más genuinas. Allí me faltaría el amor de un hombre que perdí por la imprudencia de creer a una persona con tan mal corazón en vez de darle a él la oportunidad de defenderse. Eso lo iba a pagar toda mi vida.

Capítulo 22



Los tres días completos que me quedaban en la aldea los quería vivir al cien por cien y hacer muchísimas más fotos para tenerlas en el recuerdo y no para las redes. Fotos y vídeos sin buscar la calidad y sí el momento que de verdad estábamos viviendo.

Fui a desayunar y me encontré por el camino a Esther, así que aprovechamos para coger una de las tortas tan ricas que había hecho Guadalupe y un café. Nos sentamos en el banquito del patio a desayunar mientras vigilábamos a los niños que jugueteaban y que ya habían desayunado, al menos, una buena parte de ellos.

Esther se quedaba quince días más después de que yo me fuera. Había ampliado la estancia porque decía que aquí tenía la paz que tanto anhelaba. Amaba a los niños y se notaba en la forma en que los trataba. Siempre andaba abrazándolos y cogiéndolos en brazos, cosa que yo también, pero ella tenía un don especial.

Graciela, una pequeñita que era mi sombra por completo, vino después de desayunar y nos traía una galleta a cada una de las que nos daban a la hora del recreo y que ella habría cogido porque le había nacido hacerlo para traérnosla. Cosa que le agradecemos porque nos encantaba.

—Espero que no estén contadas y justas para luego —dije riendo mientras la mordisqueaba y gemía de placer con el sabor tan rico que tenía.

—¿Hoy qué vamos a aprender, Rania? —me preguntó la pequeña, ya que le tocaba conmigo.

—No sé, ya improvisaremos, pero será divertido.

—Sí —decía mirándome con la sonrisilla de oreja a oreja—. Y con números es divertido.

—Pues hoy nos tiramos a las matemáticas. —Le acaricié la mejilla.

La clase comenzó cuando todos tomaron su asiento y se quedaron en silencio.

—Hoy vamos a dar matemáticas y lo haremos a base de problemas. Así que, por favor, prestad atención a cada una de mis palabras para poder resolverlo y, como siempre, se levanta la mano y no se dice nada hasta que yo señale al que deberá de contestar. ¿Entendido? —Puse los brazos en

jarra y la cara como de enfadada.

Todos contestaron que sí, pero muertos de risa. Sabían que yo no me enfadaba nunca con ellos. ¿Qué clase de persona podría hacerlo?

—Bueno, primer problema y va a ser el más fácil de todos. Atentos: si tengo cuatro bombones y me como uno, ¿cuántos me quedarían?

—Ninguno, te los acabarías comiendo todos —contestó esa voz tan conocida que me paralizó por completo y que me hizo dirigir la mirada hacia la puerta del aula, que era de donde provenía. Todos los niños también se giraron.

Anders, era Anders y venía hacia mí ante la atenta mirada de todos los niños, que sonreían al ver una cara nueva. Yo era incapaz de moverme ni de gesticular una palabra, solo lo veía acercarse hasta mí con una sonrisa. Se colocó a mi lado.

—¿No me vas a presentar?

—Sí —murmuré nerviosa y miré hacia los niños—. Él es Anders, de Noruega, un país al norte de Europa. Tiene treinta y nueve años y es un empresario de éxito de algunas firmas muy reconocidas, la principal la que lleva su nombre.

—Gracias, Rania, pero mejor me presento yo. —Me hizo un guiño—. Buenos días, pequeñajos. Estoy muy contento de estar aquí. Independientemente de cómo me presentó Rania, hay una parte más importante de mí y en la que estáis involucrados —les hizo un guiño.

»Hace seis años comencé un proyecto que hoy está desarrollándose en bastantes partes del mundo y, cómo no, aquí también. Siempre estuve convencido y lo estaré hasta el último de mis días, de que todo el mundo tiene derecho a vivir un poquito mejor, de ahí a que se me ocurriera poner mi granito de arena.

»Uno de los puntos que me propusieron fue el de las tribus indígenas de esta zona y los niños que estabais un poco más vulnerables, motivo por el cual me puse manos a la obra y creé varias aldeas por esta zona, como por ejemplo esta. —En este punto, las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas.

»Poquito a poco, estoy consiguiendo que sean más empresas y personas las que confíen en nuestra ONG para daros un poquito más de calidad de vida. Nuestra función es que no os falten las atenciones necesarias, el aseo o la comida, dentro de las posibilidades que da la selva, lugar que para vosotros son vuestras tierras.

»Estoy muy contento de venir hasta aquí y ver otro de los lugares que se crearon a partir de mi proyecto. Siento deciros que tendréis que aguantar tres días y medio al jefe en la selva —dijo causando más risillas. Estaban todos flipando, pero no tanto como yo.

—Pues no sé qué decir —murmuré mirando a los niños y temblando como un flan.

—Eres el jefe —le dijo Bruno, uno de los más tímidos.

—Digamos que soy el padre que tiene que velar porque a sus niños no le falte un plato sobre la mesa —murmuró con una sonrisilla.

—¡Papá! —gritó Fernanda causándonos otra carcajada en medio de todas esas lágrimas que no me dejaban de salir.

—Pues entonces será papá quien os ponga el siguiente problema. Atentos —dijo imitándome y lanzándome otro guiño de ojo.

—Adelante —murmuré sonrojándome por completo.

—Si yo tengo ahí fuera una nevera portátil, con un montón de helados esperando para que lo disfrutéis. ¿Cuántos helados creéis que puede haber?

—¡Correr! —gritó Osvaldo haciendo que todos le siguieran, y avisando a los de la clase de al lado.

—¿Es verdad?

—¿Me ves capaz de jugar con sus sentimientos? —Puso una de sus manos rodeando mi cintura y dejándome casi sin aliento.

—No —murmuré perdida en la mirada penetrante que tenía puesta en mí.

Y me besó sin previo aviso y volviendo a poner todos mis sentimientos patas arribas. Lloré perdida en un beso que estaba siendo el bálsamo que necesitaba para hidratar mi vida.

—¿Me has perdonado? —pregunté aún en sus brazos y sin dejar de llorar.

—Te he perdonado y me he perdonado por dejar ir a la persona que más he amado de este mundo, sin contar a mi hija, que su amor no es comparable con nada —sonrió.

—Pues mira dónde vine a parar, a otra colaboración contigo.

—Siempre, solo haces mis colaboraciones. —Me acarició la mejilla.

—No, que también hago para otras marcas. —Me reí.

—Porque no sabes quién es el dueño. —Carraspeó.

—¿Me estás diciendo que todas las colaboraciones que hice son tuyas?

—Te estoy diciendo que me fijé en ti mucho antes de lo que imaginas, cuando eras más joven y estabas abriéndote paso. En ese momento no te miraba de la misma manera en que lo hago ahora, pero llamabas mucho mi atención y me encargué de que fueras la imagen de todos mis negocios —me confesó mientras echaba un mechón de mi pelo hacia atrás.

»Fue cuando ella me dejó que comencé a verte de otra forma y cada vez me llamabas más la atención como mujer, no como imagen, por eso preparé el evento en el que nos conocimos. Esa era mi intención.

—No me lo puedo creer —murmuré apoyando la frente en su pecho—. ¿Tenías todo esto planeado?

—Lo de que te vinieras a la selva para olvidarme, no. —Rio—. El tema de conquistarte... —Se encogió de hombros y la que reí, fui yo.

—¿Y la pequeña?

—En buenas manos, no te preocupes. Está deseando de verte. No le dejé ni un día de hablar de ti.

—¿Tú sabías desde el primer momento que yo estaba aquí?

—Claro, me avisaron inmediatamente de que querías hacer esa colaboración y pedí que te pusieran todo lo más cómodo posible.

—No sé qué decir, Anders.

—Ya lo has dicho todo con tus actos. Queriendo ir a coger aires nuevos a un lugar como este habiendo tenido la posibilidad de haber ido a lugares increíbles y cómodos. Eso demuestra que no querías ir a disfrutar ni a buscar el sustituir lo que habías perdido, que lo que necesitabas era encontrarte a ti misma e impregnarte del amor del prójimo. Eres una persona de verdad. Todo corazón, Rania. —Me abrazó con mucha fuerza.

—¿Y por qué has venido hasta aquí?

—¿Todavía no te ha quedado claro? —Se reía mirándome con esos ojos brillantes—. He venido por ti y no lo hice antes para que vivieras esta experiencia que sé que se te quedará marcada para siempre. Quería que la vivieras primero tú y hacerlo yo contigo en la recta final. He venido a por ti porque no quiero pasar un día más sin estar a tu lado. —Acariciaba mi mejilla y me hablaba muy cerca de mis labios. Luego los besó.

—Raniaaaa, correee, que hay muchos helados —gritó Graciela desde la puerta y llevándose las manos a la boca al vernos abrazados.

—Ya voy, cariño —sonreí.

—Creo que muy temprano he dado la idea —murmuró apretando mi nalga.

—Creo que les vas a dar unos días de demasiadas sorpresas. Conociéndote. —Me reí.

Esther se quedó a cuadros al ver a Anders y además que sabía por encima un poco de la historia y de haber visto fotos en mi móvil que yo le había enseñado durante estos días cuando me desahogaba con ella.

—Hola, soy Anders. —Este le extendió la mano sonriente ante la cara a cuadros de ella.

—Yo Esther. Encantada.

—Es el fundador de esta ONG —le dije cuando su cara fue aún de más asombro—. Yo también me he quedado así.

—Gracias por tu voluntariado —le dijo Anders.

—Estoy flipando en colores de todos los tonos —soltó causándonos una carcajada.

Los niños se agolparon en el patio alrededor de nosotros tres mientras disfrutaban de sus helados e iban a repetir y todo. Guadalupe y su marido también los estaban comiendo y no dejaban de darle las gracias a Anders, que sí que sabían quién era, pero que en ningún momento anterior lo relacionaron conmigo. Además, que se habían enterado de su llegada con su aparición un rato antes, hasta entonces, no habían tenido constancia de que iba a venir.

—Tengo algo que anunciaros —dijo Anders en alto y causando la atención de todos ellos—. Esta noche hay fiesta, luego nos traerán todo lo necesario para que disfrutemos de ella. Habrá cócteles y todo. Además de un DJ que vendrá a animar la noche.

—¿De verdad? —le pregunté asombrada.

—¿Sigues sin confiar en mí? —Carraspeó mirándome de lado y a mí se me forjó una sonrisa.

—Pero hoy debes estar cansadísimo.

—Me pasé todo el vuelo durmiendo. —Me hizo un guiño.

Roberto le instaló una cama en mi habitación y Anders la pegó a la mía atándole las patas. No hacían falta las palabras.

Nos besamos antes de volver a salir y no hablábamos, lo hacían nuestros ojos y la emoción que se transmitía en ellos. Ahora sí que me sentía la *curvi* más deseada por el mejor hombre del mundo.

Los niños estuvieron todo el día revolucionados, ya que estaban llegando las cosas para la fiesta. Iba a haber hasta dos barras. Llegó bebida y comida para que hoy todo el mundo disfrutase. Lo mejor de todo que hasta ropita chulísima y de lo más divertida para los niños que se volvieron locos eligiendo lo que se pondrían para la fiesta.

Vino un DJ, un grupo de animación y tres jóvenes para servir las bebidas y colocar los platos con todo el surtido que había elegido Anders y que, por supuesto, era todo tradicional de México. Lo que más nos gustó a Esther y a mí, fueron las cervezas frías que llegaron y que comenzamos a beber como si no hubiese un mañana. Apetecían un montón.

Anders estaba ayudando y pendiente a todo, al igual que Roberto, quien no podía quedarse de brazos cruzados. Guadalupe, Esther y yo bailábamos con los niños, y yo lucía en mi rostro una sonrisa diferente. Estaba viviendo el momento de otra manera, con el corazón lleno de alegría en lugar de tristeza como había sido hasta entonces. No podía creer que algo tan bonito me estuviera pasando a mí y que la vida me hubiera vuelto a poner en el camino al hombre que amaba con

todo mi corazón.

Esa noche lo hicimos tres veces, no había manera de separarnos ya que la necesidad del uno hacia el otro estaba latente en todo momento. Creo que cuando fuimos a desayunar y comenzar el día, apenas habíamos dormido un par de horas.

Me senté con Esther a tomar el café como siempre ya que Anders quería ir a la ciudad con Roberto a encargarse de comprar varias cosas que vio que necesitaba la aldea y que encargaría para que trajesen.

La noche anterior resultó ser todo un soplo de aire fresco para la aldea, que vivió unas horas muy divertidas y diferentes. Fue como un regalo inesperado de la vida.

Anders se dedicó el resto de los días a demostrarme con cada beso y abrazo todos esos sentimientos que tenía hacia mí, pero, sobre todo, se esforzó por darle un poco más de vida a la aldea, proporcionando una gran cantidad de utensilios y cosas para hacerles la vida más cómoda a todos.

Todos le cogieron un cariño enorme y es que se dejaba la piel y el alma por los demás. Hizo un montón de cosas que solo podían salir del cariño.

La mañana en que nos despedíamos de todos, lloré un montón abrazando a cada uno de ellos. Era como si dejara allí una parte de mi corazón en donde había encontrado una familia diferente. Con Esther quedé en que nos veríamos en España. Obviamente a ella la tenía cerca.

Ander y yo nos montamos en el coche que nos iba a llevar al aeropuerto y acarició mi mano al verme tan triste y llorando. Me dolía mucho esta despedida porque aquí había aprendido el verdadero significado del valor de muchas cosas que no tenían que ver con lo material. Esto había sido toda una experiencia de vida.

Por otro lado, estaba feliz de regresar de la mano del hombre que pensaba que había perdido y que ahora estaba acariciando mi piel y mi alma. No solo eso, había descubierto que ya se había fijado en mí mucho antes de que yo lo conociera. Así de sorprendente era la vida y el amor.

Estaba deseando contarles a mis padres que todo estaba bien y bonito. Mi paz era la paz de ellos y eso quería transmitirles, que no solo estaba en paz, estaba feliz también por todo lo vivido.

Capítulo 23



Abordamos al avión y nos sentamos en primera clase, tal como había hecho el viaje hasta México.

Lo primero que hizo Anders cuando nos ofrecieron la copa de champán fue acercar la suya a la mía y chocarlas a modo brindis.

—Por los nuevos comienzos —dijo mirándome fijamente antes de dar un sorbo.

Sí, de eso no tenía dudas, a partir de ese momento comenzaba la vida para ambos, una que tenía ganas de experimentar.

Minutos después de que el avión despegara, Anders entrelazó nuestras manos y le noté un poco nervioso.

—¿Qué te pasa? Y no me diga que es miedo a volar, que no me lo creo —sonreí.

—No, no es eso. Verás...

—Uy, eso me da miedo a mí. A ver con qué me sales.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—Matrimonio no, que estamos en el aire y no puedo salir corriendo.

—Vale, nada de matrimonio. —Rio—. Quiero que te vengas a casa conmigo.

—Claro, puedo pasar unos días allí, no hay problema. Así hago contenido para las redes.

—Me quieres por mi casa, lo tengo claro —suspiró.

—Por tu jardín sobre todo, sí. —Elevé ambas cejas.

—Pero no me refería a unos días, Rania.

—Ah, ¿no? —Fruncí el ceño.

—No. —Me acarició la mejilla—. Quiero que te vengas a vivir conmigo.

—¿A vivir contigo? Pero, o sea, en plan... ¿para siempre?

—Sí, preciosa, para siempre.

—Pero cómo va a ser eso, si acabamos de reconciliarnos.

—Pues precisamente, porque ya que estamos juntos, quiero que estemos juntos de verdad.

—Anders, que acabas de empezar a vivir con tu hija...

—Y quiero vivir con mi chica también. Quiero vivir con las dos mujeres más importantes de mi vida.

—Que no te escuche nunca tu madre decir eso. —Reí.

—Ella ya lo sabe —sonrió de medio lado— y mis hermanas también, ¿o quién crees que me animó a coger un vuelo hasta la aldea?

—Ni siquiera me conocen.

—Saben de ti lo suficiente.

—¿Cómo me voy a ir a vivir contigo? No sabes si tengo manías, ni nada por el estilo.

—¿Eres muy diferente a como te vi esos días que pasamos juntos?

—No, soy tal cual vistes.

—Entonces, te conozco perfectamente. —Se llevó mi mano a los labios para besarla—. Qué hacemos entonces, ¿pasamos por tu casa a recoger tus cosas y nos vamos a Sotogrande?

—¿Ya?

—Mujer, cuando lleguemos a España. —Río.

—Sí, bueno, o sea, a eso me refería. Es que, no sé, pensé que me darías unos días para pensarlo, hacer la mudanza...

—Dime una cosa, ¿me quieres?

—Más de lo que imaginas —sonreí.

—Pues a mí con eso me basta. Recogemos lo que necesites y te vienes, ya haremos la mudanza.

—Madre mía, de no querer verme, a que me mude contigo.

—Es lo que tiene estar enamorado, preciosa, que lo he pasado mal estando separados y no quiero volver a estar ni un día más sin ti.

—Veremos cómo sale luego todo esto, pero vale, me voy a vivir contigo —sonreí.

—Y con Valeria, que te va a querer tanto como yo. —Me dio un beso y sentí que me embargaba una emoción enorme.

Iba a dar un gran paso, no había duda, pues en cuanto pusiéramos un pie en España sería el pistoletazo de salida para esos nuevos comienzos que había mencionado.

Pasamos el vuelo hablando de lo que cogería en casa y lo que dejaríamos para la mudanza, así como de mi apartamento.

Fue comprado en propiedad y no quería desprenderme de él, porque ¿qué pasaría si lo nuestro no funcionaba? Sabía que siempre podría volver a casa de mis padres o alquilar algo en la ciudad, pero ya que lo tenía, lo convertiría en una inversión y lo pondría en alquiler. En caso de que la historia de amor entre el CEO y la *curvi* fracasara, regresaría a mi casa.

Durante el vuelo, también aproveché para descansar un poco y recordar los momentos que viví en la aldea con esos niños. Me llevaba un montón de recuerdos que nunca olvidaría, así como fotos que siempre me sacarían una sonrisa.

Cuando aterrizamos, cogimos el equipaje y nada más salir del aeropuerto encontramos a su chófer esperándonos, guardó las maletas en el coche y pusimos rumbo a mi casa.

Íbamos de camino cuando pensé en mis padres, en qué dirían al saber que había decidido irme a vivir con Anders, ese hombre al que odié, pero que amaba con todas mis fuerzas.

—Estás pensando más de la cuenta —dijo cogiéndome la mano.

—Pensaba en mis padres, en que tendré que llamarles para decirles que me mudo.

—¿Y por qué mejor no vamos a decírselo?

—Espera, ¿has dicho, vamos? —Arqué la ceja.

—Ajá. Quiero conocer a tus padres.

—La cosa se pone seria, entonces.

—La cosa ya es seria, preciosa. No estoy jugando. —Me hizo un guiño y reí negando.

Llegamos a mi casa y recogí toda la ropa que pude, productos de belleza y cosas que pudiera necesitar, al menos, para pasar esos primeros días en la casa con Anders, ya volvería para

organizar todo lo demás y preparar la mudanza.

Cuando le dije que iba a poner el apartamento en alquiler, le pareció una buena idea lo de tenerlo como inversión, incluso se ofreció para ayudarme a encontrar una inmobiliaria que moviera todo el tema.

En cuanto tuve mis cosas en varias bolsas de deporte que tenía por casa y maletas de algunas firmas que promocionaba y me habían regalado, regresamos al coche donde su chófer nos esperaba fumando un cigarrillo y hablando por teléfono.

—Vamos a ver a tus padres —dijo nada más sentarnos.

—¿Ahora?

—¿Qué mejor momento que este? —sonrió.

—Les va a dar algo, yo te aviso —le señalé.

Pero antes de ir a ver a mis padres, le pregunté si podíamos pasar a ver a Alejandra, cosa que accedió sin problema.

Le puse a ella un mensaje para que fuera a la cafetería y me esperase allí, y al verme llegar se lanzó a mis brazos con un grito de alegría.

—Que ya estás de vuelta. —Me apretó con todas sus fuerzas.

—Sí, y con noticias —dije apartándome, miré hacia el coche y Anders sonrió al tiempo que saludaba.

—Oh. Dios. Mío —dijo ella, haciendo que me saliera una carcajada—. Dime que no estoy alucinando ahora mismo.

—No, no estás alucinando. Anders está ahí esperándome.

—¿Ha ido a recogerte al aeropuerto en plan sorpresa?

—Se presentó en México.

—¡Hostias! Eso sí que no me lo esperaba. Entonces, ¿os habéis arreglado?

—Y tanto, como que me ha pedido...

—¡Te casas! —exclamó con los ojos muy abiertos.

—No, loca. —Reí—. Me voy a vivir con él.

—Bueno, hoy en día vivir en pareja es como estar casados —sonrió—. Madre mía, nena, me alegro mucho. —Volvió a abrazarme.

—Ven, anda, que te lo presento —sonreí y nos acercamos al coche.

Anders saludó con un par de besos a Alejandra y ella le dijo que más valía que me cuidara mucho o se las vería con ella, a lo que le respondió que no se preocupara porque iba a tratarme como la reina que era.

Acabamos tomando café con ella y antes de ir a ver a mis padres, también nos acercamos a casa de David para contarle todo.

—Pues me alegro por ti, Rania —dijo abrazándome tras saber que Anders y yo lo habíamos arreglado y empezábamos una nueva etapa en su casa.

—Gracias, David. Ya te daré la dirección para que vengas allí a trabajar.

—Hombre, faltaría más. Que yo soy tu fotógrafo de por vida, vamos. —Volteó los ojos—. Que sí, que es tu chica —miró a Anders—, pero antes fue mía y siempre lo será.

—Me hago cargo —contestó Anders con una amplia sonrisa.

—Os deseo toda la felicidad del mundo, porque sin duda alguna, ambos la merecéis.

Nos despedimos poco después de él, y esta vez sí, pusimos rumbo a casa de mis padres, quienes estaba segura de que iban a quedarse impactados cuando me vieran aparecer con Anders.

Capítulo 24



Le pedí a Anders cuando llegamos que se quedara en el coche esperando a que le avisara, cosa que accedió sin problema después de besarme.

Cuando mi madre abrió la puerta y me vio delante de ella, gritó emocionada al volver a verme después de tantos días lejos de casa.

—¡Ay, mi niña! Pero, qué alegría verte, y qué guapa estás. —Me dio un abrazo y un montón de besos en la mejilla—. Pasa, pasa, que llegas a tiempo para comer.

—Primero quiero ver a papá —dije, aunque lo que necesitaba hacer primero era hablar con ellos.

Me llevó al salón donde estaba mi padre viendo la televisión, y en cuanto me vio, sonrió emocionado poniéndose en pie para acercarse y darme un abrazo.

—¿Qué tal te ha ido, hija? —preguntó.

—Muy bien, ha sido una experiencia preciosa y enriquecedora.

—Me alegro. Te quedas a comer, ¿verdad?

—Y a pasar unos días —dijo mi madre—, pero no has traído maleta.

—¿Puedo hablar con vosotros un momento?

—Hija, qué sería te has puesto —contestó mi madre.

—Si vas a decirnos que has decidido irte a vivir a aquella aldea como misionera, nos das un disgusto porque no vamos a poder verte tan a menudo.

—No, papá, no es eso —sonreí—. Pero tiene que ver con la aldea.

Y así fue como empecé a contarles todo lo ocurrido días atrás con Anders, nuestra reconciliación, el vuelo de vuelta y el momento en el que me pidió irme a vivir con él.

—Y le he dicho que sí —sonreí.

—¿Ves cómo te dije que, si ese hombre era para ti, volvería? —Mi madre sonrió al tiempo que me acarició la mejilla—. ¿Estáis felices?

—Sí —respondí.

—Pues tu padre y yo nos alegramos por ti, cariño. Cuando quieras vienes con él a comer, que estaremos encantados de conocerle.

—Bueno, de hecho... —Le mandé un mensaje a Anders, tal como le había dicho, y poco después sonó el timbre de la puerta.

Mi madre al ver mi sonrisa suspiró negando, intuyendo que se trataba de él.

Abrí, me dio un beso nada más entrar y, cogidos de la mano, fuimos al salón donde se lo presenté a mis padres.

Decir que quedaron encantados con él era quedarse corta, y no dejaron de halagarle y decirle lo orgullosos que estaban de mí.

Comimos con ellos esa caldereta de carne con patatas que había preparado mi madre y que le salió buenísima, y, cómo no, acabó llenándome varios táperes con eso, croquetas, tomate frito, salmorejo y hasta pescado que tenía del día anterior.

—Ahora solo falta que vengáis un día con la niña para que la conozcamos —dijo mi madre cuando nos despedimos de ellos en la puerta antes de irnos.

—Cualquier día os llama Rania y venimos, o nos presentamos de sorpresa —contestó Anders.

—Tranquilo por eso, que estamos más que acostumbrados a que ella venga sin avisar —comentó mi padre volteando los ojos.

Subimos al coche y fue cuando caí en el chófer, me preocupé por si no había comido y me dijo Anders que le había dicho que se fuera a comer y se quedó esperándonos en la calle.

Durante el camino hasta Sotogrande me acabé quedando dormida, y es que, entre los días en México, el vuelo y que me había llenado con la comida en casa de mis padres, necesitaba echar una cabezadita.

Cuando Anders me despertó estábamos parados frente a la puerta de la casa, me froté los ojos y en ese momento me entraron sudores fríos.

—Ay, Anders, que tu hija está en la casa.

—Sí, ¿y? —sonrió.

—¿Cómo que, y? Pues que soy una extraña, que me voy a meter en vuestras vidas...

—No eres ninguna extraña, eres mi mujer.

—¿Cuándo nos hemos casado que no me acuerdo de eso? —Elevé ambas cejas, y soltó una carcajada.

—Es una manera de hablar, preciosa. Vamos.

Me cogió de la mano, salimos del coche y cuando entramos en la casa, no tardé en escuchar los pasitos cortos pero ruidosos de la niña.

—¡Papi! —gritó al verle.

—Hola, mi vida. —Anders la alzó en brazos y se fundieron en un abrazo que me sacó una sonrisa.

La niña le dio varios besos en la mejilla, al igual que hacía él, y empezó a dejar salir una risita floja que me contagió aún más a mí.

—Valeria, ¿te acuerdas de Rania? —le preguntó girándose para mirarme.

—Hola, princesa. —Me acerqué y le acaricié la mejilla.

—Hola. ¿Amiga? —Curioseó mirando a su padre.

—Sí, es mi amiga Rania.

—¿Mía?

—¿Quieres que sea tu amiga también? —le preguntó él.

—Sí —respondió con una sonrisa y esos ojos celestes muy abiertos.

—Pues entonces también es amiga tuya.

—¿*Pistina*? —dijo mirándome.

—Quiere saber si vas a la piscina con ella.

—¿Quieres que nos demos un baño? —le pregunté, y ella asintió— Pues entonces vamos a la piscina —sonreí.

—Voy a ponerle el bañador —me dijo Anders que se inclinó para besarme, y cuando se apartó, vimos que la niña tenía el ceño fruncido.

—Como me des muchos besos delante de ella, vas a tener que explicarle que no soy solo una amiga tuya. —Reí—. Y eso será toda una aventura.

—Pues le digo la verdad. —Se encogió de hombros y me reí aún más.

Mientras él le ponía el bañador a la niña en su habitación, yo fui a la de Anders, ahora nuestra, donde el chófer y el servicio habían dejado mis cosas, para ponerme un bikini.

Cuando salí al jardín los encontré a los dos en la piscina, cogidos de la mano y esperándome con una sonrisa.

La niña llevaba un bañador precioso en rosa con estrellitas amarillas, y Anders le había puesto un flotador blanco con unicornios todo alrededor.

Él llevaba uno de sus bañadores y al verle desnudo, sentí algo por todo el cuerpo al tiempo que me mordisqueaba el labio de manera inconsciente.

—Si sigues comiéndome con los ojos de ese modo, vamos a tener que darle muchas explicaciones a la niña —dijo arqueando la ceja.

—Pues no salgas así vestido, que vas provocándome —resoplé.

—¿Yo te provoco?

—Ajá.

—¿Te has visto, preciosa? —cuestionó cuando me acerqué, rodeándome con un brazo por la cintura— Con ese bikini, tú me provocas a mí —murmuró antes de mordirme el labio y besarme después.

Por el rabillo del ojo vi que la pequeña no fruncía el ceño, sino que tenía una sonrisilla de oreja a oreja.

Y cuando la escuché decir la palabra que salió de su boca, me quedé paralizada.

—Novia. —Se rio.

—¿Qué acaba de decir la niña? —le pregunté.

—Que eres mi novia.

—Por Dios, que tiene tres años, ¿cómo va a saber eso?

—Porque se lo he dicho yo.

—¿Y por qué?

—Ya te lo dije, cuando preguntara, le diría la verdad. —Volvió a besarme con un piquito—. Eres mi novia, no una simple amiga, y quiero poder besarte delante de mi hija sin que tengas miedo de que nos vea.

—Anders... —suspiré mientras negaba.

—Vas a estar en nuestras vidas, Rania, y este es el modo en el que quiero que lo estés, como mi pareja, como si mejor amiga y referente en la vida para que crezca siendo una buena mujer, como tú.

—Me vas a hacer llorar —murmuré apoyando la frente en su hombro.

—Papi, *pistina* —dijo Valeria.

—Sí, cariño, vamos a la piscina.

Anders me dio un último beso en los labios, se giró llevando a la niña de la mano y, cuando llegaron a la zona de entrada al agua, ella se giró mirándome y, con una preciosa sonrisa que me terminó de conquistar, me tendió una mano para que me acercara.

—Rania, *pistina* —me dijo.

—Ay, mi niña, que me da a mí que no me voy a querer ir nunca de esta casa, porque me acabo de enamorar de ti por completo. —Le cogí la mano y me puse en cuclillas para mirarla a los ojos, con los míos vidriosos—. ¿Cómo puede alguien renunciar a algo tan bonito como tú?

—¿Triste? —preguntó.

—No, preciosa. —Me sequé las lágrimas que aún no habían brotado del todo de mis ojos—. Feliz, mi niña, muy, muy feliz, porque te tengo en mi vida.

La abracé, ella soltó la mano de su padre y rio echándome sus bracitos por el cuello, con ese flotador de por medio.

Miré a Anders y vi sus ojos igual de vidriosos que los míos, pero sabía que eso que tenía ante él era lo que quería, a las dos mujeres más importantes de su vida juntas.

Y en ese momento le hice una promesa a la niña, asegurándole que nunca dejaría de quererla.

Capítulo 25



Esa mañana de septiembre acabábamos de aterrizar en Oslo y no se me quitaba la sonrisa de los labios.

Cuando Anders me propuso hacer aquel viaje para conocer a su familia, acepté encantada puesto que me apetecía mucho, pero debía admitir que estaba nerviosa por tal acontecimiento.

Lo bueno fue que invitó a mis padres también a ese viaje, y es que, desde que en julio los había conocido, se llevaban de maravilla, y ellos le tenían muchísimo cariño.

Y ya no digamos a la pequeña Valeria, a quien querían con locura como si de su propia nieta se tratase, dado que ella les llamaba «abelo» y «abela» y a ellos se les caía la baba.

A mí me llamaba mami, y la primera vez que la escuché, me hinché a llorar como una magdalena. La quería muchísimo, era mi princesita y me tenía robado el corazón desde que la vi por primera vez.

A la salida del aeropuerto un chico de unos veinticinco años se acercó a Anders, tras saludarle nos lo presentó como Erick, el chófer de sus padres, y nos subimos al coche que nos esperaba para llevarnos a la casa.

Mis padres habían insistido en quedarse en un hotel, no querían molestar a sus padres y darles demasiado trabajo, pero Anders dijo que no se preocuparan por nada, que espacio en la casa había, y mucho.

Y tanto que sí, porque aquello no era una casa normal, ni mucho menos, era una mansión de película, directamente.

Si la que tenía él en Sotogrande me había dejado impactada, esta no se quedaba atrás.

Fachada de piedra antigua, tejados negros, un precioso jardín delantero con un camino de arena desde las verjas negras de la entrada hasta la casa, bordeado por árboles y flores de todos los colores.

Cuando llegamos a la puerta vi salir a sus padres, a quienes reconocí por las fotos, y me puse aún

más nerviosa.

Anders fue el primero en salir, iba sentado delante con Erick y habían pasado el camino hablando de la familia, por suerte en español, algo que me sorprendió gratamente.

—Hija, tranquila que no te van a comer —me dijo mi madre con una sonrisa.

—Ya, ya, pero... que son mis suegros. ¿Y si no les gusto?

—¿Le gustas a él? —preguntó mi padre señalando a Anders con la cabeza.

—Sí, eso dice —sonreí.

—Pues ya está. —Se encogió de hombros.

Y nos quedamos allí dentro del coche, con la pequeña en mis brazos, observando la escena que teníamos delante.

Anders se fundió en un precioso abrazo con sus padres. Elyna estaba visiblemente emocionada de tener allí al fin a su hijo, y cuando miró hacia el coche, él asintió y regresó.

—Hora de conocer a la familia, preciosa —me dijo con un guiño mientras cogía a Valeria en brazos.

—Mami —murmuró ella.

—Sí, hija, ella también viene. —Anders le dio un beso en la mejilla y esperó junto a la puerta a que yo bajara.

Tomé una gran bocanada de aire, lo solté, y salí del coche con los nervios agarrados al estómago.

—Es guapísima. —Escuché murmurar a Elyna, y cuando miré hacia la entrada a la casa, vi que ambos venían hacia el coche.

Mis padres también bajaron para conocer a sus consuegros, y eso me hizo sentir un poquito menos nerviosa.

—Mamá, papá, ella es Rania —dijo Anders, que me había cogido de la mano—. Rania, ellos son Anders y Elyna, mis padres.

—Encantada —sonreí.

—Ay, hija, dame un abrazo. —Elyna se lanzó a por mí con los brazos abiertos y me apretó con tanta fuerza que sentí que me quedaba sin aire. Acabé sonriendo y le correspondí al abrazo con los ojos cerrados. Esa mujer era como mi madre, de lo más maternal y cariñosa—. Bienvenida a tu casa y a la familia.

—Gracias.

—Rania, no sabes cuánto nos alegramos mi mujer y yo de conocerte por fin. —El padre de Anders también me abrazó y me dio un par de besos—. Y ellos deben ser tus padres —dijo con una sonrisa—. Bienvenidos, y, por favor, sentíos como si estuvierais en vuestra casa.

—En nuestra casa, no, que esto para nosotros es como un hotel de cinco estrellas —dijo mi madre.

—Ay, mamá. —Reí.

—Rania, hija, deja que tus padres digan lo que quieran. Nosotros somos gente normal, no de esos que porque tienen dinero son un poquito... estúpidos —murmuró Elyna—. Julia, Ernesto, nuestra casa es vuestra casa —sonrió y le dio un abrazo a cada uno—. Y ahora me vais a permitir comerme a besos a mi nieta, que hace mucho que no la veo.

Se le escaparon algunas lagrimillas cuando la cogió en brazos, su marido las abrazó a ambas y hasta mi madre y yo nos emocionamos al ver aquella estampa.

No nos cabía en la cabeza cómo podía haber gente de corazón tan negro y podrido como para no permitir a un padre y unos abuelos ver a su hija y su nieta.

Vimos salir de la casa a algunas chicas que Anders me dijo que eran del servicio, se encargaron de nuestras maletas junto con Erick, el chófer, y entramos siguiendo a sus padres que nos dieron un recorrido por ella.

Contaba con diez habitaciones, todas amplias y equipadas con vestidor y cuarto de baño propio. Además, había un salón enorme con chimenea, varios sofás y estanterías llenas de libros. También contaba con una vitrina donde exhibían fotografías de toda la familia.

Al atravesar una puerta, te encontrabas con el comedor, era una amplia estancia con una gran mesa rodeada de sillas, un aparador y muebles con platos y copas. Además, dos de las paredes estaban cubiertas por grandes ventanales que llegaban desde el suelo hasta el techo, proporcionando una luminosidad increíble.

La cocina era una maravilla, mi madre, nada más verla, dijo que allí iba preparar unas paellas deliciosas y mis suegros se echaron a reír.

Cuando salimos al jardín trasero mi padre lo primero que pensó fue que allí tenía sitio más que suficiente para un huerto donde pasar las mañanas.

Tenía un amplio porche con una gran mesa y muchas sillas, algo normal dado que eran una familia muy numerosa cuando se reunían. Además, contaba con piscina, zona de barbacoa y hasta un rincón a modo de parque infantil que Elyna dijo que hacía las delicias de sus nietos desde siempre, a pesar de que algunos de ellos ya eran muy mayores.

Al entrar en la casa nos llegó el bullicio de varias voces y Elyna sonrió anunciando que ya estaban todos allí.

Miré a Anders, que sonrió mientras se inclinaba, y me dio un beso.

—¿Lista para conocer al resto?

—No —contesté, nerviosa.

—Tranquila, que el único que puede morderte, soy yo. —Me hizo un guiño, me dio una nalgada y entrelazó nuestras manos para ir hacia el salón.

Allí estaban sus tres hermanas con sus respectivos maridos e hijos. Entre los chicos no faltaban las bromas, algún que otro leve puñetazo en el hombro y esas miradas de malote. Las chicas hablaban de ropa, de la cita que había tenido una de ellas, y, por el sonrojo y las risitas intuía que había habido un beso.

En el momento en el que fueron conscientes de que llegábamos, se hizo el silencio y todos sonrieron.

Aquí estaba la familia Olsen al completo, igual que en las fotos que había visto en casa de Anders meses atrás.

—Hermano. —Una de ellas se acercó para abrazarlo, y después lo hicieron las otras dos.

Se las veía a las tres emocionadas y cuando cogieron a la niña, se la comieron a besos como había hecho Elyna.

—Rania, eres mucho más guapa en persona que en las fotos que hemos visto —me dijo una de ellas y me abrazaron.

—Hora de las presentaciones —Anders sonrió, me cogió de la mano y fue nombrando y señalando a todos y cada uno de ellos.

Emma y Hans con sus altísimos y guapísimos hijos Karl, Henrik y Elyna; Ingrid, su marido Jakob, Jakob junior e Irina. Y, por último, Astrid, Liam y sus hijos Hanna e Ivar.

—Aquí en Navidades no os aburrís —dijo mi padre.

—De eso puedes estar seguro, suegro. —Rio Anders.

—¿Podemos llamarla tía Rania? —preguntó Elyna, la sobrina más joven de las tres chicas.

—Debéis llamarla así, de hecho —dijo Emma, su madre, con una sonrisa—. Es una Olsen más, que os quede claro a todos.

—Se nota que eres la mayor, hermana —comentó Astrid—, siempre dando órdenes.

—Para eso estoy cerca de los cincuenta ya, la vejez es un grado, hermanita. —Se encogió de hombros.

—Venga, pasemos al comedor que Inga ya tiene todo listo para comer —anunció mi suegra, y allí que fuimos todos.

Era increíble lo que vi al entrar, pues la mesa, que hacía apenas unos minutos estaba vacía, se encontraba servida y llena de comida.

Nos sentamos y Anders nos fue diciendo a mis padres y a mí lo que era cada plato para que cogiéramos lo que quisiéramos.

Había *brunost*, que se trataba de un queso de cabra con sabor dulce y amargo que debía decir que estaba buenísimo.

También teníamos *lefse*, un pan hecho a base de patata, leche y levadura con el que acompañaban muchas comidas.

El típico salmón ahumado, que estaba muy bueno, *farikal*, que consistía en cordero cocido a fuego lento con cebollas y patatas, y para el postre, *kanelnurrer*, unos deliciosos rollitos de canela hechos en el horno que iban a ser mi perdición.

Y después de comer nos sirvieron *aqvaviti*, el orujo típico noruego con un rico sabor anisado.

La sobremesa la pasamos hablando de mi trabajo y las colaboraciones con la firma de Anders, y tanto su madre como sus hermanas no dejaban de hacerme halagos y decirme lo bien que me sentaba la ropa.

Tomamos otro café mientras los sobrinos estaban entreteniendo a Valeria en el parque, y Anders no dejaba de cogerme la mano y llevársela a los labios para darme besos.

Decir que las horas se pasaban rápidas entre tantos Olsen, escuchando historias y cosas vergonzosas de Anders, era una realidad, y, sobre todo, lo bien que lo estaba pasando con su familia.

Para cuando quisimos darnos cuenta, la noche estaba por llegar y, mientras la madre de Anders y la mía se iban a la cocina con sus hermanas, y nuestros padres se quedaban en el salón tomando una copa junto a sus cuñados, nosotros salimos al jardín a comprobar cómo estaba la pequeña y dar un paseo después de comérsela a besos.

—¿Más tranquila? —me preguntó cuando emprendimos en camino a solas.

—Sí —sonreí—. Tu familia es maravillosa.

—Les has encantado a todos, pero ya los tenías en el bote antes de venir. —Me besó en la sien.

—Tu madre se ha pasado todo el día mirándome.

—Eso es porque no se cree que estés aquí de verdad. Y porque me ve feliz contigo después de tanto tiempo.

—Yo también soy feliz contigo, Anders. —Le rodeé con los brazos y él hizo lo mismo, abrazándome con fuerza.

Seguimos caminando hasta que se detuvo en un árbol, no demasiado lejos de la casa. Respiré hondo y me quedé fascinada con las vistas.

A pesar de que la casa de sus padres estaba a las afueras de Oslo, desde allí se veía la ciudad iluminada y era una maravilla.

—Esto es precio...so —dije al girarme, y lo encontré hincando rodilla y con una cajita en la mano—. ¿Qué haces, Anders? —pregunté con los ojos abiertos.

—Rania, desde que te vi aquella noche en el evento, algo me decía que eras una mujer especial, y no quería alejarme de ti, por eso alargué la noche tanto como pude.

—Y tanto, si hasta desayunamos porque querías ver el amanecer —contesté nerviosa.

—Sé que puede parecer pronto, pero no quiero perderte. Han pasado cosas, cosas que ya están arregladas —sonrió y yo sentí un nudito en la garganta—. Mi hija te quiere tanto o más que yo, y sé que eres la indicada no solo para mí, sino también para ella.

—Ay, por Dios —dije llevándome las manos a la boca cuando le vi abrir la cajita, donde reposaba un anillo de oro blanco con un precioso diamante en el centro.

—Rania, mi reina de Sotogrande —me eché a reír al escuchar aquello—, ¿quieres casarte conmigo, y ser la mamá de Valeria?

—Ay, Dios mío. —Se me saltaron las lágrimas—. Sí, Anders, sí que quiero casarme contigo.

Me puso el anillo y nos fundimos en un beso en el que mis lágrimas se mezclaron con las suyas.

—Te quiero, preciosa —murmuró secándome las mejillas con los pulgares.

—Y yo a ti, mi vida.

—¡¡Dinos que ha dicho que sí!! —Escuché gritar a Emma, y al mirar hacia la casa, vi a toda su familia y a mis padres allí, esperando.

—¿Ellos lo sabían?

—Por supuesto, ¿no has visto que mis hermanas se han pasado todo el día lanzándome miradas y haciéndome gestos? Querían que te lo pidiera. Estaban ellas más nerviosas que yo.

—Ay, mi madre. —Reí.

—¿Hay boda o no, hermanito? —preguntó Ingrid.

—¿Quieres contestar, que nos tienes a todos en ascuas? —protestó Astrid, y me reí de nuevo, sus

hermanas eran un espectáculo.

—¡Ha dicho que sí! —gritó Anders.

Y los gritos de felicidad no se hicieron esperar mientras nosotros regresábamos a la casa.

—Mi niña. —Mi madre me abrazó llorando, y no tardé en unirme a ella—. No me puedo creer que te vayas a casar en unos meses.

—¿Meses? —preguntaron las hermanas de Anders y, cuando miré, las tres tenían la ceja arqueada mirando a su hermano.

—En realidad, preciosa, nos casamos en cuatro días, aquí mismo.

—¿Cómo? —Exclamé, porque debía haberle escuchado mal.

—Por eso hemos hecho este viaje, para casarnos aquí. —Me rodeó con ambos brazos por la cintura y me dio un beso—. Ha sido más fácil trasladar a tu familia que a toda la mía.

—Eso es cierto —reí—, pero ¿en cuatro días? No hay tiempo para todo Anders.

—¿Para una auténtica boda vikinga? —preguntó Astrid.

—Claro que hay tiempo, cuñada, tú deja que nosotras nos encargamos de todo —dijo Ingrid haciéndome un guiño.

—Señoras, a partir de mañana tenemos una boda que planear —anunció mi suegra.

No me lo podía creer, me casaba, me casaba con Anders Olsen, ese hombre del que me había enamorado hasta la médula.

Al final mi querido David tenía razón, al igual que Alejandra, y ese hombre estaba hecho para mí.

—David y Alejandra no se lo van a creer cuando se lo diga —sonreí negando.

—Lo harán, porque también sabían que iba a pedírtelo.

—¿Se lo dijiste a ellos también? —pregunté, y asintió— Vamos, que mis padres y yo éramos... Vale, por tu cara deduzco que yo era la única que no lo sabía.

—Sí. —Me besó.

—Tendré que preguntarles si pueden venir a la boda.

—¿En serio crees que se van a perder la boda de su amiga? Los tendrás aquí en unos días para ayudarte en todo, preciosa. —Volvió a besarme.

—¿De verdad eres real, o solo un sueño? —Le acaricié la mejilla.

—Tan real como que vas a ser mi mujer, preciosa —murmuró, abrazándome fuerte.

Capítulo 26



Nerviosa, así estaba en ese día tan importante para mí, el de mi boda.

Y pensar que meses atrás había sido tan injusta con Anders, que no fui a hablar con él para resolver lo que pasó y llegar a ese punto en el que estuvimos. Pero él me había perdonado, y ahora estábamos a punto de casarnos.

Habían sido cuatro días de lo más frenéticos. Mis cuñadas, mi suegra y mi madre se habían dedicado a organizar todo y a mí no me dejaron hacer nada.

Bueno, sí, ver algunos modelos de vestidos de novia de estilo nórdico y vikingo, pues era así, según la tradición antigua de los antepasados de Anders, como íbamos a casarnos, al igual que habían hecho sus padres y sus hermanas.

Entre las tres diseñaron mi vestido de novia y Anders se encargó de que su firma lo confeccionara, ese sí que iba a ser un vestido único y exclusivo para mí, y que nos llegó el día anterior.

Cuando lo vi me enamoré, pues había sido toda una sorpresa para mí dado que mis cuñadas no me dejaron ver nada de lo que habían diseñado. Por suerte la firma de Anders conocía perfectamente mis medidas y, cuando me lo probé, sentí que me quedaba como una segunda piel.

Alejandra había llegado hacía tres días junto con David y su novia Lourdes, y yo aproveché para hacer vídeos y fotos en la casa de mis suegros mientras Anders se encargaba de su trabajo, lo que fuera que me mantenía ocupada y sin pensar en los nervios de la boda era bienvenido.

Quien también vino fue Esther, esa jerezana con la que no había perdido el contacto desde que nos conocimos en mitad de la selva mexicana y que seguía siendo una de mis fieles seguidoras en redes.

Ella, a diferencia de Alejandra y David, llegó el día anterior y se marcharía mañana, pues estaba trabajando y no podía faltar más tiempo.

Y fue precisamente ella quien entró en ese momento, aún sin vestir, solo para traerme un cafelito.

—El remedio contra los nervios, que decía mi madre —sonrió.

—¿Un café para los nervios? —Reí.

—Es que no es café, *mi arma* —respondió volteando los ojos.

Y cuando di un sorbo me eché a reír, pues me había traído un vaso de leche fresquita con cacao.

—Estás preciosa, chiquilla, de verdad. Y ahora sí, me voy a vestir que al final voy a llegar yo más tarde que la novia.

Se fue y volví a quedarme sola, pensando en todo lo que había sido mi vida desde aquel evento en el que vi a Anders.

Ese día, todos, absolutamente todos, vestiríamos como auténticos vikingos, así que cuando vi a mis padres entrar en la habitación, me llevé las manos a la boca gratamente sorprendida.

—Por favor, pero si parecéis vikingos de verdad —dije.

—A tu padre solo le falta el hacha y sería un auténtico guerrero. —Rio mi madre.

—Tu madre en cambio es una de esas hechiceras que... ¡Auch! —protestó cuando ella le dio una leve colleja— Mi vida, que era broma, si estás preciosa. ¿Y si nos casamos otra vez? Vas vestida para la ocasión.

—Ni loca me caso otra vez —resopló.

—Vaya dos. —Reí.

Mi padre llevaba unos pantalones oscuros con una camisa beige y una casaca marrón, así como las botas, incluso le habían puesto una trenza postiza en un lateral, así como un tatuaje falso en el cuello que le hacían lucir muy vikingo.

Mi madre estaba preciosa con ese vestido azul marino hasta los pies, con un cinturón de cuero blanco del que colgaban unos cordones del mismo color por delante, y una leve capa en azul más claro.

Le habían recogido el cabello con una trenza a cada lado que se unían en la parte de atrás formando una sola.

Escuché pasos correteando hasta la habitación y no tardé en escuchar la voz de Alejandra llamando a mi pequeña Valeria, hasta que las vi entrar a las dos.

La niña era una muñequita, con su trajecito de vikinga rosa y blanco y sus trencitas.

—Mami. —Me echó los bracitos y la cogí para sentarla en mi regazo.

—Hola, mi amor. ¿Ya estás dándole guerra a la tía Alejandra?

—Esta niña corre mucho, ¿eh? —dijo mi amiga, y sonreí.

—Qué guapa estás, Alejandra —comentó mi madre.

—Gracias, Julia, vosotros estáis muy guapos también.

Ella llevaba un vestido en color gris, muy parecido al de mi madre, pero sin cinturón, con una capa un poco más oscura, se había recogido el cabello en una gran trenza lateral y, al igual que mi madre y yo, llevaba tonos muy naturales en su maquillaje.

—¿Rania? —Miré hacia la puerta y vi entrar a Elyna, que lucía un bonito vestido azul un poco más claro que el de mi madre, con la capa en marino—. Cuando estés lista, podemos empezar la ceremonia.

—Pues ya —respondí dándole un beso a Valeria mientras me ponía en pie, antes de dejarla en el suelo.

Alejandra se la llevó y mi madre y Elyna se fueron con ellas. Mi padre se quedó allí conmigo y sonrió mientras yo me echaba un último vistazo en el espejo.

El vestido era blanco, de tirante fino, entallado y largo hasta el suelo, de modo que al caminar la tela arrastraba.

Tenía una apertura en el lateral izquierdo de la falda que iba desde mitad del muslo hacia abajo, saliendo de una flor de tela que alguna de mis cuñadas había querido que tuviera.

En la parte bajo el pecho, los gruesos cordones blancos que hacían las veces de cuello se unían en un broche junto con los cordones que formaban el cinturón.

Lo habían acompañado con una preciosa capa con capucha cubierta por pelo blanco en la parte de los hombros. Y mientras me veía, me sentía como una auténtica reina vikinga.

—No se puede estar más guapa, hija —me dijo apoyando ambas manos en mis hombros—. ¿Lista?

—Sí —sonreí.

Dado que la nuestra era una boda a la antigua, Erick nos llevó a mi padre y a mí hasta el lugar en el que íbamos a celebrarla, algo de lo que se había encargado mi suegra.

Se trataba del castillo de un conocido suyo, hijo de un buen amigo de sus difuntos padres, donde se casaron mis cuñadas.

Me llevaron al jardín exterior donde me esperaba Anders, y cuando le vi bajo el arco que habían colocado allí lleno de ramas y flores entrelazadas, vestido con los pantalones típicos en marrón oscuro, la camisa blanca y una capa con algunas pieles, además de la trenza postiza y un tatuaje falso en el cuello, al igual que llevaba mi padre y todos los hombres de la familia, sonreí

sorprendida.

No se podía estar más guapo, de verdad que no.

David pululaba ya por allí haciendo fotos a todo el mundo, había estado conmigo en la casa haciéndome el reportaje mientras me vestían, maquillaban y peinaban, y cuando acabaron se vino para hacer fotos al castillo.

No conocía a ninguno de los invitados que vi allí sentados, pero sabía que eran todos familia de Anders, tanto por parte de su padre como de su madre, después me los presentaría.

—Estás preciosa —me dijo al llegar a su lado.

—Me encanta el vestido, me siento una auténtica novia vikinga —sonreí.

—Lo eres. —Se inclinó y me besó en la mejilla.

El *Godi*, que así se llamaba al sacerdote que celebraría la boda, sonrió ante aquel gesto y procedió a pedirnos que entrelazáramos nuestras manos.

Comenzó a hablar y yo apenas prestaba atención, no podía apartar la vista de mi casi marido, y de esos ojos celestes que tanto me gustaban.

Cuando llegó el momento de nuestros votos, o lo que en las bodas vikingas se conocía como un juramento de lealtad, Anders fue el primero en hablar para que yo pudiera hacer lo mismo que él después.

—Hoy, aquí, ante el viento, el fuego, el mar y la tierra, en presencia del *Godi*, te juro mi lealtad eterna, Rania, que te amaré siempre, y que estaré por y para ti, así como para nuestra hija Valeria y los hijos que vengan de hoy en adelante.

—Rania, tu turno —me dijo el *Godi*.

—Hoy, aquí, ante el viento, el fuego, el mar y la tierra, en presencia del *Godi*, te juro mi lealtad eterna, Anders, que te amaré siempre, y que estaré por y para ti, así como para nuestra hija Valeria y los hijos que vengan de hoy en adelante.

Tras eso, Anders se inclinó al tiempo que tiraba de mí para atraerme hacia él, y me besó.

Las mujeres aplaudían y los hombres gritaban como si fueran auténticos guerreros, sonreímos mirando a todos ellos y fuimos hacia el interior del castillo donde nos esperaba el gran salón decorado para la ocasión.

Utensilios de madera en todas las mesas, cálices, vasos en forma de cuernos, platos y fuentes de metal con la comida ya servida, candelabros y velas por todo el salón, así como algunas armas decorando las paredes.

Aquello era como estar en el salón de una de esas series o películas vikingas.

Nos quedamos a la entrada del salón con un cuerno de vino cada uno mientras me presentaba a toda su familia. Algunos hablaban algo de español, otros no, así que nos defendíamos con un poquito de inglés por ambas partes.

Tenía muchos primos, primas, tíos y tías, así como hijos de sus primos y algunos de ellos, que tenían mi edad o uno pocos años más, ya también estaban casados y tenían un hijo.

Ver a los más pequeños con el típico traje de vikingo y vikinga, era una maravilla, estaba enamorada de todos ellos.

Posamos para algunas fotos que nos hizo David y Anders me pidió que subiera unas de esas a mis redes, etiquetando a la firma como diseñadora del vestido de novia.

Sonreí mientras las subía antes de sentarnos a la mesa y disfrutar del banquete, ese que, como antiguamente para sus antepasados, consistía en carne asada, fruta, pan y dulces de lo más artesanales que estaban deliciosos.

Valeria se lo pasó pipa con todos esos niños correteando, y Alejandra siempre atenta a ella y a otra niña que no tenía más de cuatro años y resultó ser la hija de uno de los primos de Anders, que se había quedado viudo un par de años atrás.

Se parecía mucho a él, solo que tenía el cabello un poco más claro, casi rubio, y los ojos de un bonito color verde.

—Creo que mi primo Hakon y Alejandra han hecho buenas migas —me dijo Anders mientras tomábamos un cuerno de vino.

—Eso parece —sonreí.

—A él le gusta.

—¿Qué dices? —Fruncí el ceño— Si acaban de conocerse hoy, y porque su hija está jugando con Valeria y Alejandra se ha proclamado su madrina. —Reí.

—¿Cuánto tiempo hacía que nos conocíamos nosotros y no quería separarme de ti? —Arqueó la ceja.

—Es diferente, ¿no?

—Preciosa, voy a contarte algo de los hombres Olsen desde mucho antes de mi tatarabuelo —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros—. Cuando se enamora, a primera vista, lo hace para toda la vida. Y sí, Hakon estuvo casado, pero nunca le vi con su difunta esposa como le veo con Alejandra.

Miré a mi amiga y ella estaba sonriendo y con las mejillas sonrojadas, mientras que su primo

Hakon también sonreía y la miraba como Anders me había estado mirando a mí aquella noche en el evento donde nos conocimos.

¿Sería que mi mejor amiga también había encontrado a su propio vikingo? Eso solo el tiempo lo diría.

Brindamos con todos nuestros invitados, nos hicimos fotos con mis padres, con los suyos y con toda su familia, y muchas con nuestra pequeña, esa niña que me tenía tan conquistada como su padre.

Estaba hablando con mi madre, cuando Anders me cogió en brazos cargándome a su hombro.

—¡Anders, por Dios! ¿Qué haces? —grité.

—Hora de que el novio robe a la novia —me dijo con un leve azote en la nalga.

—¿Cómo?

—Tranquila, cuñada, que es una tradición vikinga —dijo Astrid.

—El novio roba a la novia para tener intimidad, cariño —Emma me hizo un guiño.

—Y algo me dice que, de esta, tenemos un nuevo Olsen en la familia —comentó Ingrid.

—Madre mía, esto no me lo habías dicho. —Reí, mirando a Anders.

—¿Y fastidiar la sorpresa? —Arqueó la ceja— No, preciosa, no pensaba hacerlo.

Entre vítores, aplausos y gritos de guerreros, Anders me sacó del salón con las mejillas de un bonito color rojo granate dado que todos sabían lo que íbamos a hacer en ese momento.

Subimos a una habitación que habían decorado acorde para la ocasión, con una luz tenue que invitaba a la intimidad, y poco a poco y entre besos nos fuimos desnudando.

Anders me hizo estremecer con besos y caricias mientras me llevaba poco a poco al primer orgasmo con sus dedos jugando y tocando mi zona íntima, esa que él conocía como nadie.

Me corrí entre gemidos y poco después sentí su lengua deslizándose por mis partes, estremeciéndome una vez más.

Mi ya marido se dedicó a hacerme disfrutar y llevarme de nuevo al orgasmo, para que, una vez alcancé el clímax por segunda vez, hacerme el amor con una mezcla de ternura y pasión que me hizo estremecer.

Cuando acabamos, nos quedamos abrazados en la cama, yo dibujando círculos en su torso desnudo, y él acariciándome el brazo.

—¿Y ahora qué toca? —pregunté.

—Regresar con los invitados y seguir celebrando.

—¿Ahora? ¿Después de esto? —Exclamé mirándole con los ojos muy abiertos.

—Ajá.

—Madre mía, qué vergüenza. Que van a saber que hemos...

—Cariño, es lo normal en bodas vikingas. —Rio.

—Uf, no podría haber vivido en esa época. —Se me escapó una sonrisilla.

—Pues habría estado bien, todo el día retozando entre las pieles de nuestra cama, dejándote preñada y teniendo muchos hijos.

—¡Ya salió el cavernícola que hay en ti!

—Es broma. —Me besó en la frente—. Pero lo de los hijos, no. Quiero una familia grande.

—¿Como la de tus padres o la de Emma?

—La de mis padres.

—Vale, ya tenemos a la primera, solo tengo que parir tres veces. —Volteé los ojos.

—Vas a estar guapísima embarazada. —Me acarició la mejilla.

—O igual no te gusto porque pareceré una ballena.

—Me vas a gustar más todavía, porque llevarás a mi bebé creciendo en tu vientre. —Volvió a besarme y sentí que me derretía—. Hora de volver a nuestra boda.

—Vas a tener que ayudarme con el vestido.

—Mientras me dejes volver a quitártelo esta noche. —Hizo un guiño, y sonreí negando.

Capítulo 27



Después de una boda que no terminó hasta bien entrada la noche y en la que todos los invitados habían quedado más que encantados, Anders y yo nos fuimos a su casa de Oslo a pasar esa primera noche de bodas.

Era la primera vez que la veía y debía decir que impresionaba tanto como la de Sotogrande.

Tenía cuatro dormitorios, salón, cocina, zona de comedor, un despacho, un gimnasio, piscina y zona de barbacoa. En lo que a colores y mobiliario se refería, era igual a la de Sotogrande, muy masculina, pero me gustaba, para pasar épocas de vacaciones aquí, puesto que esperaba que viviéramos en España.

Tras esa noche nos pasamos el día siguiente entre la cama y el sofá, durmiendo y descansando, además de comiendo, pero muy ligero y haciendo el amor en casi todos los rincones, y es que estuvimos solos, pues Valeria se había quedado en casa de sus padres, con ellos con los míos.

Nuestra luna de miel iba a ser allí mismo, en Oslo, pues me moría por conocer el lugar de los orígenes de mi marido, así que esa segunda mañana de casados, acabábamos de recoger a Valeria para ir los tres a recorrer algunos lugares de la ciudad.

En cuanto la niña nos vio, vino corriendo hacia nosotros para darnos uno de sus sonoros besos, de esos que tanto nos gustaban a su padre y a mí.

Fuimos en coche hasta el centro de la ciudad y el primer sitio que visitamos fue la *Catedral del Salvador de Oslo*, una maravillosa construcción barroca, cuyo interior era impresionante y te dejaba sin palabras, con esas bóvedas decoradas con colores vivos.

—Esto es precioso —dije cuando llevábamos un rato caminando por allí.

—Aún la utilizan para ceremonias oficiales, sobre todo, tanto para el Gobierno como para la familia real de Noruega —me contó.

De ahí fuimos hacia la calle más famosa de Oslo, la *calle Karl Johans*.

La calle recibía el nombre en honor a un antiguo rey de Noruega y Suecia, y en ella nos perdimos

entre tiendas para comprar algunos recuerdos de los que me enamoré.

David y Alejandra aún seguían allí disfrutando de unos días de vacaciones, por lo que sabía que saldrían a recorrer la ciudad y no tendría que comprarles nada, tampoco a mis padres, que iban a hacer turismo de la mano de mis suegros en esos días.

No pude evitar parar en unos bonitos jardines que encontramos a la mitad de esa calle, donde le pedí a Anders que nos hiciera fotos a la niña y a mí juntas, así como por separado, y nos hicimos también algunos selfis con él.

—Esta niña va a ser *influencer*, ya lo verás —dije mientras le daba un beso, antes de dejarla de nuevo en su sillita.

—CEO de la firma e *influencer*, muy ocupada va a estar. —Rio él.

—Toda una empresaria, ¿verdad, mi niña? —Ella sonrió, puesto que no entendía lo que le había dicho.

Seguimos paseando por esa calle y paramos a tomar café con unos de esos rollitos de canela en la terraza de una cafetería de lo más coqueta. Me hice varias fotos y ya tenía tarea pendiente para la noche, seleccionar las mejores para subir a mis redes.

Tras esa pausa, en la que Anders no me quitaba la vista de encima y me daba algún que otro beso, al igual que a la niña, fuimos directos a ver los exteriores del *Castillo y el Parque del Castillo*.

—Nos tienes que hacer fotos a las dos —dije cogiendo en brazos a mi niña, y empezamos a posar la mar de felices.

Anders me contó que el castillo podía visitarse, pero solo en verano, cuando la familia real no estaba, dado que vivían allí, en el castillo.

—Nos quedamos con las ganas de entrar y sentirnos como reina y princesa, cariño —le dije a Valeria, suspirando.

—Sí —murmuró, haciendo un puchero como si me hubiera entendido.

—Qué peligro vais a tener las dos juntas —dijo Anders mientras negaba.

Me encogí de hombros, pero la verdad era que tenía razón.

Aquella niña era mi debilidad, de eso no tenía la menor duda, y después del tiempo que llevaba conociéndola y compartiendo mis días y mi vida con ella, no entendía cómo su madre ni siquiera había llamado una sola vez para preguntar cómo estaba, o hacer una videollamada con Anders para ver a su hija.

Por eso yo le daba todo el cariño que podía, porque sabía que con su madre apenas lo había

tenido.

Hicimos una parada para comer en uno de los restaurantes de la calle que habíamos dejado atrás, y nos decantamos por el delicioso salmón ahumado acompañado de un rico puré de patatas y algunas verduras.

Y tras la comida, un café y una larga sobremesa en la que Anders me ayudó a escoger las fotos que subir a mis redes, fuimos a conocer un lugar imprescindible de toda visita a Oslo, la *Biblioteca Deichman Bjorvika*.

No solo era la más famosa de la capital, sino de todo Noruega, dado que era uno de los mayores monumentos de Oslo.

La biblioteca contaba con un cine, varios talleres, zonas de juegos, salones y un restaurante con terraza donde paramos a tomar un café tras conocer todo.

Nos hicimos muchísimas fotos, de las que subí varias a mis redes que me encantaron.

Regresamos a casa después de eso, bañé a la niña mientras Anders preparaba unas hamburguesas para la cena, y recibí una llamada de Alejandra cuando estaba terminando de vestir a Valeria.

—Hola —saludé sonriendo—. ¿Ya has hecho turismo?

—Hola, cariño. Pues sí, me fui esta mañana yo sola a conocer un poquito la ciudad, y volví al hotel.

—Mira que eres, igual que David. Os podíais haber quedado en casa de mis suegros.

—Sabes que no queríamos molestar. ¿Qué tal está yendo tu luna de miel?

—Muy bien, hoy hemos salido con la niña para conocer un poco esto.

—¿Y el sexo, qué?

—Por Dios, Alejandra. —Reí—. De eso hubo ayer, mucho y en casi toda la casa.

—Oh, qué envidia me das. Mala.

—Pues no preguntes. —Volví a reír dejando a la pequeña en el suelo, que me dio la mano para bajar juntas y salir al jardín.

—Hakon me ha invitado a comer mañana —dijo de pronto.

—Hakon, ¿el primo de Anders?

—¿Acaso conozco yo a otro Hakon? Sí, el primo de tu vikingo.

—Le habrás dicho que sí.

—Pues... no, no le he contestado —suspiró.

—¿Y puede saberse por qué?

—Porque no quiero hacerme ilusiones, Rania. Él vive aquí y yo en España. Además, soy una tía muy enrollada, pero seguro que sería una madre pésima.

—Si te tuviera delante, te habría dado una colleja. ¿Se puede ser más tonta? Alejandra, no pienses en esas cosas y solo disfruta de los días que estés aquí.

—¿Y si me enamoro como te pasó a ti?

—Pues que vamos de boda vikinga otra vez.

—No, no va a pasar —respondió—. Voy a ir a comer con él, seré cordial y todo eso, y ya, porque en una semana me vuelvo a España y él se queda aquí.

—Lo que tú digas —sonreí, pues después de haberla visto el día de mi boda, sabía que Hakon a ella le gustaba, le había pasado como a mí con Anders.

Nos despedimos cuando llegué a la puerta del jardín, Valeria salió corriendo para que su padre la cogiera en brazos, y al llegar yo, me dio un beso en los labios.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó mirándome.

—Hakon ha invitado a comer a Alejandra.

—¿La historia se repite? —Arqueó la ceja y sonrió.

—Pues igual, sí. —Reí—. Otra española que conquista al vikingo.

—Antes de una semana, mi primo me llama para ponerme al día, ya lo verás. —Me dio un beso en la frente y sonreí.

Hakon tenía un par de años menos que Anders y siempre se habían llevado muy bien, eran como hermanos y se contaban muchas cosas.

Cuando las hamburguesas estuvieron listas nos quedamos los tres a cenar allí en el jardín, y en el momento en el que la pequeña cayó dormida en mi regazo, nos fuimos a acostar.

Sobraba de decir, que en el momento que nos quedamos a solas en la habitación, mi marido y yo dimos rienda suelta a la pasión y al deseo.

Capítulo 28



Los días pasaban y compaginábamos las noches de pasión, con las mañanas y las tardes siendo papás.

Además de que habíamos quedado para comer en casa de mis suegros y pasar el día con ellos y mis padres, también nos encontramos con David y su novia Lourdes, y con Alejandra.

David nos hizo a la niña y a mí una sesión de fotos preciosa, también nos hicimos alguna que otra con Anders y yo ya tenía más que claro cuales pondríamos en las casas, tanto en esta de Oslo como en la de Sotogrande.

Y, como a pesar de estar de luna de miel, el trabajo era el trabajo, Anders tuvo que realizar un par de reuniones por videollamada, mientras, yo aproveché para subir fotos de dos colaboraciones con su firma con Oslo como escenario de fondo.

Esa mañana volvimos a coger a nuestra niña y salimos de paseo por la ciudad.

Llegamos hasta la *Ópera de Oslo*, una bonita construcción de mármol y cristal, que decían estaba inspirada en la naturaleza noruega, representando un témpano de hielo emergiendo del mar del Norte.

Y tras admirarla y ver su interior, subimos hasta el techo desde donde disfrutamos de una panorámica del *fiordo de Oslo* espectacular.

Anda que no nos hicimos fotos mi niña y yo allí, con el fiordo de fondo.

De ahí, Anders nos llevó a la Estación Central de Oslo para que Valeria viera la escultura, a tamaño real, que habían colocado allí de un tigre, y es que, según me dijo, Oslo era conocida como *Tigerstaden*, que en español se traducía como la *Ciudad del Tigre*.

La niña quedó fascinada, y no quiso irse de allí sin unas cuantas fotos sola, y con nosotros.

—Desde luego, esta niña apunta maneras para ser una buena *influencer* —dije cogiéndola en brazos cuando acabamos de hacerle un par de fotos.

—Tiene buena maestra. —Rio Anders, dándome un beso—. ¿Quieres un café?

—Vale, así nos sentamos un rato y que la niña se tome un zumo.

Paramos en una cafetería y estuvimos hablando con David y Lourdes por videollamada, que también estaban esa mañana conociendo otra parte de la ciudad.

Alejandra me envió un mensaje y al mismo tiempo, Hakon llamó a Anders.

Cuando le escuché hablar en noruego arqueé la ceja, él sonreía y me hizo un guiño que me dejaba claro que después me contaría.

Y así fue.

—La ha invitado a cenar esta noche en su casa —me dijo.

—Pues ella ha aceptado, pero con dudas —sonreí después de haber leído su mensaje.

—Yo tengo claro que Alejandra no se va de Noruega soltera, o directamente, no se va. —Rio.

—¿Cómo se va a quedar aquí? Tiene su trabajo en España.

—Tiempo al tiempo, preciosa —dijo con ese aire misterioso que le caracterizaba.

El siguiente lugar que visitamos también tenía esculturas, concretamente más de doscientas.

Se trataba del *Parque Vigeland*, y las esculturas que se encontraban allí eran todas representando las diferentes etapas del ser humano, desde el nacimiento, pasando por el primer amor, hasta la muerte.

Pero sin duda alguna, la que más destacaba de todas ellas era *el Monolito*, que se podía ver desde cualquier punto del parque dada su altura y que estaba formado por más de cien figuras humanas esculpidas en él.

Si había algo que estaba convencida que no iba a olvidar de ese viaje, era el *Museo del Pueblo Noruega* que estábamos visitando y al que habíamos llegado en ferry, pues no quedaba cerca del centro de la ciudad, sino que estaba la Península de Bygdoy.

Entrar en él era como retroceder en el tiempo y volver a esa época en la que vivían los antiguos nórdicos.

Pudimos visitar casitas rurales y urbanas, así como *la Iglesia Gol*, una construcción religiosa típica de madera de Noruega.

Y a pesar de que yo había tenido el placer de ver cómo vestían los antepasados de mi marido el día de nuestra boda, en el museo nos encontramos con muchos actores y actrices que vestían de la época, representando cosas cotidianas en el interior de las casas, así como en el exterior.

Nos hicimos algunas fotos y cuando supieron que yo era *influencer*, no tuvieron ningún inconveniente en que las subiera a mis redes, cualquier publicidad que ese museo recibiera, siempre era bienvenida para recibir a más turistas.

El siguiente museo al que Anders nos llevó para conocer un poco más de la época de sus antepasados, fue el *Museo del Fram*, donde se encontraba el barco con el mismo nombre.

—Es enorme —dije al verlo.

—Y es el auténtico —contestó Anders—. Este barco ha realizado tres expediciones completas por el Polo Norte y el Polo Sur, y ha sobrevivido a todas. No es una réplica, es el auténtico Fram, el barco de madera más resistente que se ha construido en el mundo.

Me quedé fascinada al verlo, porque no solo estaba en perfectas condiciones de conservación, sino que pudimos acceder a su interior, caminar por la zona de cubierta, conocer la sala de máquinas y visitar el comedor, además de ver algunos de los objetos originales que habían llevado a las expediciones.

Lo mejor de todo era que el barco se movía, por lo que daba la sensación de estar navegando en alta mar en ese momento.

Había una cafetería allí con vistas al fiordo de Oslo, así que decidimos hacer nuestra parada para comer allí mismo antes de coger el ferry para regresar a la ciudad, puesto que el *Museo del Fram* también se encontraba en la Península Bygdoy.

Y una vez estábamos de vuelta en la zona céntrica, visitamos el *Jardín Botánico de Toyen*, situado en un parque al que llegamos en tranvía y donde disfrutamos de cada rincón, de todas las diferentes zonas y en especial el *Rock Garden* y el *Viking Garden*.

La paz y la calma que se respiraban en ese rincón verde y natural de Oslo era sin duda, algo digno de visitar en un viaje a la ciudad.

Y por último Anders nos llevó al mercado de comida *Mathallen Oslo*, donde nos perdimos entre los diferentes puestos comprando todo tipo de carnes y pescados que mi marido dijo iba a preparar para comer esos días, además de que hizo una buena compra para llevar a casa de sus padres donde nos reuniríamos con sus hermanas, cuñados y sobrinos, así como con David, su novia y Alejandra, para comer a modo de despedida antes de volver a España.

—¡Ay, por Dios! Eso es un puesto de comida española —dije al verlo, y Anders se echó a reír.

Fui directa allí y resultó que sí, que el puesto no solo era de comida española, sino que además lo regentaba un matrimonio español de Córdoba la mar de salado, junto a su hija, que me reconoció enseguida nada más verme.

Nos hicimos fotos en el puesto y le prometí subir alguna de ella etiquetando el lugar y el puesto para que quien visitara Oslo no dudara en ir allí si echaba de menos una buena tortilla de patatas o pescaíto frito.

Anders llamó a Erick, el chófer de sus padres, para que viniera a recoger la compra y, cuando se la entregamos, pusimos rumbo de vuelta casa.

Para esa noche preparamos una ensalada y unos solomillos al vino que estaban deliciosos, y en cuanto nuestra pequeña cayó dormida, agotada por otro día de turismo por la ciudad que vio nacer a su padre, nos dimos un poco de amor y cariño en la intimidad de nuestra habitación.

A fin de cuentas, estábamos de luna de miel, ¿no? Y, como decía Alejandra, en la luna de miel también había tiempo para esos momentos tiernos, sensuales y, por qué no, eróticos, como el masaje que me dio antes de hacerme el amor durante horas.

Capítulo 29



Cinco meses después...

Estaba todo listo en casa para esa tarde, era sábado y toda la familia de Anders había venido desde Oslo para la ocasión.

Con toda, me refería a sus padres y hermanas con sus respectivos maridos e hijos, no a todos los Olsen que estuvieran en nuestra boda.

Aunque dos de ellos sí que habían venido también, su primo Hakon y la pequeña Ada, que así se llamaba su hija, puesto que de aquel viaje mi amiga regresó siendo una mujer prometida.

Y sí, hacía dos meses que se había mudado a la capital de Noruega para vivir con su vikingo y su pequeña vikinga.

Hakon era abogado y Alejandra pasó a quedarse en casa y se volvió *influencer*, como yo, solo que ella de cualquier plato de cocina, ya fuera dulce o salado, tanto de la gastronomía española como la noruega.

Además, contaba con la ayuda de su suegra, Hanna, quien la quería como a una hija más.

Pero a lo que iba, y lo que nos había reunido a todos en nuestra casa, era que Anders y yo estábamos esperando nuestro primer hijo y, por fin, en mi quinto mes de embarazo, el garbancito se había dejado ver, porque debía haber heredado mi timidez y no había sido hasta el miércoles pasado que dejó que mi ginecóloga pudiera ver si íbamos a tener otra pequeña vikinga, o un pequeño guerrero.

David y Lourdes me habían ayudado a preparar ese momento, puesto que íbamos a hacer una fiesta de *babyshower* para descubrir el sexo de nuestro bebé, y así dar la noticia a toda la familia.

Esther tampoco podía perderse este gran momento y llegó en ese instante.

Nos fundimos en un abrazo y me frotó la barriguita.

—Hola, garbancito de tu mami. —Le saludó—. Mira que has salido tímido, o tímida, pero por

fin dejas que sepamos de qué color comprarte los zapatitos, que el blanco es muy soso, *mi arma*.

—Estás loca, igual que Alejandra. —Reí.

—Ya sabes lo que dicen, todo se pega. —Se encogió de hombros y me volví a reír.

Teníamos canapés, tostas, tortilla de patatas, ensaladilla, pescaíto frito, una tarta y hasta *cupcakes* para el postre, además de chuches para todos mis sobrinos.

Mientras esperábamos la llegada de su familia y de mis padres, a quienes había ido a recogerlos el chófer de Anders. David aprovechó para hacerme un montón de fotos que subí a mis redes para que vieran lo que estaba preparando, y prometí que subiría el reel con el descubrimiento del sexo de mi bebé en cuanto lo supiéramos todos nosotros.

—Está todo precioso, Rania —me dijo Lourdes, cuando terminó de sacar las bebidas, junto con Esther, que tampoco podía parar quieta.

—Gracias a vosotros que habéis ayudado —sonreí.

En ese momento llegaron mis padres, y seguido lo hizo toda la familia de Anders y Alejandra con su marido y su niña.

Entre besos, abrazos y todas las manos frotando mi barriguita, pasamos la siguiente media hora, hasta que empezamos a comer y beber acompañados de la música.

—Aquí en verano se tiene que estar muy bien, tío —dijo Karl, el sobrino mayor de Anders.

—Estáis invitados cuando queráis, ya lo sabes.

—Hermano, no digas eso dos veces, que este verano te mandamos a tus siete sobrinos aquí en plan campamento —comentó Emma.

—Si ayudan con las tareas y el bebé, por mí encantada, que para entonces ya estará dando gritos y pidiendo cambios de pañal. —Reí.

—Yo me vengo si me dejáis, tío —contestó Elyna, la más pequeña de las tres sobrinas.

—Tú de mayor me parece que vas a estudiar para ser maestra de jardín de infancia. —Reí, mientras la abrazaba.

—Me encantan los niños —sonrió—. Siempre pedí una hermanita y no me la dieron.

—Y no la ibas a tener, que con tres hijos ya tenía suficiente, cariño —le respondió Emma.

Después de comer, nos tomamos la tarta de postre acompañada de un café, y cuando acabamos, David nos dio un globo negro a cada uno ya inflado para que los hiciéramos explotar a la vez y descubriéramos el sexo del bebé.

—Madre mía, estoy nerviosa —dije riendo con el globo en una mano y un alfiler en la otra.

—Se aceptan apuestas. —Escuché que decía Alejandra—. Yo creo que va a ser una niña, que así Anders cuando sean mayores va a tener que andar espantando moscones.

—Qué mal me quieres, Alejandra, de verdad. —Rio él.

—Estaría bueno que te quisiera más que a mí, primo —comentó Hakon, que la tenía cogida por la cintura.

—Bueno, yo también creo que va a ser niña, hermano —dijo Emma—. A ti te va a pasar como a papá, que, hasta que tengas el heredero, vas a sufrir con la casa llena de niñas.

—No asustes a tu hermano, Emma, que yo quiero más nietos —le advirtió Elyna.

—¿Cuántos más, suegra? —pregunté, riendo— Porque el día que me casé con tu hijo, me dijo que quería que tuviéramos tres, además de Valeria.

—Pues esos me parecen perfectos, hija, once nietos me parece un buen número.

—Si por ella fuera, tendría más —murmuró Astrid.

—Bueno, ¿estáis listos para saber si va a ser una niña o un niño? —pregunté.

—Vamos, explotar ya esos globos que me tenéis sin uñas —contestó Alejandra.

Anders y yo nos miramos, se inclinó para besarme y sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

—Sea lo que sea, lo voy a querer con todo mi corazón, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, cariño. —Le abracé antes de mirar a todos—. David, graba, que allá vamos.

Anders y yo cogimos aire, y acompañados de toda nuestra familia y amigos, empezamos a contar desde tres hacia atrás, hasta que pinchamos los globos al mismo tiempo y comenzó a salir confeti azul de ambos.

—¡Un niño! —gritó Emma.

—Anders Olsen cuarto, llega a la familia —dijo mi marido y sonreí.

Eso era algo que tenía claro, si era niño le íbamos a llamar Anders, siguiendo la tradición de su abuelo, cuando nuestro hijo fuera mayor y se convirtiera en padre, podía seguir o no esa tradición, pero nosotros quisimos que así fuera porque su padre lo merecía.

Si hubiera sido una niña la cosa estaba difícil porque nos gustaban varios nombres, esos que se quedaban en la reserva para cuando tuviéramos que volver a usarlos, dado que al igual que él, yo quería tener más hijos.

Anders me cogió en brazos y nos besamos, me dejó de nuevo en el suelo cuando nuestra pequeña Valeria corrió a mis brazos.

—Cariño, vas a tener un hermanito —le dije.

—¿Hermanito?

—Sí mi vida, un hermanito. —Besé su mejilla y ella me dio otro beso a mí.

Anders la cogió en brazos y entrelazó nuestras manos para ir junto a la familia, que no tardó en besarme y felicitarnos a ambos.

Mi madre estaba llorando de felicidad, emocionada porque iba a darle un nieto. Y mi padre, que quería a Valeria y la tenía como su princesita, también dejó ver alguna que otra lagrimilla en sus ojos.

—Vais a ser abuelos de un niño —les dije mientras me abrazaban.

—Pues ya tenemos la parejita, y tan contentos —contestó mi madre.

—Los hijos son la alegría de toda casa, mi niña, y a ti te veo radiante de felicidad. —Mi padre me acarició la mejilla y me besó la frente.

David me pasó el vídeo que había grabado con el momento desvelando el sexo del bebé, y lo subí a mis redes con un montón de emojis de corazones rojos y azules, así como una mujer embarazada y un bebé, anunciando que el nuevo Anders Olsen estaba en camino.

Miré a mi marido, que sonreía feliz mientras se tomaba una copa de champán, me hizo un guiño y le sonreí.

Si me hubieran dicho aquella noche del evento, que ocho meses después iba a estar casada con el dueño de la firma y desvelando el sexo de mi bebé, no me lo habría creído, pensaría que quien lo dijera, estaba loco.

Epílogo



Cuatro años después...

La vida se componía de momentos e instantes, tanto buenos como malos, y yo podía decir que en los últimos cuatro años había vivido muchos momentos buenos.

Entre ellos el ser oficialmente la mamá de Valeria, pues su madre biológica no dio señales de vida de ningún tipo, no se interesó nunca por ella, ni una llamada, ni un mensaje, nada, y la justicia le quitó de manera definitiva todos los derechos con respecto a la niña, por lo que Anders me pidió que la adoptara como hija mía.

Y nuestra pequeña Valeria encantada, pues siempre me había llamado mami y así me trataba, como si fuera su mamá.

El día que tuvimos los papeles en los que ella constaba como mi hija, fue, junto con el del nacimiento de mi pequeño guerrero Anders, uno de los más felices de mi vida.

Anders Olsen cuarto, igualito que su padre, pero con el color de mis ojos.

Estaba a unos meses de cumplir cuatro años y era un terremoto de niño, el ojito derecho de su hermana mayor que, a sus siete años y medio, era toda una mamá para él.

Donde iba ella, iba Anders y siempre estaban juntos, riendo, leyendo, jugando o coloreando.

Mis padres eran quienes más disfrutaban de ellos pues los teníamos cerca de casa y muchos fines de semana Anders los traía a Sotogrande para que lo pasasen con nosotros, sobre todo, en verano, disfrutando de la piscina y de los sobrinos de Anders, pues tal como amenazó su hermana cuatro años atrás, se venían en verano a pasarlo con nosotros para disfrutar de la piscina y las bonitas playas del sur de España.

Y no fueron solo Anders y su primo Hakon quienes acabaron enamorados de una española de armas tomar, sino que Karl y Jakob habían acabado siendo conquistados, y conquistando a su vez, a unas bellas muchachas que empezaban como *influencers* y que habían hecho colaboraciones para las firmas de Anders, al igual que yo, que hoy en día seguía trabajando de

ello.

Hablando de Hakon, el vikingo que robó el corazón de mi querida Alejandra, pusieron fecha a su boda unos meses después de que vinieran para saber el sexo de mi primer hijo. Se casaron ese agosto, en otra bonita boda vikinga en Oslo donde ella lucía radiante y preciosa, con una barriguita de cuatro meses, pues la pequeña Irina llegó por sorpresa, pero llenando a la pareja y a su hermana Ada, de felicidad.

David y Lourdes también se casaron después de años de noviazgo, una ceremonia preciosa en la playa hacía ya dos años, y acababan de ser papás de una niña a quien habían decidido llamar Alicia.

Y luego tenía a Esther, la jerezana que no había salido de mi vida ni quería hacerlo.

Ella seguía yendo a la aldea en verano siempre que podía, y tanto Anders como yo fuimos en alguna ocasión también, dejando a los pequeños con mis padres al cargo en nuestra casa.

Finalmente, ella también encontró el amor, y lo hizo con un auxiliar de vuelo hacía ya tres años. El chico también quiso aportar su granito de arena y en el siguiente viaje que hizo ella, la acompañó para ayudar en el tema de las clases o con el mantenimiento.

Se acababan de comprometer y ese verano se casarían, escogiendo la aldea de México como el mejor lugar para pasar su luna de miel, tal como aseguraban los dos.

Anders seguía siendo el CEO de la firma de ropa, así como de muchas otras de cosméticos y perfumes que una servidora promocionaba en sus redes con espectaculares colaboraciones y acudiendo a los diferentes eventos.

Y no, no promocionaba a otras marcas, pues me había convertido en la cara principal y oficial de todas las firmas de Anders Olsen, mi marido.

Sus padres y sus hermanas nos visitaban unos días en verano, eso sí, hablábamos con ellos todas las semanas para ponernos al día de la vida de los demás.

Sobre todo, con Emma e Ingrid, pues tanto Karl como Jakob se habían instalado en la ciudad para poder estar cerca de sus novias, y formaban parte del equipo que ayudaba a Anders con las diversas funciones de las firmas.

Tenían a Anders como si fuera su segundo padre, y muchos fines de semana los invitábamos a ellos y a sus novias a casa, aprovechando para hacer una sesión de fotos de las tres y subir las colaboraciones con la firma a nuestras redes.

Esa mañana me había levantado con una sensación rara, una que conocía muy bien, por lo que en cuanto desayuné, cogí el coche para ir a la consulta de mi médico, solo para que me confirmara lo que ya intuía.

Anders tenía trabajo hasta bien entrada la tarde, era el día de los enamorados y le había dicho que

iba a prepararle una cena para celebrarlo en casa, así que aprovechando que tenía esa sorpresa, no dudé en preparárselo bonito para entregárselo junto con su regalo después de cenar.

—Ya estoy en casa —dijo asomándose a la cocina, donde Valeria, Anders y yo, estábamos terminando de prepararlo todo.

—¡Papá! —gritaron los dos al unísono y fueron corriendo a abrazarlo.

—Hola, hijos míos. —Le dio un beso a cada uno y después se acercó para saludarme a mí—. Feliz San Valentín, preciosa —murmuró besándome el cuello y entonces vi una caja cuadrada de joyería ante mis ojos.

—¿Y esto?

—Tu regalo, y no protestes, que no me puedo esperar a después de cenar para que lo veas —dijo cuando abrí la boca para quejarme, pero acabé sonriendo mientras negaba.

—Ay, por favor, es preciosa. —Me emocioné al ver aquella pulsera de oro blanco y rosa con forma de trenza y pequeños cristales de Swarovski engarzados—. Muchas gracias, mi amor. —Le di un beso y no tardó Valeria en acercarse para verla.

—Qué bonita es, papá. Pero no tanto como mamá, ella es lo más bonito de la casa —dijo mi niña, haciendo que se me saltaron las lágrimas.

—Cariño, es que te como. —Le di un montón de besos a mi niña y ella empezó a reírse.

Fuimos al comedor a cenar el salmón ahumado con patatas y verduras hervidas que había preparado, y de postre serví el pastel de nata con nueces que tanto les gustaba a mis dos hijos.

Anders y yo los llevamos a la cama y, tras darles las buenas noches, regresamos al salón.

—Voy a por el champán —dijo.

—Espera, antes quiero que abras tus regalos.

—¿Regalos? —Arqueó la ceja.

—Sí, son dos. Era uno, pero esta mañana he descubierto que iban a ser dos —sonreí.

Le di primero la caja que contenía el regalo que yo había comprado, un par de gemelos de oro blanco con una piedra de jade cada uno y sus iniciales grabadas.

—Muchas gracias, mi amor, me encantan. —Me besó y sonreí mientras, nerviosa, le entregaba la otra caja

Era un poco más grande y, cuando la abrió, se quedó mirando el contenido. Frunció el ceño, me miró, sonreí, volvió a mirar dentro de la caja y sacó la ecografía y después, la pequeña camiseta

blanca donde había pedido que me pusieron un texto con un chupete.

—«Hola, papá, soy tu bebé y estoy en camino». —Leyó y volvió a mirarme—. ¿Esto es lo que creo que es?

—Si lo que crees es que estoy embarazada, pues sí —sonreí.

—Dios mío, mi vida, este es el mejor regalo que podías hacerme —dijo abrazándome y me besó—. ¿Cómo te sientes? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Bien, y desde esta mañana. Cuando me levanté me noté rara, fui al médico y ahí estaba, nuestro nuevo garbancito de siete semanas.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, quería que fueras el primero en saberlo.

—Te amo, Rania —murmuró sosteniéndome ambas mejillas, con los ojos vidriosos—. Te amo. Gracias, gracias por estar en mi vida, por aceptarme hace años.

—No, gracias a ti porque perdonaste lo imperdonable —contesté llorando—, y me permitiste estar a tu lado.

—¿Y cómo no iba a hacerlo, si ya te amaba demasiado?

Nos abrazamos y besamos, y en lugar de brindar con champán como final a una noche de San Valentín, lo hicimos con zumo de naranja mientras hablábamos de cómo daríamos la noticia a nuestra familia, y volvíamos a hacer una lista de nombres para nuestro futuro bebé, llenos de ilusión y de amor, de un gran amor que nunca se rompería.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu